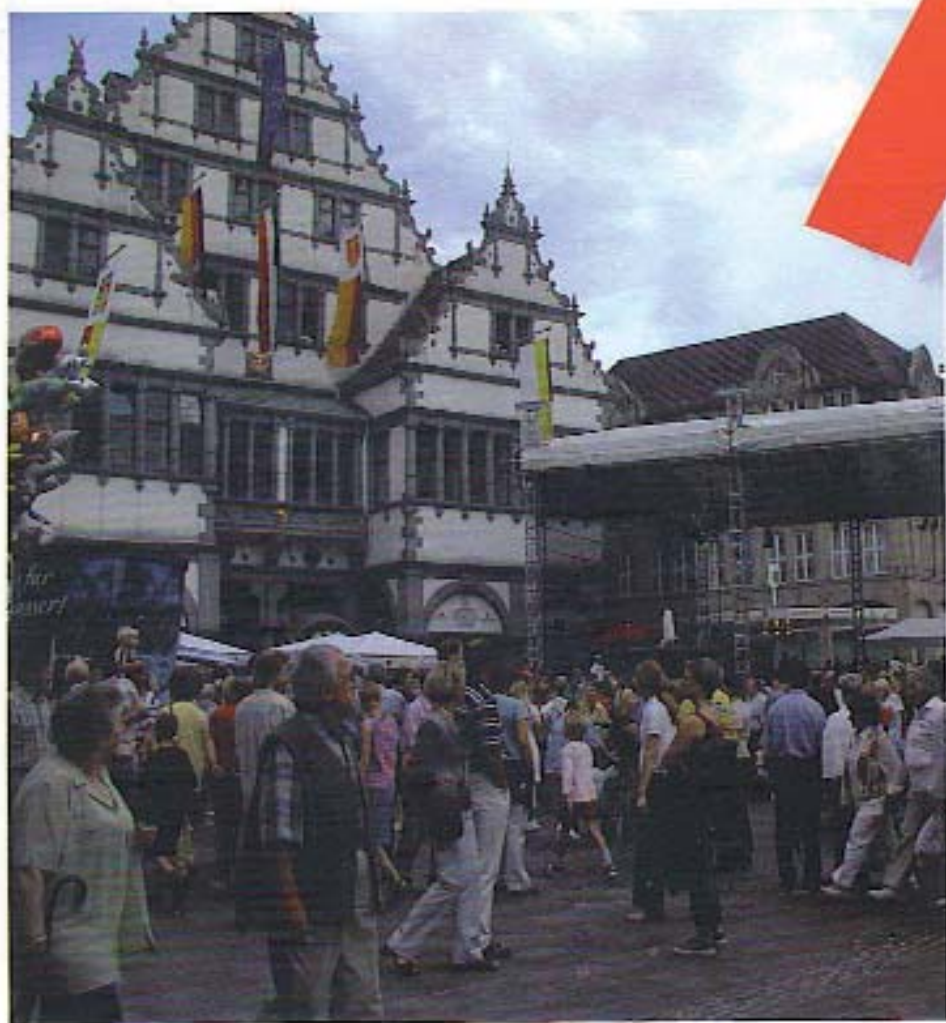


# POR VÍCTOR MANUEL ARBELOA NAVARRA

IX. DE IZANOS A PADERBORN



Prólogo de Ángel Aguirre Baztán







POR NAVARRA

Fotografía de portada cedida  
por el Ayuntamiento de Pamplona

Impreso en I.G. Castuera, S.A.  
I.S.B.N. : 84-609-3535-3  
D.L. : NA 3.306 - 2004

POR Víctor Manuel Arbeloa  
NAVARRA

---

DE IZANOS A PADERBORN

---

IX

Prólogo  
Ángel Aguirre Baztán





## PRÓLOGO

Los anteriores ocho libros de V.M. Arbeloa que llevan por título *Por Navarra*, parecen contener una doble intención: están escritos en su andadura "a través de Navarra", pero también, como una militancia que "afirma a Navarra". Su incesante caminar por la geografía navarra es, a la vez, el reconocimiento amistoso de quien vuelve reiteradamente a visitarla, pero también, es el ritual de peregrinaje a la profundidad amorosa y sagrada del solar donde hunde sus raíces la etnohistoria del pueblo navarro.

Victor Manuel Arbeloa me ha encomendado la difícil tarea de introducir este su noveno volumen de *Por Navarra*, después de que anteriormente le prolongaran, J.M<sup>o</sup> de Arcilza, J. Caro Baroja, C.J. Cela, A. Floristán, J.J. Uranga, F. Indurain, X. Rubert de Ventós y F. Morán los volúmenes anteriores. Estos nombres y el texto que presento suponen para mí una gran responsabilidad. Intentaré, por ello, escribir este prólogo con el mismo afecto y empeño que puse en el epílogo a su obra *Desde Navarra*. Comienzo esta presentación con un título que parafrasea al de sus libros: "Por Victor Manuel Arbeloa", con el doble propósito de "caminar a través de su obra" y de proclamar "mi admiración" por su persona.

Hay a la vez, en estos ágiles y hermosos escritos de Arbeloa en este volumen *Por Navarra*, una mezcla de literatura postromántica y de compromiso actual. Cuando analizamos el gusto romántico por los paisajes y sus gentes, por la tradición oral y los cantos populares,

por la religiosidad popular, por el deseo de caminar reconociendo el territorio (excursionismo y "alpinismo") ubicando en él las tradiciones históricas, etc., no podemos menos de recordar la Kultur alemana o el Folk-Lore inglés del siglo XIX. La "nación" era el lugar donde se había nacido y el marco cultural estaba compuesto por la cosmovisión religioso-rural que vivenciaban las gentes que habitaban este territorio. En ese sentido, Arbeloa recorre "a pie" los diversos escenarios navarros: montes, valles, cuencas, ríos, etc., para encontrar el cuerpo de Navarra a través de sus "paisajes", para dialogar subjetivamente con ellos y preguntarles por el "alma popular" (Volkseele) que habita en ellos. Pero también Arbeloa es un testigo de su tiempo, entendiendo a Navarra desde España y Europa. Su anterior actividad política y su formación humanista le han permitido reflexionar sobre el "lugar" de Navarra en España y Europa. Porque Arbeloa, por una lado, es un europeísta convencido y, por otro, podríamos decir que, si no fuera español sería profundamente hispanista. Navarra ha sido y es puerta europea del Camino de Santiago, y Navarra como Europa y España ha podido definirse desde la unidad en la complejidad.

El "solar navarro" o cuerpo de Navarra es la tierra madre de los navarros. Está vertebrado por sus ríos, los cuales forman como la "espinas dorsal" de Navarra. Esta nervadura fluvial a cuyo lado se han asentado las carreteras, las cañadas, los ferrocarriles y sobre todo los pueblos y ciudades, se arracima en la cuenca tudelana formando una vigorosa empuñadura. Estos ríos son los que han unido la diversidad del paisaje en la unidad de destino, los que han permitido el vínculo entre el *Saltus* montañoso y el *Ager* llano, discurrendo entre la espesura de los hayedos del norte y la agricultura cerealista del sur. Las almadías o los rebaños de la trashumancia, las guerras y las invasiones, etc., han cruzado históricamente Navarra del norte a sur, y de sur a norte, a veces separando y las más de las veces uniendo a los navarros en un solo destino histórico. Pero, también, otros caminos históricos como el Camino de Santiago, las Javicradas, etc., han unido el este y el oeste de Navarra. Sobre estos caminos, cientos de veces andados y recorridos, ha construido Arbeloa sus reflexiones. Cuando se detiene ante el paisaje de Leyre, Javier o Sangüesa, les pregunta sobre su impronta en la historia de Navarra; cuando se adentra con especial emoción en la "tierra de Estella" o transita por la Ribera tudelana, los valles de Olo y Goñi, etc., encuentra en ellos

identidades históricas que siempre afirman a Navarra. La batalla de Roncesvalles, las enemistades de S. Cernin con Navarrería, el Camino de Santiago, el monasterio real de Leyre, la "bajada de S. Miguel", etc., constituyen otros tantos momentos históricos revividos desde el paisaje que los recuerda y que toman protagonismo en este libro. Otras veces, Arbeloa, se transforma en etnógrafo que rescata las formas culturales que están a punto de desaparecer y las reclama con una dulce nostalgia, como cuando recuerda las ofrendas de "flores a María" en el mes de mayo, los "belenes de Navidad" y hasta la tienda de "frutas y verduras Pili" de su barrio. Entonces su prosa se torna lírica e intimista, recordando quizá, su infancia soñada al lado de su madre.

La reflexión sobre el momento presente de Navarra, España y Europa alterna su incombustible esperanza y fe en el hombre, como cuando comenta los hermanamientos entre pueblos navarros y otros de allende los Pirineos, con la tristeza y hasta el repudio que le producen los nacionalismos excluyentes o el terrorismo.

No quisiera obviar en este prólogo una reflexión muy sentida. Me ha impresionado, nada más abrir el libro, el memorial sencillo e intenso con que Víctor Manuel Arbeloa recuerda la muerte de su padre: "mi madre me puso en las manos una banderita española y me llevó en brazos a despedir a mi padre (...) Mi padre murió el 27 de abril de 1937 en un hospital de Vitoria, a causa de un balazo en el pecho", con 26 años... Fue el domingo 19 de julio de 1936, cuando muchos, muchísimos navarros se alistaron para luchar con Dios y por España. Desde aquel frente envió hermosas cartas de amor a su mujer y a su niño, que no hacían presagiar el brutal sacrificio que rompió a la familia. Esta referencia inicial a "Aquel 19 de julio" está hecha con sencillez profunda, con el hondo convencimiento de que Dios y la Patria son siempre una gran causa, algo que nunca entenderán los "laicismos progresistas" y los "vendepatrias" que se anuncian en algunos discursos políticos actuales.

Víctor Manuel Arbeloa, hijo y discípulo de tal padre y de tal madre, sigue el ejemplo militante, con su testimonio y con su pluma, por Dios, por Navarra y por España. También él ha sufrido por ello zarpazos de persecución. Algunas veces, con lágrima contenida, le he visto caminar con paso firme, llevando detrás una sombra vigilante y protectora de las asechanzas terroristas. Esto me

llevó a decirle en otro escrito: "quisiera darte las gracias, en nombre propio y en el de muchos navarros, por la reciedumbre de tu testimonio en defensa de Navarra y de España, por tu compromiso por la paz, que te ha creado no pocos desasosiegos".

Me queda una anotación hermosa: entre las descripciones de los paisajes de Navarra, surge de pronto en esta obra, un bello poema titulado *Unas rosas alegres*. No sé si va dirigido a su madre, recientemente fallecida y ángel protector de toda su vida, o a su padre muerto en el sacrificio temprano de la guerra, o a los dos. Dicen estos versos: "*Pondré junto a tu foto/ unas rosas alegres/ que serán tu recuerdo/ más vivo/.* A rosas oleré./ y tú olerás a rosas/ en tu cielo". Entre la contemplación del paisaje, donde Arbeloa adivina en cada paso una huella histórica de identidad, tal vez épica, encontramos estos momentos de lírica íntima, mezclando el recuerdo histórico de Navarra, con el recuerdo biográfico de los suyos.

Quiero acabar ya este prólogo, amigo lector, para dejar paso a la lectura del libro que tienes en tus manos. Descos que reconozcas conmigo a Víctor Manuel Arbeloa a través de, al menos tres voces: por un lado escucha su voz vigilante y crítica, que en frecuencia se asoma en las páginas del Diario de Navarra, y que sirve de testimonio, faro y guía para muchos navarros. Sus artículos tienen mucha más trascendencia que la que él mismo imagina y cuando no escribe, muchos experimentas una orfandad de liderazgo; por otro lado, y en un tomo más intimista y cercano a los amigos, llegan los ecos de su prosa trabajada y de sus poemas de intimidad o de denuncia. Es preciso gozar esta excelente literatura y escuchar su mensaje personal; finalmente, el Víctor Manuel viajero y peregrino, camino haciendo hablar y susurrar a los paisajes, haciéndolos personajes vivos, midiéndose en un cuerpo a cuerpo con ellos.

Son como voces en tres pentagramas, que conforman sinfónicamente una misma llamada e invitación: a caminar juntos Por Navarra, con todo lo que ello significa.

Ángel Aguirre Baztán  
Real Academia de Doctores  
Universidad de Barcelona

DE IZANOZ A PADERBORN



## ¿DONDE ESTÁ IZÁNOZ?

Cuando, apercollado por el joven púgil periodístico don Santiago Mendive, no supe decir dónde está Izánoz, me pasé varios días preguntándome:

¿De qué me sirve visitar Port Moresby, Maputo o Vancouver, si luego va y no sé dónde está Izánoz?

Y mi amigo, el profesor de historia, que me había invitado hace mucho tiempo a recorrer con él el Valle de Izagaondo, me dijo a su vez:

- ¿Ves? Por no haberme hecho caso...

Así que, en cuanto he terminado mis obligaciones profesionales, familiares y de cualquier otro tipo, mi primera devoción del año nuevo de 1994 ha sido hacerme con un equipo montañoso, que el viejo tenía ya ocho o diez años (*a buey viejo / cencerro nuevo*), y ponerme en camino hacia Izánoz.

Es el 4 de enero y está una mañana tan aguapada y sonriente, que dan ganas de volar.

## ¿DONDE ESTÁ IZÁNOZ?

Carretera de Urroz a Campanas. ¿Qué quiere decir en castellano *Obras en 5 kilómetros*?

Van creciendo los herbales. Vamos por el carrito que lleva a Lumbier. Artaiz es un pueblo inclinado como si le pesara la iglesia románica y el palacio de los Aldunate. Sernas fértiles del señorío de Mendinueta. Mesquilla de Reta, con la iglesia recién arreglada, en cuya torre se refleja el sol eneril como en un espejo de piedra. Tres formidables máquinas con palas tenaces limpian las cunetas y nos hacen esperar un poco.

Allí está Ardanaz, bajo la proa descarada del Iregui, que parece más cercano de lo que está.

El cementerio, con un ciprés, cirio verde e inextingible. La iglesia ocupa el extremo saliente y resguarda un caserío bajo y dócil.

Nos da la bienvenida una tosca cruz de término, del siglo XVI, tardo gótica, Cristo y Virgen con Niño, protegida toda ella con un cucurucho de metal.

Desde la era antigua, donde aparcen los coches, contemplamos la segura placidez de esta mañana invernal. Iriso y Beroiz se acogen a las faldas maternas de la sierra de Gongolaz, robledosa y enciniega. Toda esta hondonada a nuestros pies estuvo plantada de viñas, me dice Basilio, uno de nuestros guías esta mañana. Una badina, ahora colma, sirve a las necesidades de los cercanos invernales. Hay unos trozos toscos de nieve dibujados en los montes de Areta. La pequeña pirámide de Leguín, en línea directa defensiva con el castillo de Irulegui y con el de Lumbier, sigue dándole al pueblo su apellido toponímico: Ardanaz de Leguín.

La pared del frontón, en cuya cancha se amontona la leña, es parte de la fachada de la nueva y bien amueblada sociedad, que se honra con el nombre del castillo local y ocupa el lugar de la escuela de antaño. En uno de los muros del segundo piso se empotra parte de una fenestra románica del templo. En el salón bar se juegan los famosos campeonatos de mus, que inspiraron a los versolaris locales rimas como éstas:



¿DONDE ESTÁ IZÁNOZ?

*A uno le falta un diente,  
a los dos les falta el pelo;  
como uno al mus no miente  
va camino del cielo.*

Fue Ardanaz lugar de señorío realengo, en manos de Gracián de Agramont o de Felipe de Navarra, y en su término se hallaba el monasteriolo que doña Jimena López de Ardanaz donó a Leire en 1124.

En la iglesia románica de San Martín, retocada en siglos posteriores, resalta el retablo plateresco con tablas pintadas sobre la vida de la Virgen, una talla de Santiago y una de Virgen sedente con Niño, *guzusa* y frondosa. En cambio, del patrono de la parroquia, que preside el retablo mayor, dice nuestro guía que es el más feo de toda Navarra. No me atrevo a negarlo.

Pueblo que venera a Santiago peregrino y a San Martín, santo preferido de los peregrinos franceses. Ardanaz es también un pueblo-calle que lleva el nombre de éste último. De su pasado jacobco se conserva la pared original de una casa antigua, hoy almacén, donde podemos ver dos conchas jacobas y una cruz en la clave de la puerta, ahora cegada, sobre la que subsiste el derrame modulado de una ventana. Tiene fecha de 1790. ¿Fue una posada o un hospital restaurado ese año, como afirman mis acompañantes?

Por aquí pasó Santiago y dejó las dos conchas—salta, yendo mucho más allá, doña Angeles, matrona dicharachera y ocurente donde las haya, que se aturuga cuando me reconoce. Ella hubiera querido que visitara Ardanaz no en invierno sino en verano o en el primer otoño, cuando florecen o frutecen los rosales, parrales, tiestos y otros encantos que adoman las calles y las casas, que ahora parecen un poco descaecidas. Algunas viviendas están derruidas, otras en restauración o en construcción. El mirador sobre la regata del Puente o Larreica (*¿Larreica?*), que baja de Saquieta, es un buen emplazamiento para nuevas edifica-

ciones.

Hay algunos nobles portales, bien dovelados y decorados con el anagrama de Cristo en las claves, y otro con el relieve de San Martín partiendo la capa.

Las dos familias permanentes en el lugar se ven muy acompañadas los fines de semana y en verano.

Una escuadrilla de buitres asoma sobre las peñeras de Izaga. Me dicen que hay doscientas parejas que anidan por aquí. Mucho me parece.

Se nos está haciendo muy tarde, y Paco, nuestro amigo de Reta, nos coge en su andariego de los montes para llevarnos hacia la meta de nuestro viaje.

De ahí parte la senda más sombría y cómoda para subir a Izaga, pasando por un bosquecillo de acebos. Algunos pechirrojos por el camino. Vamos pisando los pies al gigante geológico, que da nombre y eje al Valle, y nos saltan los arroyos que se le escapan de los entresijos del corpachón. Abundan los bojetales y los chaparralles. Algunos chopos y pinos. Me dicen que hace unos meses unos trabajadores portugueses al servicio de alguna empresa alemana cortaron infinidad de bojcs; los llevaban a Portugal para hacer coronas y después los vendían en Alemania.

-¿Y cobrasteis algo por el boj?

-Nada, una miseria.

Llegamos al barranco del Corrusco, cerca de un espeso pinar. Pasada una valla metálica, que está abierta, entramos en terreno de Izánoz, despoblado que aún aparece en algunos mapas pero que sería inútil buscar en guías y catálogos. Son 341 hectáreas repobladas de pino laricio, que pertenecen al Patrimonio Forestal de Navarra. Andan sueltas unas vacas royas, que deben de ser de un

## ¿DONDE ESTÁ IZÁNOZ?

ganadero tafallés. Por una pista a nuestra derecha llegamos hasta la fuente del Corrusco, que echa un chorro enorme sobre unas askas y llena luego una piscina rodada por una alambrada, que debe de servir para casos de incendio. El agua se canaliza pronto hasta Urbicain.

A Izánoz se puede venir sólo por ver desde aquí la vecina pantalla de nieve pirenaica y poder perder los ojos desde la sierra de Labia hasta Arangoiti.

¡Montes y valles, ríos y poblados, recorridos y admirados, sitios de gozos y sueños, de soledades y miedos, conmigo os llevo, porque sois míos por ser de todos. Viejos caminos y campamentos de Dios y de los hombres, qué seríamos sin vosotros!

Encontramos un coche y un tractor de alguien que está limpiando el monte. En la pared de una casetilla, hecha probablemente por los monteros, se lee en letra verde: *Gracias, es de todos y para todos*. La procesionaria ha tomado posesión también de estos pinares. Unos viejos membrilleros se achican y arrugan cada vez más en la era de arriba.

Izánoz estuvo habitado ya en el siglo XIV y debió de vaciarse un siglo más tarde, pero desde mediados del XVI siempre tuvo algunos íncolas, que llegaron a 30 a mediados del XIX. Los perdió todos a finales de los últimos cuarenta.

Sometido a régimen señorial hasta la primera mitad del siglo pasado, su último señor debió de ser el aóisco don Joaquín Javier Bayona y Ezpeleta, señor también de Olleta, dueño de los palacios de Larrasoña, Reta y Villava, y de las pechas de Rala e Iriso; diputado del Reino desde 1794 a 1828.

El pueblo se asentaba en una pequeña elevación de terreno, donde ahora, entre las paredinas y las cantaleras, crecen por su cuenta las pomeras, los fresnos y los sargales. Por lo que fue la era

de abajo entramos como podemos en el centro histórico de Izánoz y nos acercamos a los restos de la iglesia de la Purificación, que aún tiene enhiestas las cuatro paredes de sillares areniscos y la torre en cabecera, con los hucos cegados del campanario, que dan al cierzo. De estructura románica rural, como tantas del Valle, ha resistido bien el embate continuo de los elementos. Algunas de sus piedras fueron a parar a la ermita de San Miguel de Izaga y a otros casales.

Los espacios habitables en torno a la iglesia nos parecen estrechos —queda algún vano inferior—, pero no acabamos de imaginar el conjunto del caserío.

A ratos miramos, por contraste, a la cara sureste de Izaga, que mis compañeros de viaje conocen de cerca. Señalando una especie de osca, que parece desde aquí una ventanilla en la peñera, debajo de la *galsarra* (¿calzada?), me dicen que cuando se va el sol de ahí es la una de la tarde. Pinos, hayas y robles se reparten el macizo.

-Mira allá: la torre de Muguetajarra.

En estas y otras estamos cuando vemos que se nos ha perdido el tío Agustín; pero no, viene desde la era de abajo contento de haber visto algo insólito: así nos lo dice con su presurosa y turbada lengua. Allá que vamos todos, imaginando encontrar un animalejo, una seta rara, una inscripción, qué se yo qué. Pues no, el hallazgo es una margarita, sola, el 4 de enero.

Una margarita menor, abiertas sus flores tubulares amarillas, como capítulo solar, y sus blancas flores linguadas, de lámina extendida, a modo de rayos.

¿Recuerdo sentimental y hasta biológico de la vida humana que aquí hubo durante siglos? ¿Símbolo de la pervivencia de una comunidad que conserva la memoria y así sobrevive humanamente? (Aquí también se cantaron villancicos, y los Magos pusieron regalos en las ventanas que se derrumbaron. Y en buena hora dejaron, seguramente, esta soledad y aquella pobreza.)

*¿DONDE ESTÁ IZÁNOZ?*

Antes de que las próximas nieves, que anuncian esos nimbostratus y fractonimbus apostados en los Pirineos, la aplasten con su peso muerto, la arranco amorosamente para llevarla a don Santiago Mendive.

¿Qué mejor y fehaciente testimonio de que he estado en Izánoz?



## ENTRE LEARZA Y ETAYO

- Pueden subir por este camino hacia la ermita, o por la fuente, y seguir todo recto- nos dice la buena señora, en zapatillas, bata y un bollo en cada mano, porque acaba de pasar la ruidosa y materna camioneta del pan. La misma que encontramos todas la mañanas de domingo por tierra Estella.

Calle de La Fuente, clásica de sillares, askas y lavadero. Cerca, una casa barroca porta un escudo rococó de alabastro, con leones, águila, cabezas de dragón y jabalíes pasantes.

La dura piel de la escarcha se agarra al herbaz sombrío. Los campos de labor se ondulan levemente hacia el Ega: son ocre, rojizos o verdoyos, según la siembra. Bajo el cielo azul de cenizo la sierra de Lóquíz enseña sus blancos dientes feroces y la pirámide de Monjardín, con el castillo en el cocorote, levanta su ofertorio de historia al Dios de los siglos.

Salimos a escape por el camino viejo de Los Arcos que se funde una y otra vez con el nuevo, al pie del monte Etayo, frondosa barrera verde y horizontal. Fueron antes extensos pastizales, que se han convertido hoy en plantaciones de pinos laricios. En la fran-

ja fronteriza persisten las coscojas y los enebros de la miera, acompañados de aliagas, tomillos y jaras blancas, que habitan también el terreno alto, donde reina más y mejor que en parte alguna, la encina carrasca, oronda, redonda y en fronda.

La balsa Artarán (nombre de encina) está colma. Nos asomamos al Porrillo de su nombre y me asomo, quién lo diría, a un llamado *Parking de cazadores*, rodeado de deshechos por todas partes. Volvemos pronto sobre nuestros pasos dejando el camino de Los Arcos que haga solo, como de costumbre, su recorrido.

Un amable señor piensa que nos hemos perdido y nos indica, con resolución de dueño del mapa, el verdadero camino que va hacia Learza

- Y no dejen de ver la iglesia, que merecía la pena. Ya saben que tienen la obligación de enseñarles-

- Descuide, que la veremos. Gracias.

Nos sumergimos en una espesura de carrascas, en suave descenso, para remontar luego hasta el collado que domina la solana de la Berrueza, por el norte, y, por el sur, los campos y montes de Los Arcos: dos cadenas de lomos y cerros animados por matorrales, algún carrascal y unos pocos cultivos, que, en tiempos de hambre, llegaron casi hasta aquí. Un petirrojo huye a nuestro paso. Vemos, mirando hacia Etayo, la ermita, recién reconstruida, de San Cristóbal

No tiene nada de especial que ver —nos ha dicho antes la señora de los bollos.

En la tiramira cercana se empinan dos piedras altas en forma de hombre y mujer, que forman una pareja goyesca. El río ancho y gris de la calima inunda pronto el paisaje y en él se abreva el horizonte.

En el camino abunda la jara y en el sotobosque el boj. Tres pequeñas balsas con poca agua.



Pronto el camino se hace trocha semioculta y vamos por ella o la inventamos, que no sabemos bien. Cuando llegamos al letrero *Acotado de caza*, ya hemos perdido el sentido de orientación. Descansamos un poco, con el sol del mediodía tras la persiana de las carrascas.

Damos por fin con un camino exployado, que nos parece seguro.

Corre otra buena pista hacia la base del monte. La dejamos pasar. Andamos sobre el espínazo de la sierra o monte de Learza. Vemos, por algún ventanuco natural del bosque, entre las gardascas, el caserío compacto de Piedramillera: exposición tranquila de piedra y sol.

Pateamos un buen rato y nos alongamos un buen trecho, tanto que llegamos a pensar que nos hemos pasado de la raya.

Por fin el cauce caminero se tuerce a la derecha en dirección de Learza. Haciendo honor a su nombre, Piedramillera, blanca y anaranjada, nos sirve de referencia y anclaje topográfico. *Ningún camino hay malo como se acabe, sino el que lleva a la horca*, nos enseñó el licenciado Vidriera.

Hemos perdido el sol y la pista es ahora sombría y húmeda. En los ribazos vemos las primeras lamparitas rojas del rusco, tímidas y al mismo tiempo firmes.

Una bandada de palomas torcaes nos sobrevuela y vuela a sobrevolamos. Allí está la pequeña iglesita de Learza. Hemos oído durante el recorrido algunos tiros lejanos. Ahora suena uno cercanísimo y enseguida la estampida de las palomas que van a posarse sobre los dos grandes almacenes de la granja, junto al camino de Sorlada. El cazador y el perro se semiocultan junto a uno de los viejos casales al suroeste de la iglesia. El último día que visitamos el lugar había ahí una copiosa muestra de estorninos negros, brillantes y silbadores.

Hoy, que es domingo, el cazador es la única persona que vemos en Learza. Fue sitio de asentamientos protohistóricos y romanos. Poseyeron el lugar y el término, en tiempos, los Vélaz de Guevara, y, últimamente, los Vesolla. Desde 1846 se incorporó, como aldea, al municipio de Etayo.

Las seis casas –entonces con 31 almas– de mediados de siglo pasado, incluso las convertidas en corrales, conservan el color del campo y piedra, piedra de arenisca roja, arcilla y limos del oligoceno, como la tierra de las senaras. La casa del administrador y la del dueño, con sus farolas y su escudo blanco, semicierran el anchurón, limpio y pulcro. Lo centra un hito de piedra y cruz de hierro, y lo corona la iglesia de San Andrés, románica de finales del XII con alzadas de estilo cisterciense y portadas del XVIII, bajo pórtico con pilastras. Amplia lonja, con balaustrada de pirámides y bolas, sobre las que acaban de posarse dos carboneros comunes.

Sabía de la lenta y segura transformación del templo, gracias al Gobierno de Navarra, por mi ex colega en el Parlamento Europeo, Perinat y Elío, marqués de Perinat. Cuando, la otra vez, preguntamos a un trabajador de la granja por el dueño, nos dijo con cierto aplomo

-Vive en Madrid y es político.

La iglesia de San Andrés ha quedado como esas mujeres mal vestidas y mal cuidadas, cuando se les recupera y se les devuelve a su hermosura original: bella y rejuvenecida, como nueva (*quién te ha visto y quién te ve*), linda de capiteles, arcos apuntados, fustes de cestería y canecillos en el alero; airosa de espadaña renacentista, y al mismo tiempo robusta y madura de contrafuertes; nave y cabecera, antiguos y tranquilizadores.

Tiene adosada la casa señorial una hermosa y severa huerta cuadrada, con pinos y árboles frutales. La hiedra trepa por las sufridas piedras del caserío, que hace un ángulo recto, dándole ese señoría que no dan títulos ni blasones.

Delante de la fachada sur de la casa parte el camino viejo que se abre paso a la vera de un bosque marginal de estupendos quejigos, de los que dejan estupefactos; noble residuo de los que poblaron algún día el piedemonte, y que fueron poco a poco talados sin compasión. Sobre ellos grita bronco el arrendajo o gallo de monte, huyendo siempre de nosotros, y al que no conseguimos ver, hasta que, terminada la fila larga de los árboles corpulentos, grita otra vez a nuestra espalda.

-Deja el arrendajo en paz -me gritan con malhumor mis compañeros-, que así no vamos a llegar nunca.

El camino se hace luego sendero intransitable, o simplemente desaparece, borrado por las piezas de cultivo. En el último tramo aprovechamos el cordal que llega de Piedramillera y alcanzamos Etayo por el límite norte, donde hay un huerto tapiado, con laureles.

El cementerio, a nuestra izquierda, tiene muchos cedros. La iglesia de Olejua a lo lejos, y la de Etayo, ya cerca, tienen torres delgadas y altas, como minaretes, recrecidas con una pequeña pirámide truncada, de piedra, rematada en cruz de hierro.

Este es un pueblo muy derramado por la falda serrana y hemos de subir, muy pasito, el repecho.

También en el reloj de piedra de la barroca iglesia de La Asunción -1804, siendo abad un tal Gómez- es mucha hora, y ya no podemos darnos el lujo de visitar las capillas renacentistas ni las tallas, relieves y pinturas de Bernabé Imberto, que merecen más atención y respeto. Paseamos la calle de Santa María, de San Roque y la calle Mayor, con casas estrechas y altas, de sillería rojiza, y terminamos la andada en el centro social, acogido al nuevo edificio consistorial, con dos arcadas de ladrillo, donde unos cuantos hombres juegan, en esta hora sin mujeres, la partida.

Los Vélez de Guevara, los Mauleón o los Baquedano, que señorearon este pueblo, se parecen más a los jinetes de la baraja que a cualquiera de los jugadores, algunos de los cuales arañan los ochenta.

*ENTRE LEARZA Y ETAYO*

-Mucha suerte. Que aproveche

-Lo mismo. Vaya usted con Dios.

El sol de encro dora un poco más la estrella de oro de ocho puntas, sobre gules, del escudo de Etayo.

## EL EMBALSE DE MAIRAGA

**E**s una de esas mañanas de enero cuando el cielo está cenizoso de conjuras de lluvias y nieves. Aparecen sobre Alaiz unos cúmulos bofos y sobre el Moncayo un pastor celeste lleva con desgana unas cabritillas de nimbos.

Abajo, en tierra, no hay ni aguada.

Cerca del bocín que la mete en el pantano, baja limpia y apuesta la regata de Mairaga, robustecida y guapcada estos últimos días por los barrancos Sorguñarán, Ajúrriz y Pasínsula, que traen las aguas llovidas en la vertiente sur de la sierra de Alaiz.

El vaso tiene forma de cántaro griego, con las asas puntiagudas. Los pinos de Austria y el cielo ceñudo le dan sus colores al espejo de estaño pulido, por donde vagan los recuerdos que uno lleva dentro.

Las obras comenzaron en 1983 y entró en funcionamiento a comienzos de 1992, una vez terminados los trabajos de las conducciones y la planta de tratamiento. La financiación corrió a cargo del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, y pertenece a la Confederación Hidrográfica del Ebro.

La presa alcanza 37 m. de altura sobre el cauce; 9,25 m. de anchura en coronación y 247 m. de longitud.

## EL EMBALSE DE MAIRAGA

Su caudal de regulación es de 88 litros por segundo. Abastece de agua a Tafalla, Olite, Barasoain, Piñillas, Beire, San Martín de Unx, Ujué, Garinoain, Olóriz, Mendivil, Solchaga, Traibuenas y Murillo el Cuende.

La Mancomunidad de Agua, que lleva el nombre del arroyo y del embalse, se constituyó oficialmente en abril de 1984.

Hoy está amplio el balsón y el caudal sobrante resbala y cae estruendoso por el escurredero, galopando hacia el viejo cauce natural, que le llevará hasta el Cidacos, aguas abajo de Mendivil.

- ¡Cuantísima agua hay hoy en el pântano! -dice un abuelo, al que sus hijos o sus nietos lo han llevado esta tarde a ver Mairaga.

Bariáin es un poblado cotoero en la ribera nororiental del pantano en línea recta hacia la Higa de Monreal, entre los altos de Sorguñarán, Boyeral, Iracheta y Tartalapu, cubiertos de robles pubescentes, carrascas, bojés, pastos y pinos de repoblación. *Terreno costeroso, circuido de montes, con libre ventilación y clima saludable*, dice el *Diccionario de Madoz*.

Asona en la primera fila del pequeño conjunto una casona en hastial -¿el antiguo palacio?-, de tres pisos y entresuelo, con grandes vanos, y tras ella apenas si podemos entrever otras dos casas nuevas o muy renovadas. Los corrales aparecen en la parte trasera del caserío.

Ya el rey Teobaldo I eximió a sus habitantes de no se qué cargas. A mediados del siglo XV estaba en manos de este o aquel señor; pasó luego a formar parte del mayorazgo de los Ayanz, familia de claro linaje y muy principal, con cinco flores de lis y las cadenas de Navarra en su escudo. Lo poseyeron después los Álava Santa María. A principios del XIX, cuando las tres casas contaban 31 almas, pertenecía de nuevo al conde de Ayanz.

*Propiedad particular. Prohibido el paso a las personas ajenas a la empresa*, dice el letrero sobre la puerta metálica, abierta en medio del recorrido que nos lleva desde la escollera hasta la puerta antigua, con jambas de piedra, que nos cierra el paso al pueblo. Una placa nos avisa que el ganado está suelto y que la empresa no se hace responsable de lo que suceda. Perpendicular a la puerta corre una alabrada, a derecha e izquierda, limitando el dominio de la finca.

- ¿De dónde son los dueños? –preguntamos a un conocido de Garinoain, que sube hasta aquí en bici.

-De Bilbao.

-¿Y tienen toros?

-No, vacas bravas.

Días más tarde me dice un técnico de la Mancomunidad

Son muy buena gente.

Detrás de la casona, que hace de guarda del lugar, vemos las dos ventanas de medio punto del pórtico que fue parroquia de Santa Bárbara, edificada a comienzos del siglo XIII y restaurada después en varias ocasiones.

Vamos y venimos por el carreril que contornea el pantano, separados del mismo por una alabrada. El firme se ha agrietado; los bordes están corridos; las lluviazas siguen desgastando los taludes, a pesar de los contenedores de piedras y hormigón; los arcenes no existen o son muy frágiles. Todo tiene cierto aire de descuido, olvido o dejación.

Las ollagas, las cerrenzas, los tomillos, los largos sarmientos de los agavanzos, los matorrales, los cardos y las matas secas de las cien flores del verano-otoño no alivian siquiera la triste impresión de estos apéndices de la obra principal, mal terminados.

## EL EMBALSE DE MAIRAGA

No faltan tampoco los deshechos de alguna obra, arrojados tras la alambrada, cerca del paso del barranco al embalse, y troncos, maderas y malezas se agolpan junto a las paredes de la presa.

### *Un mal llama a otro.*

Desde la terraza de la presa contemplamos la ermita de San Pedro ad Vincula, de Echano, entre los chopos desnudos de la orilla de la regata de Mairaga, y las searas verdeantes.

Echano (de *eche*, casa) fue una antigua villa de Valdorba. Su mismo nombre lo dice. En el siglo XIV contaba ocho fuegos. Debió de despoblarse a mediados del siglo siguiente, y, despoblado, lo dio el Príncipe de Viana a Martín Miguel de Oricin en 1445. La actual ermita, construcción del último tercio del XII, fue la iglesia de la abadía ahí existente, que estuvo dedicada primitivamente a Santa María.

Restaurada hace poco, la iglesia románico cisterciense de Echano aparece desde aquí con su color de tierra llovida, labrada por los siglos, hermoso juego de volúmenes, que combina el cilindro de ábside con el cuerpo horizontal de la nave única, sostenido por el perfecto ritmo de los contrafuertes y aireado por las tres ventanas absidiales.

La airosa espadaña, con tres vanos y dos campanas, puede en cualquier momento echar aquéllas a vuelo y echarse a volar con todo el monumento histórico, como si fuera una nave espacial.

Subimos a Echagüe a dar un vistazo al pueblo, que vamos a visitar el próximo día, y ojeamos el campo medio dormido.

### *En diciembre el campo duerme,*

dice el refrán. Pero el cereal está arrancando bien con las aguas prenavideñas y navideñas.



*EL EMBALSE DE MAIRAGA*

Una turba de cardelinas se posa en los cables del tendido eléctrico.

Al cilicbro de Unzué le dan unos rayos breves y mansos de sol, y sonríc un poco todo el paisaje.





## EN LA PLAZA DE LOS FUEROS

(Con Rafael Monco)

**A**caba de nombrar la ciudad de Tudela, con harta razón y cabal gratitud, a Rafael Monco Vallés hijo predilecto.

Escuché a este famoso arquitecto el día de su homenaje en Leyre. Y me encantó. Pronto ví que había encantado a todo el mundo.

Los amigos de Leyre le oímos con placer elogiar el monasterio, que vela por Navarra. Pero nunca habíamos oído nada tan fino acerca del sobresalto que para un arquitecto supone Leyre:

*En sus piedras, en los capiteles de la cripta, se palpa la intensidad de los primeros instantes creadores, se advierte que nos encontramos ante uno de aquellos momentos en los que se acuñan formas que luego serán conónicas, poniéndose de manifiesto la presencia siempre emocionante del origen. En ellas hay, a un tiempo, misterio y evidencia, novedad y solidez, imaginación y conocimiento, destreza y sabiduría. Dispuestas a que las contemplemos como auténticas obras de arte, cumplen con su misión instrumental en la fábrica del edificio, complacidas, dichosas de contribuir a la estabilidad y permanencia del mismo. Y todo esto sin traicionar el deseo de quienes las labraron, que no era otro que el que en ellas siempre estuviera presente el aliento que emana de las formas plenas, de la belleza. En verdad que las piedras de Leyre son para todos un modelo de cómo estar en un mundo en el que el tiempo corre inexorable.*

Qué bien declamaba su bello escrito Rafael Moneo aquella mañana. Antes de escucharle, sabía yo que es un arquitecto sabio; después de haberle escuchado, supe que es un sabio o está en trance de serlo, lo que es mucho más.

Rafael Moneo Vallés Marzal y Pérez Clemos ha hablado siempre con cercanísima pasión de sus padres y abuelos, de sus familiares y compañeros, de su vida de niño y de joven en Tudela. En su discurso de Leyre dedicó a su ciudad uno de los más vivos pasajes:

*En ella siento que están mis raíces y todavía me da un vuelco el corazón cuando, en el camino a casa, al coronar las estribaciones del Moncayo que separan al Duero del Ebro, encuentran mis ojos el paisaje que tengo como mío: el de un verde valle del Keiles, salpicado por laboriosos pueblos, fresco y jugoso, rico en hortalizas y frutales, que se va dilatando hasta convertirse en los delicados azules de las Bardenas que, poco a poco, van desapareciendo en un horizonte no demasiado lejano.*

El discípulo de Aalto y Wright; el catedrático de Madrid; el profesor invitado en todo el mundo; el crítico especializado; el ganador de cien premios y medallas; el autor del Museo de Arte Romano de Mérida; del acropuerto de Sevilla, del Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid o del Davis Center del Wellesley College (E.E.UU.), ha dejado en Navarra un puñado de obras de primera calidad. En Tudela hizo algunos de sus primeros trabajos, tiene otros previstos y acaba de terminar con su colega Blasco el Pasco del Queiles.

También en Pamplona, donde le han encargado el nuevo Archivo de Navarra, ha dejado algunos consistentes regalos de sus manos creadoras, por ejemplo, mi vecina Plaza de los Fueros, donde ahora me siento, hecha en colaboración con otro arquitecto pamplonés, Estanislao de la Cuadra Salcedo.

La Plaza de los Fueros se abre como un teatro clásico al aire libre; de suelo de adoquines, ligeramente abombado; con tres sali-

das, a manera de vomitorios, en forma de galerías subterráneas, a los dos lados del proscenio y en el centro de la cara norte del espacio acorralado.

Nunca he olvidado la primera definición que de la arquitectura nos dio nuestro profesor romano Roma también llenó de luz a Moneo-, P. Kirschbaum: *La arquitectura es el arte de crear espacio*. Lo cual me ha impedido confundirla con la arqueología, la escultura o, incluso, con el urbanismo.

He dicho proscenio, porque por la parte anterior el círculo de la plaza limita con un pequeño espacio que a eso se parece, adornado por dos arbolitos, cubierto por yerbín y florido de cardos blandos. Es un proscenio sin escenario ni escotillón, porque la escena de esta plaza-teatro es la gente y los coches que pasan por la avenida de Zaragoza o, mejor, la gente que entra y sale por las tres galerías y pasa por la plaza llevando a cuestras o representando, a su manera, la comedia, el comedión, el entremés, el drama, el monólogo, el pasillo, el sainete, la folla, la revista, el mimo, la sátira, la tonadilla, el misterio, la pantomima, o el remedión de sus vidas.

*Nadie consigue como él*—dijo el profesor Smets, cuando la investidura del navarro como *doctor honoris causa* en Lovaina— *captar la esencia de un lugar en una imagen metafórica que enfatiza el carácter duradero del mismo (...). Los edificios de Moneo aman en silencio su lugar en el conocimiento colectivo. Asumen su rol público a conciencia en cada pequeño detalle, en cada toque decorativo y de acabado. Su presencia pública es celebrada como un acto de culto y forma la imagen de la comunidad local.*

Una fuente junto a una de sus galerías recalca el carácter público de la plaza.

Sólo unos bancos de madera, pintada de rojo, ocupan la última fila de la platca, a lo largo de todo el semicírculo, mientras un mullido yerbín ocupa lo que podríamos llamar primer piso del anfiteatro—sin palcos, sin gallineros ni paraíso—, plantado de pinos, hayas, fresnos o tilos, irregularmente colocados y, ay, con un largo espacio sin arbolecer.

En medio de la plaza una rosa de losas solares marca el punto céntrico de la luz y de la vida.

Un condiscípulo riguroso de Monco, tudelano como él, Alfonso Verdoy, ha escrito recientemente unas atinadas páginas sobre su amigo. Elogia su profundo y luminoso sentido de la comunicación, manifestado claramente en su obra, que respeta siempre la natural relación del ser humano con su entorno, creando espacios totalmente habitables, perfectamente organizados, sin divisiones forzadas ni gratuitas.

Su concepto de la iluminación corre parejas con este modo de mirar y ver: *La luz surge en el punto necesario y del modo más natural y simple, extendiéndose por todo y afianzando la sensación en la multiplicidad (...). El lugar es para el hombre y no a la inversa.*

Sentado en la fila de los bancos rojos, veo pasar la vida por la plaza de los Fueros; contemplo la representación, vulgar y casi siempre silenciosa, de la vida colectiva cotidiana. Porque esta no es la plaza principal, río mayor a donde abocan los afluentes del pueblo o de la ciudad, ni la plaza de la catedral, ni la plaza del mercado viejo, sino una plaza de la nueva ciudad; plaza de paso, pero espacio remansado en la seguridad y en la luz tranquila, que ensancha la vida ciudadana, que la embellece, la interrelaciona y la renueva.

Tengo frente a mí la linda y ligera torre de la iglesia de los Paúles, peana de ladrillo, cemento y cal para la estatua de la Milagrosa. A derecha e izquierda, altos edificios que abren las calles de tres barrios: al fondo, las torrecitas, también de ladrillo, del colegio de los Maristas; colegios, casas, templos, bancos, comercios, bares..., toda la ciudad que, cada momento, hace el papel que le toca en la plaza de la existencia, en la plaza de los fueros de todos y de cada uno.

Verdoy llama la atención sobre la mirada sonriente de Rafael Moneo, que divisa horizontes amplios y profundos.

No tenemos aquí sólo un arquitecto sino un humanista y un filósofo, cuyas obras suponen la apertura del ser a la vida, la transición de la lógica a la materia, que ve transformarse su roma tosqueza en sutil contorno metafísico.

En él vio con acierto el presidente del Gobierno, Juan Cruz Allí, un típico representante de la Navarra que, asentada sobre una historia milenaria, afronta el reto del futuro, innovando sistemas, perfeccionando técnicas, creando día a día la sociedad del mañana.

Que Dios y la sociedad sigan dándole buena manderecha a Rafael Moneo, hijo de Tudela, gloria de Navarra, servidor ilustre de la humanidad.





## AEROPUERTO

**A**leluya de alas.  
Alero de alerones.  
Estrellas retenidas.  
Relámpagos cansados.  
Colmena en desosiego.  
Desbandada de águilas.  
Halcones tecnocráticos.  
Galope de alazanes enc(i)clados.  
Retorno de mastines satisfechos.  
Batalla de la luz y la luciérnaga.  
Insistencia del mar.  
Ballenas apresadas.  
Amenaza de arcángeles de fuego.  
Esperanza de arcángeles de anuncios.  
Derrotas de la nieve y de la nube.  
Espíritus pesados.  
Desfile de almirantes de los vientos.  
Ensayo general de ascensos y ascensiones.  
Ascensores lunáticos.  
Cotidianos serenos del sonido.  
Sirenas del silencio de la noche.  
Soldados de la prisa y del desco.  
Maniáticos manás de muchas manos.  
Cometas co medidas, mesuradas.  
Submarinos del cielo.  
Romerros de la luna.  
Avi-ones

acro-puertos

ala-puertas.



## CAMPO DE JAVIER

**S**onríen ya los almendros por los campos de Liédena, y en los ribazos las primeras margaritas y celidonias son todo ojos. El cielo está cenizoso y reblandecido, y los Pirineos, allí lejos, siguen, tras el Carnaval, con la gozosa máscara de la nieve.

El territorio de la villa de Javier, de topónimo pirenaico (Villanueva, en castellano), se derrama de este a oeste, al socaire del murallón de la sierra de Errando, que corta el río Esca, bajo El Moncín, y el Salazar, bajo la Peña Ibarra, entre cuyas breñas se esconde el nido benedictino de Leyre.

Desde el alto del Castellar, de 612 m. al sur del mapa, se divisa bien la pequeña depresión arrugada, que es el campo de Javier, abierta hacia el río Aragón por la acción erosionadora del río o barranco del Arco, barranco de la Losa o barranco de Undués que, bien acompañado casi siempre de chopos, álamos y mimbreras, pasa bajo el castillo, corre por El Paso, se amansa en El Soto y se vacía en el Aragón.

Cerca del aragonés Alto de Santa Cruz (853 m.), al nordeste, se exploya el Monte Ferrandillo o Ferrandillo (en algunos mapas,

Parrandillo), que se reparte entre Undues, Javier y Sangüesa, y continúa en la Sierra de Undués por un lado, y en la Sarda, por otro; tiramira poblada hoy de pinos laricios que, rota por el río Aragón, prosigue al otro lado del cauce en tierras de Liédena.

Pero antes de los pinos de repoblación, plantados hace tres décadas, crecían quejigos y carrascas, tomillos, romeros, asnallos, bojés y coscojas, especies de monte bajo -eso significa Sarda-, que pueblan aún los montes no repoblados del término.

Allí lejos, en ovillo terroso, con dos pintas de cal, se acurruca soledoso Undués de Lerda, donde viven tres familias, bajo un cielo inmenso, y distanciados del resto de Aragón por los montes El Raspún, El Portillo de los Lobos y Los Casales. Tierras de jabalíes, de buenos pastos y de mejor carne.

El Castellar, Castellaz o Castellaz, domina los valles del Aragón y del Onsela. Fue en la Edad Media uno de los fortines navarros fronterizos y arriscados: el Castellar de Leyre, Peña, Aibar, Cáseda, Gallipienzo y Ujué. Pero mucho antes fue un yacimiento humano de la Edad de Bronce y de la de Hierro, de las que se encuentran unos cuantos útiles pulimentados. Entre los cantales, -muchos calcinados-, las retamas y las coscojas del cueto pueden verse aún restos de murallas y de viviendas rectangulares adosadas. Al pie del recinto castrense se levantaba la ermita de San Felices, que debió de aprovechar los materiales de un templo romano.

-Eso dicen los libros, sí señor.

La tarde está poniéndose turbia y un incipiente cicizo negro está ensombreciendo los peñascales albigrises de la sierra de Errando. Voy tras los rastrojos de la barba de mi amigo Ángel hasta el censo de Santa Ana, donde se asienta el cementerio construido en 1882, hoy ampliado y renovado. Desde el paso llamado El Mirabueno contemplamos a nuestras anchas el inmediato tablero campero de la villa. Y repaso varias lecciones del P. Recondo.

Por el Norte viene ancho, y ahora tumultoso de aguas, el río Aragón o Río Grande, entre las orillas empedradas de El Recuajar y Val de Tor. Ya no está el Molinaz o Molinar, con su presa, su arca y sus ruedas molineras, pero sí, junto a la otra margen, el Pozochipi, con sus aguas arremolinadas, moridero de no pocos bañistas y pescadores. Muy cerca estuvo la villa de Cortes, llamada también La Granja, enfermería y lugar de asueto de los monjes de Leyre. Hoy es casa, almacén y finca de cereal, que enverdece varios corros del monte San Juan de Cortes, continuación de la línea alta de La Sarda, tajada por el río.

En las altas cercanías, La Higa y las tres caperuzas de Izaga, estaciones familiares de la Marcha hacia Javier. Por el próximo Vado Largo, donde el agua es poco profunda, pasaban las carretas y las caballerías a La Granja y a Liédena.

Tradiciones y leyendas de almadieros dindilingucros y reacios a la pecha obligatoria:

*Los almadieros de Isaba  
dicen a los del Castillo:  
si queréis vuestros maderos,  
arremangaros y al río,*

interpretó don Xenaro Xavier Vallejos.

Paralela al río Aragón, llega a Javier la Cañada Real. Entra por el paso de Las Salinas, ya desaparecidas, rastrea por Las Hoyas y, por Viñas Viejas, donde ya no queda un sarmiento, alcanza el río de La Losa en El Paso, donde antes se pagaba el tributo. Tras pasar el barranco de la Abadía, predilecto de las becasas, gira en Las Cruccetas, repecha al collado de Malpaso y gana las Peñas del Adoratorio; aquí los pastores rezaban un Padrenuestro mirando al monasterio de Leyre y una Salve a Nuestra Señora de Ujué. Se llamó después la Peña de Adiós, cuando nació la leyenda de que desde ahí se despidió Javier, camino de Portugal para ir a la India,

sin querer siquiera llegarse al castillo. El topónimo Torre de Adán recuerda una torre defensiva que hubo junto a Malpaso.

La Cañada se bordea hacia el Escampadero o Reposadero y entra en tierras de Sangüesa, en las solanas pastosas del monte Ugasti (que algunos mapas denominan Ugarte).

En la solana inferior de la Sarda o, para otros, Sierra de Farrandillo, queda buena parte del antiguo matorral, entreverado de pastos y algunos herbales. Carnadero, Corraletes, El Busto, Corral de Abajo... son nombres ganaderos. Más al oeste, en El Cuadrón, se hallaron sorprendentes vestigios romanos: una red de saneamiento, cerámicas, monedas, y una estela que Cliaсте Lulimo dedica a su marido Leucadio, de 75 años. Con un dibujito, que iba a traer cola: una media luna invertida con ojos y agujeros nasales.

En Los Hornados o Fornacos hubo hornos para cocer la cal. En La Tejería aparecieron dos monolitos, tal vez menhires, que, según la tradición, fueron arrojados por el gigante Roldán. Piedra Roldán se llama el lugar también.

A este lado del río Arco, más acá de los sembradíos del Puntalio, en lo que era antes el Campo del Camino Undués, se levantó el actual caserío, mientras la llamada zona turística ocupa las antiguas eras y pajares del pueblo.

-Y las tierras ¿por fin son vuestras?

-En eso andamos ahora.

Primero fue una torre de señales, a finales del siglo X o a comienzos del XI, posición cristiana frente a los moros. Era torreón fronterero entre Navarra y Aragón y alguna vez pasó a este segundo reino. Frente a él se erguían La Torraza, El Castellón y la Torreta, tres fortalezas en término de Undués. Esta última, hoy en territorio navarro, es sólo casa y finca en la falda sureste del Farrandillo.

A fines del siglo XI estaba encomendada la torre de Javier (*Exavierre*) al teniente de Aibar, hermano del rey Sancho Ramírez. Años después se completó el *manerium* con dos cuerpos poligonales cerrando su fachada y su zaga con dos torres flanqueantes; fue fulcro del señorío de los Ladrón, muy arraigados en la zona: un conde del mismo nombre era teniente de la fortaleza ya en 1135; a comienzos del XII debió de pasar como propiedad a la familia. En manos luego de Sancho el Fuerte y del infante Fernando de Aragón, Teobaldo I lo cedió de por vida a don Adán de Sada a cambio de vasallaje, hasta que un familiar de éste, Martín Aznárez de Sada, recibió, a cambio de Ordoiz, en 1252, el castillo, la abadía y toda la villa de Javier.

El castillo, más bien castrillo, piedra y luz viejas, y la abadía, humilde bajo los pinos viriles y celantes, son hoy las dos joyas de Javier.

Se mueve al cierzo el duro pendón en la torre del homenaje, con la doble media luna invertida y escaqueada sobre fondo de gules, que colgó en el escudo el caballero Don Ladrón cuando volvió victorioso de la batalla de Las Navas.

Pronto pasarán, tras el cierzo, las grullas de marzo.

Tamborilea la lluvia en las gardascas y los rosijos del carrascal de Leyre, y crece y se multiplica una sinfonía mansa, verde y antiquísima, que pastores y almadieros sabían de memoria.





## POR EUROPA CON LA CAPILLA DE MÚSICA

### I

Paso junto a la estatua del cardenal Mercier y me encuentro con un grupo de navarros en la explanada alta, donde termina la generosa escalinata del siglo XIX. El orvallo hace rebrillar las dos torres, recién renovadas, de la catedral de San Miguel, que coronan de esplendor el templo gótico francés de los siglos XIII-XIV, levantado sobre los restos del románico-lombardo anterior.

A pesar de su acabada restauración, cuesta hacerse al larguísimo interior barroco, sobrio y frío con gigantescas estatuas de apóstoles, muy siglo XVII. Menos mal que la monotonía queda rota por el torbellino escultórico del maestro de Amberes, Henri Verbruggen, de finales de ese mismo siglo, que en el púlpito central *-cathedra veritatis-* representó fastuosamente la expulsión de Adán y Eva del paraíso.

Como el coro y el ábside de la iglesia están aún cerrados por obras, el coro y la orquesta de la Capilla de Pamplona actúan sobre un amplio estrado, que el grupo organizador de Bruselas, en torno al capellán y músico tafallés Ángel Salinas, ha tenido que montar a última hora.

— Además de poner los francos, poner todo lo demás— se queja con razón el maestro Aurelio Sagasetta, al terminar el breve ensayo final.

La idea de cantar y tocar en las tres catedrales fue cristalizándose poco a poco, hasta que el Año Santo Jacobeo, la entrada en vigor del Tratado de la Unión Europea y la muerte del rey Balduino dieron muy rendida la ocasión. La UNESCO vino, además, a declarar el Camino de Santiago, en su tramo español, *patrimonio universal*.

¿Por qué no celebrar todo esto con música y poesía, en el corazón de la antigua Lotaringia, en la Europa nuclear, donde están las tres capitales comunitarias? ¿Y dónde mejor que en sus catedrales puede cantar y tañer la Capilla de la Catedral de Pamplona, cuya historia remonta al año gótico de gracia de 1206?

De los cuatro capítulos poético-musicales del programa sobre la vida y la muerte, ésta última cobra aquí más protagonismo. Todos recordamos aquel funeral inovidable, el más original y bello de todos, que la reina Fabiola, vinculada familiarmente a Navarra, preparó a su marido, cristiano, rey y europeo ejemplar, aquí donde se casaron algunos años antes:

*Su Majestad me encarga decirle cuánto agradece estas muestras de afecto por el rey Balduino...*

nos escriben desde el palacio de Laeken, en una amable carta, que se lee antes de recitar el estremecedor poema de Pierre Emmanuel (1916-1991) sobre la muerte y las muertes de nuestro mundo:

*¿Qui profère un seul mot sans mentir?  
¿Qui oserait crier vers la Croix:  
Je n'ai pas tué le Verbe?*

(¿Quién dice una palabra sin mentir?  
¿Quién se atreve a gritar hacia la cruz:  
Yo no he matado a la Palabra?)

*La misa de difuntos*, de Miguel Valls (1671-1738), maestro de la catedral de Pamplona, inspirada en el gregoriano, serena y grave, es el número especial preparado para el concierto de Bruselas y que más interesa a los musicólogos y críticos presentes. La mezzosoprano Pachita Beaumont, hija de músicos navarros, que viene de sus estudios musicales en Colonia, nos canta un aria del Bach incomparable con una voz ubérrima y fresca, esta vez catedralicia.

Poco después, a muchos nos llega al alma esa lacerante y única exclamación *-jah!* de Fernando Remacha, autor de la *Valeja para una muerte* (la de Jesús García Leoz, otro músico navarro que va en el programa).

Ahí cerca se alegran *los huesos humillados* del duque de Brabante Juan II, mientras en las vidrieras del transepto y del coro se nos iluminan los rostros renacentistas de los abuelos del emperador, Maximiliano de Austria y María de Borgoña; de los padres, Juana de Castilla y Felipe el Hermoso; de sus hermanos, María y Fernando; de su esposa Isabel de Portugal y de él mismo, nacido en la cercana ciudad de Gante y muerto en el lejano monasterio de Yuste.

*Breves dies hominis sunt...*

Breves son los días del hombre, dijo el impaciente Job con tristura. Y nuestro Francisco de Zubieta lo tradujo con acierto en su deliciosa elegía barroca templada por el arpa.

Los belgas presentes agradecen la parte dedicada al Camino de Santiago, entendido como *Vida que camina*. De Flandes nos llegaron algunos de los primeros peregrinos, y hay por toda Bélgica una larga tradición de iglesias dedicadas al apóstol, de cofradías, hospitales, fiestas, canciones, leyendas... De este Reino cristiano puede decirse también la letrilla de la pieza de Tomás Luis de Victoria, cantada a cuatro voces mixtas:

*Oh lux et decus Hispaniae,  
Santissime Jacobe...*

(Oh luz y gloria de España  
Santísimo Santiago...)

En la cercana *Grande Place* grupos de navarros exultantes, llegados del concierto, se olvidan por completo de que por aquí pisaron fuerte otros navarros, de nombre ilustre o de valor y miedo anónimos, que sirvieron en la administración española y en los tercios de Flandes.

## II

No me extraña que a Goethe, estudiante también en Estrasburgo, le privase Luxemburgo, y, lo que parece más raro, también a Hegel o que W. Turner se inspirara en este salto de la naturaleza para sus acuarelas.

La primitiva capital del Ducado, País más de motas que de montañas, se asienta sobre una altiplanicie (*Oberstadt*), como cortada a pico sobre los valles encajonados y sinuosos de los ríos femeninos Alzette y Petrusse. Sobre el roquedo, llamado de Bock, se alzó antaño el castillo de los condes y duques de Luxemburgo.

Tras el incendio de 1554, Felipe II, que acababa de heredar de su padre el Ducado, reurbanizó la ciudad fortaleza y se ganó el título de una calle céntrica y lujosa. Todavía el siglo pasado, cuando la ocupaban los prusianos, mantenía 24 fuertes, con 23 kilómetros subterráneos de galerías y corredores defensivos e incontables hornos de minas; no por nada se llamó Gibraltar del Norte. Todo lo cual es ahora un atractivo turístico de primer orden.

Por la posesión de Luxemburgo batallaron, entre otros, españoles, holandeses, austríacos, franceses, belgas, alemanes. Los tres últimos le fueron mordiendo los flancos hasta que lo redujeron al pequeño triángulo de oro, que es hoy, con 350.000 habitantes, muchos de ellos banqueros, funcionarios europeos e inmigrantes portugueses.

La Capilla de la Catedral de Pamplona canta, este tercer domingo de cuaresma, a las cuatro de la tarde, en la catedral de Nuestra Señora de Luxemburgo

-¿Qué horas son éstas?

-Aquí, las normales.

Única capital comunitaria de 1952 a 1967, como sede de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), hoy es la capital judicial y asiento de otros importantes organismos de la Unión emplazados en el nuevo y frío barrio extra urbano de Kirchberg.

Lo que primero llama la atención de la catedral es el alacre juego de torres flecheras y armónicas de esta antigua iglesia de los jesuitas, levantada por el hermano coadjutor Du Blozq a comienzos del siglo XVII. Le dan un cierto prestigio antiguo el portal de estilo renacentista y el atormentado sepulcro de Juan el Ciego, hijo del emperador Enrique VII, rey de Bohemia y conde de Luxemburgo, antecesor del actual duque Juan de Nassau: sucesor de la mítica duquesa Carlota, está casado con Josefina Carlota, hermana del difunto rey Balduino.

El coro, abierto y amplio, con gradas extensas, acoge cómodamente a los músicos navarros. Esta vez no ha habido gastos de alquiler ni de mantenimiento. El ambiente es más recogido y familiar. La entrada tan buena como en Bruselas. La hora de nuestra siesta, ya bien almorzados, nos trae tal vez una cierta atmósfera de sosiego.

Lo cierto es que orquesta y coro tocan y cantan más sosegados y cabales.

POR EUROPA CON LA CAPILLA DE MÚSICA

Aunque en este segundo concierto la gente no se pone de pie al escuchar la *Marcha y Minueto para la entrada del Reyno*, nuestro himno oficial, se levantan las manos de aplausos, cuando termina la misa *Oh, magnum misterium*, de Victoria, rigurosa y altísima, dentro del capítulo dedicado a la Navidad como *vida que comienza*.

El poeta inglés Thomas Hardy (1838-1928) –en Estrasburgo lo recitará un diputado de su distrito- dio una original versión del misterio de los animales que contemplan al Dios recién nacido, cuando en su poema *The Oxen* recoge la vieja tradición de que los bueyes se arrodillan en nochebuena:

*Christmas Eve, and twelve of the clock,  
"Now they are all on their knees".  
An elder said as we sat in flock  
By the embers in herthside case.*

Jesús García Leoz, un día infante de la catedral de Pamplona, nos trae al final de la celebración de la Navidad, una tabla colorida de su *Retablo navideño*, conseguida simbiosis de texto (Lope de Vega) y música:

*Mañanicas floridas  
del frío invierno,  
recordad a mi Niño  
que duerme al hielo.*

Como en Bruselas, los aplausos se ganan varias propinas, entre ellas el "negro espiritual" *Soon a will be done*, de Dawson, orquestado por el director de la Capilla y que les gusta muchísimo a los oyentes más jóvenes, así como la canción ruso-judía, de G.

Davidorsky, *Nyñe Otpuschaieshi*, con *solo*, muy agradecido, de Pachita.

Las palabras finales de Ángel Sánchez de Muniain, capellán y músico, cabeza de la organización local, hacen sin duda que las ventas de discos compactos de la Capilla alcancen aquí las cifras más altas de todo el periplo.

Ya son las seis y comienza a emborronarse la tarde. Una copa dada por el Cabildo catedralicio luxemburgués nos anima a recorrer, a la serena, calles, caminos y quebradas del lugar, antes de reunirnos en una cena sustanciosa y alborozada, ocasión propicia para lagoteos y chichisbeos. El embajador de España, amigo, guía y mecenaz, con un cuarterio de sangre navarra, don Alonso Alvarez de Toledo y Merry del Val, acabará engalanado con un pañuelo rojo al cuello.

*Adiós con el corazón,  
que con el alma no puedo...*

### III

La primera iglesia cristiana en esta antigua encrucijada romana de Estrasburgo fue construida por orden de Clodoveo, el año 510. A mediados del siglo XI se termina de construir la catedral románica. Dañada por varios incendios, el obispo Conrad de Hunebrug comienza la reconstrucción del que iba a resultar uno de los templos góticos más bellos del mundo. Por fin en 1439 queda terminada la pirámide de la flecha, 142 metros, que es hasta el siglo

XIX la más alta de la Cristiandad.

El ciprés más vertical de piedra. El ascensor de luz más cercano al cielo. Torres y torretas, lanzas y lanccolas, arcos y arcadas, rosetones y rosas, agujas y agujeros, gabletes y pináculos, linternas y aguilonces, ventanas, ventanales, saeteras, parteluces, celosías, óculos y luccras, alabad al Señor.

Antes de comenzar el concierto, tercero y último de la gira europea, agradecemos, como siempre la presencia y la confianza de los asistentes. Y evocamos después las relaciones entre las coronas de Francia y Navarra en el siglo XVI, así como el paso por esta ciudad de Francisco de Javier, hijo de una familia entregada a los Albret-Foix. Cerrada y profanada entonces, abierta y recién restaurada hoy, la catedral de Estrasburgo nos acoge como una madre matriarca.

Avanzan los/las componentes del coro navarro –falda negra, blusa blanca y capilla roja, ellas; traje negro y camisa blanca, ellos– por el pasillo central de la purísima nava gótica, condicionada por las medidas de la románica anterior.

Al embrujo del *Ave maris Stella* se iluminan con los colores del arco iris pilares y columnitas, galerías y bóvedas, los capiteles vegetales, el órgano gótico, la delicada orfebrería del púlpito que Hans Hammer compuso para el humanista y predicador Jean Geiler de Kaysersberg, los príncipes y emperadores del Sacro Imperio Germánico, y los personajes de la vida de Cristo y de la Virgen grabados en las vidrieras de los siglos XIII y XIV.

Sobre el coro alto, que cubre la cripta del siglo XI, y donde un día aciago se rindió culto a la Razón y, después, al llamado Ser Supremo, la Capilla interpreta Bach, Fauré, Victoria, Remacha... Autor éste último nunca escuchado antes aquí, nos sobresalta su bri-



llante *Magnificat* con ese majestuoso final a ocho voces. Pero también son escuchados con sorpresa y gusto otros autores navarros, como Michael Navarrus, Julián Prieto, o A. De Escaregui, maestro de Capilla, coetáneo de la sacristía barroca, que puso la gracia y el ritmo del minué a una letra compuesta para llorar al Cristo en cruz, *desnudo entre hierros*:

*Ay, qué dolores.  
Ay, que tormentos.  
Mi Amado, mi Vida,  
mi Padre, mi dueño,  
admite la ofrenda  
de mi sentimiento.*

Mechthild Rothe, diputada de Paderbon ha recitado con firmeza y dominio de profesional el poema *Liebe*, (Amor) del poeta alemán Gottfried Benn (1886-1956), que abre la cuarta parte del programa titulado como Vida que es gracia, gracia como don en el amor, en la alegría y en la pena compartidas.

Particularmente atentos estaban los oyentes franceses de hoy a las Canciones del Camino, del *Camino francés*, se entiendo.

El eurodiputado español Pedro Bofill lee el poema *Santiago de Compostela*, de Miguel de Unamuno, en presencia de Soledad unamuniano hasta el nombre-, su nicta, que vive aquí:

*Santiago de Compostela,  
lluvia en las losas: el cielo  
de piedra, y las piedras santas:  
cielo romántico y cético.*

POR EUROPA CON LA CAPILLA DE MÚSICA

La parte musical comienza con *Dum pater familias*, composición del repertorio monódico del *Codex Galixtinus*, himno cantado por los peregrinos jacobinos al llegar a Compostela:

*Primus ex Apostolis  
Martyr Jerosolymis,  
Iacobus egregio  
Sacer est martyrio.*

(Primero de los Apóstoles / mártir en Jerusalén / Santiago es sagrado / por su martirio excelso).

Y luego dos quasi variantes: una procedente de Ultrapuertos, armonizada por Sagaseta

*Pelegria naizela presentian  
Sau Jakezerat guaiteko deseñian...*

(Soy peregrino ahora/ y tengo ganas de ir a Santiago)

Y la otra, venida del centro de Francia, melancólica como la anterior puesto que de partir se trata, dejando, con el corazón partido, lo más querido de la vida:

*Quand nous partimes de France en grad désir  
nous acons quitté père et mère tris et marris...*

Todas las partes, igual que las *propinas*, son aplaudidas con calor por el público que abarrota la catedral, sus 1500 sillas.

La Patrona de la Catedral, esta vez Nuestra Señora de Europa,

vidriera regalada por el Consejo de Europa en 1956, obra del maestro Max Ingrand, recibe el último homenaje de la Capilla con el *Agur, Jesusen Ama*, del músico navarro Felipe Gorriti; el saludo de adiós, delicado y sentimental que a muchos nos pone el pecho de algodón:

*Virgin paregabea,  
bedeinka nazazu.  
Agur, Ama urrea  
agur, agur, agur.*

(Virgen incomparable / bendíceme. / Adiós, madre mía / Adiós, adiós, adiós).

Cuando salimos, repican las campanas la alta y estrellada oración de la noche. Parece mentira que tanto en 1527 como en 1793 se destruyeran centenares de estatuas de esta arquitectural fábrica de prodigios, o que en ese último año sólo un enorme gorro frigio, símbolo de la *igualdad* republicana, hubiera salvado la solitaria torre-flecha de esta catedral, símbolo de siglos de fe y de historia, y hoy de la capital parlamentaria europea.

Así hemos sido. Así no queremos ser.

En la *Antigua Aduana*, bordeados por las aguas del Ill, que arrastra una espuma de patos y cisnes noctívagos, celebramos el trabajo y el contento de estos tres días de músicas, hermandad y Europa, entre el *jamboneau*, la cerveza alsaciana –no llega para vino blanco del Rin–, el buen humor y la mejor disposición de todos, autoridades forales incluidas.

*Medames et messieurs, merci.*



## EN LOS FLANCOS DEL VALLE DE OLLO

*A*rteta se plantó en medio del valle hondo, mientras Ollo, Senosiain y Ulzurrun se repartieron, a izquierda y derecha, en las laderas. Itzarbe y Saldise guardan los flancos medios de la garganta de acceso. Anoz custodia la embocadura, y a Eguillor y Beasoain los llevó el río, y se quedaron altos, distanciados de cualquier acometida.

Esto escribí hace diez años, un día de mayo, con motivo del homenaje a los hermanos Urabayen. Pero pasé con prisas por Itzarbe y Saldise, y hoy he querido volver, mediado abril, con más calma y mayor silencio.

Con razón dice el refrán italiano que

*Aprile fa il fiore  
e Maggio ne ha l'onore*  
(Abril trae las flores  
pero Mayo se lleva los honores)

Porque, aunque muchas flores se abren en verano, casi todas las que dan la fama al mayo de los romances y de las églogas nos lle-

gan en abril: los jacintos, los jazmines, las celidonias, los tulipanes, los pensamientos, los lirios morados, las anémonas, las nemorosas... que esta tarde veremos en los ribazos, en las huertas y en los jardines, junto a las innumerables margaritas, amargones, fumarias y lanjinas que se reparten por todo el territorio.

Pasamos bajo las panículas alargadas y compactas de lilas que reinan en las huertas de Asiain. Cerca de Beasoain pastan unos caballos primaverales.

Ayer granizó durante un buen rato en/contra Pamplona, y se cumplió una vez más el refrán facilón:

*Abril sin granizo  
Dios no lo hizo.*

Pero por aquí no debió de granizar o fue una granizada suave, porque las flores, aun las más delicadas y grandes, están de pie y nos miran con la frente alta. A orillas del hondo y precipitado Udarbe los árboles lucen el lujoso charol de las primeras savias.

Las viejas y bajas tapias de las huertas de Saldisc son todo un rebullicio abrioleño. Se asoman, desde sus largos pedúnculos, los lóbulos lanceolados de los primeros murajes rojos. Se estiran las siemprevivas mayores, con sus rosetas de hojas carnosas. Son pura candidez las parietarias, de hojas alternas y suaves. Apuntan ya en sus tallos verticales las florezuelas blanco-amarillentas de los sombrillos u ombligos de Venus. Y las doradillas celan bien tras sus frondes reverdecidos las escamas plateadas del envés.

A 545 metros de altitud, como su vecino frontero, encaramado en la falda de la sierra de su nombre, Saldisc es un privilegiado mirador: sobre la garganta que abre el Udarbe y frente al faro de nieves y lluvias que es el pico morondo de Churregui encima del haye-

do aún cárdeno. Cierran el próximo horizonte las pingorotas de San Gregorio, Izqueta, Sollaundi y Larragueta, más allá del valle del Araquil. Sobre la sierra de Vizcay se recuesta Atondo; allí lejos, Ochovi; y, más cerca, toman el templado sol de abril las modestas cumbres de Zabalgaña, Olbeltegui y Recaundi.

*Veía el horizonte cerrado por colinas  
oscuras, coronadas de robles y de encinas.*

Un monumento neogótico-neo vasco rural, tan propio del vecino y escultor Ulibarrena, preside el típico rincón que forman, a la entrada del pueblo, la fuente y el lavadero, bajo un cerezo alto que acaba de perder la flor.

La calle de san Gregorio da la vuelta al caserío compacto, donde viven docena y media de personas, en casas de buena planta, con puertas bien doveladas. Destaca por su estampa y su silencio actual la que lleva en el escudo las armas de los Díez de Ulzurrun, año 1799, y en la forja del balcón principal la data de 1885: casa Churtierena (*Zurtierena?*).

Al noroeste del pueblo, como dirigiéndolo hacia la cumbre, se asienta muy noblemente la iglesia de San Pedro, recientemente restaurada, de un limpio gótico rural con un reluciente y maduro retablo romanista, que están a punto de merendárselo las termitas. La vecina que nos la enseña, natural de Jaén y que lleva pocos años en el pueblo, toda bondad y mesura, se hace un lío natural entre el San Pedro del ático, muy pontifice él con sus llaves, y el San Gregorio Nacianceno, patrono del lugar, traído de la cercana ermita románica, talla del XVIII. Pero al final todo queda claro. Vigorosamente bella, la talla de la Virgen con Niño en la calle central.

En el tablón del atrio está el censo electoral del valle y una carta del consejero de bienestar social sobre el uso de los balnearios.

Subimos a Ilzarbe, cobijado bajo los penedos, entre el seco y

sobrio olor de los tomillos. En un libro sobre etimología vasca se traduce este nombre como *¡bajo el viejo fallecido!* Con lo fácil que es traer a cuento el topónimo *Lizarbe*, lugar debajo de la fresneda

Nos reciben un chopo y dos cipreses al comienzo de la calle San Esteban, que corta el pueblo en dos, y en torno a la cual se esconden algunos rincones perdidos, y tan antiguos, que parecían de otro lugar.

Todos los hombres de Iizarbe, que no son tantos, y otros muchos del valle están jugando o viendo jugar un partido de paleta en un frontón alto, nuevo y abierto, de tres paredes, que tiene un relieve con un águila navarra en el margen del mural.

También los albañiles, que otros días andaban a estas horas levantando una casa en medio de la calle, deben de estar en el frontón. Una chiquilla merienda, pachona, pan con mortadela, a la puerta del antiguo palacio, bien reconstruidos techos, aleros y postigos, con las armas de Antonio Erec y sucesores en el escudo de 1717.

Desde el atrio de la iglesia de San Esteban, con reloj de sol en piedra, vemos con afecto reciente Saldise, entre robles, y el largo lomo de la sierra, partida por el costillar calizo que termina en la cuesta que marca los 1123 metros de altura. A nuestra derecha se abre el diapiro gris azulado y ocre, casi circular, de Olló con Artera al fondo, y el derrumbadero de Goñi, frontera de la Merindad de Estella. Chopos, fresnos, arces, mimbreras, abajo; pinos y robles en la zona media; y arriba, las hayas, que empiezan a mudarse en verde lustral, poco a poco, día tras día. La primavera trepa, como se ve, sin prisa y sin pausa, por la Sierra de Saldise.

Hay muchos huertos, árboles frutales y flores en Iizarbe: caléndulas, lirios morados, tulipanes carmesíes y oros, siemprevivas picantes...

A la vera del camino ancho que va hacia Olló, entre herberos, gallardean amapolas, galios, velloritas, blancas ursinas falsas, ranúnculos.

En una finca cercana vemos un pequeño crucifijo de hierro



atado con una cuerda al tronco de un cerezo. Desde una ventana alta y soleada saca la cabezota negra un enorme jabalí.

Esto parece una película de Buñuel.

Luego unas niñas creciditas, que viven en Pamplona, nos dicen que ya lo saben:

-Ah, sí, lo pusieron unos chicos que lo disecharon.

Está la tarde de abril tan bella, tan silente y enamoradiza, que da miedo levantar la voz; no vaya a darse cuenta. Pero estos ingeniosos versos medievales no hacen ruido:

*Fax gratum  
et optatum  
ver reducit gaudia.*

*Purpuratum  
floreit pratum  
sol serenat omnia.*

(Nos ofrece de nuevo  
la alegría  
la grata y deseada primavera.  
Florece el prado en púrpura bravía  
y el sol todo lo serena)



## SE VA SAN MIGUEL BAJO LA LLUVIA

*A*bril se está poniendo como para recibir al Ángel, escribía Angel María Pascual el 28 de abril de 1946, bajo el título *Marina*. Quería decir que volvía a llover en esas fechas; que el Ángel entraba en la Taconera bajo una multitud de paraguas negros y lisos como espaldas de focas, y que ese sábado había intentado siete proyectos de día: frío, caliente, venteado, soleado, lluvioso y tibio, hasta con granizos y truenos.

Poco más o menos como este año de gracia, digo de lluvias abrileñas y de fríos febreriles, después de tantos meses secos como el esparto. Sólo que a la hora de la despedida.

He oído tocar desaforadamente las campanas de San Lorenzo y he llegado justo cuando el Ángel se metía debajo del primer toldo del Parque de Antoniuti, junto a la columnilla de piedra y hierro que le dedicó la ciudad.

Rápida la bendición de los campos y fugaz el beso del Ángel crucífero con la cruz parroquial plateada de San Lorenzo. Algunas mujeres comienzan a cantar tímidamente la coplilla de despedida, que queda ahogada por los aplausos. Y sin más el Ángel-Arcángel, barroco de plata, izado sobre el mástil, y con su faldilla que lleva bordado el escudo de Navarra, se va a buen paso, bajo la lluvia que nos llueve, hacia la iglesia de Nuestra Señora del Huerto.

Hay un burujo de hachas apagadas, voces quietas, pasos de prisa, gabardinas, abrigos, comandos, boinas y paraguas.

Oigo yo por dentro la coplilla de mis años chicos, que entonces no entendíamos, cuando despedíamos al Ángel, y que el otro día oí en la iglesia vecina de la Paz:

*Adiós, Miguel Arcángel,  
ministro general;  
será siempre tu trono  
la cumbre de Aralar.*

La cumbre de Aralar no se ve hoy por la cortinilla de lluvia, y allí llueve seguramente también, ¿Qué cosa más natural que recibir y despedir a un ángel, y residente en Aralar, entre lluvias montara-ces?

Ya antes de que San Miguel nos visitara en abril, el refranero había recogido la experiencia del difícil carácter del mes:

*Abriles y condés  
los más son traidores.*

Para añadir, entre otros muchos que mencionan la lluvia, la nieve o el granizo:

*Abril, abrilero,  
cada día un aguacero.*

Y otro, mucho más doctrinal y expresivo:

*Llueva abril y mayo,  
aunque no llueva en todo el año.*

## SE VA SAN MIGUEL BAJO LA LLUVIA

Así que hay que saludar al Ángel Arcángel de la lluvia abri-leña, o a la abri-leña lluvia del Ángel-Arcángel. O al ángel que es fino, celeste y cèlebre como la lluvia, y a la lluvia que es clara, casta y ubérrima como un ángel.

Cuando éramos chicos de Mañeru queríamos besar el cristal sobre la cabeza morena de San Miguel, pensando que era la reliquia de un arcángel, joya que no tenía siquiera el abundante y hasta excesivo relicario de nuestra iglesia parroquial. Y cantábamos a coro, como si de un proyecto fantástico y lejano se tratara

*Arriba Navarra,  
de brío sin par,  
que allí nos espera  
Miguel de Aralar.*

No recuerdo si entonces el agua era, incluso en pueblos secos como el mío, un don tan esperado como ahora. Pero el Ángel de Aralar seguía siendo lo que fue durante muchos años, (y que ahora puede parecer incomodo): un signo de la fe y de las tradiciones de toda nuestra gente -este pueblo fiel-, no de una o de otra:

*En ti, patria mía,  
los pueblos verán  
que nuestras creencias  
aún vivas están.*

Basta leer las inscripciones en los muros interiores del santuario y repasar la historia de los viajes de San Miguel.

Mis abuelos paternos eran los encargados de hospedar al Ángel y a la corta comitiva que lo acompañaba. Venía a pie desde

Puente la Reina, y los chicos grandes de los dos pueblos aprovechaban el viaje para jugar a pedradas. Mi padre, cuando era mozo, lo acompañó varias veces de Mañeru hasta el término de Artazu, por el camino de Mendibelea.

San Miguel se aleja entre los castaños, temblorosas las espigas de sus flores blancas, como pañuelitos de despedir. Nos quedamos solos con la lluvia, que regocija el verde esmalte de los yerbines fungosos, y relumbra en la estatua de Europa, que levanta el libro abierto de su futuro junto al estanque de los patos.

Llueve blandamente sobre la tersura fluvial de los cisnes, blancos y negros, que interrogan con su largo cuello a la primavera. Sobre las ocas voznadoras, dándoles acaso más tema de conversación. Sobre los patos mandarines, torpes y rijosos, sin apagarles del todo el verde azulado del copete y el cereza del collar. Sobre los galanos patos carolina, sin desdibujar mínimamente la perfecta geometría de sus colores. Sobre las barnaclas cariblancas que cacarcan desasosegadas. Y sobre los pavos reales, ahora escondidos, y que luego titarán subidos a los cedros.

Cae el orvallo manso y frío sobre los primeros milamores que asoman entre las piedras altas de los muros del fosado. Sobre los ciervos que herbajean mientras les apunta la cornamenta perdida en invierno, tras las duras hostilidades de la berrea.

Luego el Ángel visitará el cementerio de Berichitos, el barrio más poblado de Pamplona, y, por fin, el legendario Miguel M<sup>o</sup> Azpíroz lo llevará hasta el puente Miluce, para que la leyenda sea completa, y los chistularis le despedirán, paradójicamente, con *Alborada* de Segura, mientras seguirá cayendo el zizir. Allí estará Gabriel Imbuluzqueta, arcángel de nombre y de pluma.

Y ya que don Inocencio –que ha sido nuestro San Miguel el tiempo en que faltó el titular del Santuario- cumple sus bodas de oro, le enviamos una felicitación colectiva con el Ángel.

*SE VA SAN MIGUEL BAJO LA LLUVIA*

Tocan ahora, quedas, las campanas de San Lorenzo. Es hoy día de San Marcos, que el refranero rima con charcos, fecha de antiguas rogativas matinales.

Y San Miguel de Aralar se va entre una rogativa pluvial y plúrima.





## ENTRE I'TOIZ Y MUNIAIN

**E**s un 28 de abril y llueve calmosamente, como sí la lluvia, alta y sombría, no quisiera estropear todavía más las viejas piedras del palacio de Itoiz, su torre de ladrillo, su ventana de rejas, su balcón de hierro..., que alguien comenzó hace años a restaurar y al que hoy sólo sostiene la compasiva hiedra.

La hiedra rodea también la bonita estampa de la iglesia abandonada, erigida en el siglo XVI. Bajo los desconchones del interior y frente al vía-crucis con telarañas, la patrona Santa Eulalia mantiene cubierta la barroca palma del martirio (más le vale). En el atrio, con ruegos, tres pequeñas estelas discoidales se hundan en el suelo. La hiedra se abraza al pequeño cementerio donde se abren unos lirios cárdenos.

Llueve calmosa pero tenazmente sobre las casas de piedra con portadas de medio punto y alguna clave gótica.

No se ve un alma por estas calles encharcadas. El agua resbala por el corpachón de unas vacas royas estabuladas cerca del pueblo.

Subiendo hacia la foz de Chinchurruinea, llegamos a Orbaiz,

otro pueblo del Valle de Lónguida.

Aunque de caserío tres veces mayor que el de Itoiz, sus habitantes de derecho, todos de fuera, no pasan, como allí, de la docena, pero, a diferencia de aquél, ni siquiera aparece el nombre del lugar en la lista de teléfonos.

La lluvia persistente no apaga sino enciende el verde recién estrenado de los árboles frutales de las huertas. Orbaiz es un pueblo perdido y como encantado, casi oculto por el verde y los verdes de los fresnos, los perales, los rosales y las hiedras que lo cercan y lo envuelven, sacando a ratos la cabeza la torre con campanas, la torre palomar, un torreón empedrado, una ventana geminada con arco conopial, y un alero de madera...

No podemos entrar en la iglesia medieval de San Martín, de la que, nos dicen, se llevaron todo lo de dentro.

- Dentro de unos días vienen por las campanas.

En el antiguo cementerio no se ve una lápida. En el parque infantil hay un columpio roto junto a un peral florido. Hay casas habitadas, casas vacías y casas derrumbadas. En el vecino monte Mendicoa las canteras calizas desafían, inútiles, a la lluviaza.

Pegamos la hebra con algunos lugareños, pero el viajero se reserva por ahora decir lo que va oyendo. En una ocasión, le salta, como despedida, a uno de sus interlocutores:

-Pues que pase bien los años que le quedan.

Está la tarde triste y verde, verdemente triste.

Salvador tiene los pies hechos un agua.

¿Se aparecerá algunas tardes Górriz, como un fantasma marino, o será un apagado faro lagunar?

Camino alto de Rala. Los árboles del Irati no han florecido aún. Por los campos están verdoyos los serbales.

Cuando a primeros de junio subimos, por una larguísima curva, a Usoz, todo el campo es un hechizo. Seguimos andando hasta el alto que divide Lónguida de Arce, desde donde divisamos los casales blancos de Nagore, circundado de herberos y campos de colza. Dos caminos ascienden hacia el picacho. Canta cerca el cuco.

Está la tarde un poco revuelta. Pasan dos aviones hacia Europa del Norte. Despiden un olor melífero las aliagas. Trueno más allá de la Foz de Iñarbe y Peñas Bachas. Unas nubes espesas, que nos han cubierto casi de repente, dejan caer unas gotas gordas. Zumban, estridentes y monótonas, las chicharras. Trueno de nuevo como una amenaza próxima. Un cielo malva-oscuro espeja el estreccimiento de la naturaleza. Se nos derrumba un aguacero bronco y breve, mientras a duras penas alcanzamos refugio de la primera casa. Quiquiriquean unos gallos. Unas mariposas anaranjadas revolotean por las aliagas. El cielo se vuelve lívido prieto. Cruza un ave rapaz. Más allá del Malatu el cielo es azul y blanco. Se derrama horizontal la borrasca y nos envuelve de pronto un caliente olor de campo florido.

Cerca tenemos un almacén nuevo, con útiles agrícolas. Dos perros de pastor salen tras un muchacho de una casa de sillar y sillarejo, restaurada, que lleva sobre la clave del arco de entrada dos rústicas cabecitas y una cruz.

La vegetación se adueña de las ruinas de un palacio rural con puerta de medio punto, cruz en clave y restos de sactera. Nos cuenta el mozo que en Usoz viven dos familias, la suya y la de su suegro. Sólo el padre se queda aquí durante la semana, mientras él, su mujer y su madre trabajan en Pamplona.

La que fue iglesia románica, de planta rectangular y muros de sillar, tiene a sus pies una pequeña torre cúbica con los vanos macizados. La portada se abre en forma de medio punto, con arquivolta de ajedrezado sobre imposta.

Una mujer de acento extremeño –nos dice que de Granadilla (Cáceres)-, con pañuelo a la cabeza, vive en la vieja casa parroquial. Gallos y gallinas ocupan lo que fue iglesia; sobre el tejado, un depósito recoge el agua que llega a unos bidones de plástico y hojalata para regar el huerto que crece en el antiguo atrio de la iglesia. El cementerio está sin cultivar: parece que fue parte del trato. Un respeto.

Un cedro, de media altura, junto con la torrecilla intacta, es la memoria viva de una antigua existencia. El viento alto entre sus ramas braceantes es el único campaneo, laico y natural, de Usoz.

Hace algo más de diez años que vinieron a pasar los fines de semana, cuando les echaron de allí. Ahora ellos se preguntan también qué pasará cuando hagan el nuevo embalse.

-Bueno, a ustedes no les llega ¿no?

-¿Y si nos quedamos cortáus?

En el campo verde gris de los carrascales y encinares el verde hondo y espeso del pantano de Usoz, construido en 1933, parece un cocodrilo gigantón y quieto, con sus 15 hectáreas de piel.

Desde aquí, el paisaje salta sobre los recios muros del Baigura, el Violeta y la Sierra de Archuba. La lluvia fina pinta de color ceniza los montes de Rala.

Bajamos a la luz de las aliagas-ollagas y el brillo menor de los tréboles, ranúnculos, bocas de dragón, campánulas y rosales silvestres. Una hilera de chopos lombardos rubrica verticalmente el descenso, en el fondo del barranco. Las aguileñas o pajarillos, de violeta azulado y llovido, alegran el roquedo junto a la carretera.

Pasado Artozqui, y siguiendo hacia Oroz Betchu, el desolado de Muniáin, haciendo honor a su nombre, se mal esconde en un cerrillo a los últimos pies de la Peña de Lacarri. Llegó a tener 14 habitantes en 1950. Un carretil entre cerezos nos conduce hasta él. Un mozacón no nos quita ojos:

- ¿Qué quieren ustedes?
- Ver un poco todo esto.
- No se puede ver. Es propiedad privada.
- Por lo menos, ¿podremos sacar una foto desde aquí, no?
- Bueno. Pero está es una propiedad privada.

El mozacón se ha revelado un hastial.

Ya lo saben ustedes, Muniáin, en el Valle de Arce, es propiedad privada y privante. No sé por qué en el *Catálogo Monumental*, en vez de decimos que la iglesia de Santa Cecilia de Muniáin tiene un origen medieval, una pila bautismal del siglo XIII, un pequeño retablo barroco, etc., no nos avisaron a tiempo que este lugar es una propiedad privada y no tiene por tanto nada que ver con lo público y el público. Entréense ustedes de una vez, si no lo saben.

Bajo la casa en hastial, bien encalada, vemos una piscina. Pasan dos hombres. Anda un chico con una bici. Varios coches aparcados junto a la entrada.

Está el campo lustroso y fausto. Pasan los ojos por una alcatifa de habares y suben luego hasta las Peñas de Larcki y la Sierra de Equiza, de cuyas breñas cuelga el último sol de esta tarde aún primaveral.



## VUELVO LLENO DE TI

Vuelvo lleno de ti,  
como de correr el campo,  
como de estrenar el cielo.  
Con los ojos colmados de tu luz,  
como de mosto.  
Y dormida la piel,  
creciéndome de sueños.  
Con la tenaz  
melancolía,  
con el lamento  
de no haberme quedado  
para siempre jamás  
en ese estreno.





## CON FLORES A MARÍA

Hace ya muchos años que Julio Caro Baroja, que no es precisamente un terciario franciscano, se quejaba sercnamente de la desaparición de la hermosa tradición religioso-popular de las *Flores de Mayo*.

*Que por mayo era, por mayo,  
cuando hace la calor,  
cuando los trigos encañan  
y están los campos en flor,  
cuando canta la calandria  
y responde el ruiseñor,  
cuando los enamorados  
van a servir al amor...*

¿Cuál ha sido la razón de que, con pocas excepciones, las parroquias, los colegios, las escuelas, las familias hayan olvidado aquel breve, tradicional, lírico y plástico, ejercicio de la flores a María?

Donde no había una Virgen artística, románica, gótica o renacentista, solía ser una Virgen moderna, de la escuela de Olot o similar, lo más parecida a las Inmaculadas de Murillo, con la luna a los pies, las manos cruzadas, los ojos fijos en el cielo, y dos ángeles, uno moreno y otro rubio, a cada lado:

CON FLORES A MARÍA

*De nuevo aquí nos tienes,  
purísima doncella,  
más que la luna bella  
postrados a tus pies.*

Y en cuatro versos se daba la razón del homenaje floral.

*Venid y vamos todos,  
con flores a porfía,  
con flores a María,  
que madre nuestra es.*

No se puede decir más y mejor con menos palabras.

El templo, la capilla o el aula olía sosegadamente a rosas, y el perfume nos acariciaba como un sueño leve; o nos llegaba de pronto el violento olor de las azucenas, penetrante como un remordimiento o una tentación.

Hasta el *niño terrible* de la literatura austríaca, Thomas Bernhard, le hace decir al protagonista de su última novela, *Extinción*, atco perdido, en su recorrido por el odiado palacio natal de Wolfsegg: *Al fin y al cabo, los únicos recuerdos bonitos de la capilla eran aquéllos en que cantaban las Flores de Mayo.*

No era fácil en nuestros pequeños pueblos de la zona media encontrar flores para el altar de la Virgen. Las flores del campo no parecían ni suficientes ni siquiera dignas, y se rebuscaba por las pocas huertas-jardines de algunas casas: lilas, rosas, margaritas grandes...

A finales de mes llegaban, en los buenos años, las azucenas y los lirios, que adornaban luego el altar del Sagrado Corazón.

*A ofrecerte venimos  
flores del bajo suelo.  
Con cuánto amor y anhelo,  
Señora, Tú lo ves...*

## CON FLORES A MARÍA

No es fácil saber hoy dónde se hacen las *Flores de Mayo*. Me hablan de algunos lugares, todos lejos de Pamplona. En algunos sitios ya no hay siquiera niñas y niños de primera comunión para levantar los ramos.

Hace hoy una mañana de mayo, de ésas que uno sueña cuando no las tiene en la mano del alma como un pájaro gozoso. Sólo Lope sabe decirlo tan bien:

*En las mañanicas  
del mes de mayo  
cantan los ruiseñores  
retumba el campo.  
Vístense las plantas  
de varias sedas,  
que sacar colores  
poco les cuesta.*

El arroyo Lizasoain, que nace de dos regatas que riegan tierras de Ariz, Aldaba y Ordéiz, está hecho todo un río, que salta brioso cerca del puente nuevo y coquettea como un doncel entre fresnos, lirios amarillos y flores de aliaga, desapareciendo en la solombra.

*Cómo miraré yo el río,  
que me parece que fluye  
de mí...*

escribió la poetisa cubana Dulce María Loynaz, que acaba de estar unos días con nosotros.

Están las cebadas altas, grandes y bien granadas por el valle de Olza. El cierzo las mece como cabelleras de la diosa Démeter, madre de los cereales, hija de Crono y de Rea. Las amapolas, los galios, las accedras, las margaritas y los tréboles hacen placentero y

## CON FLORES A MARÍA

riente el buen camino que va hacia la ermita de Nuestra Señora de Legarra, recién restaurada, que hoy cobija la talla románica, entre el XII y el XIII, a la que acompañan las cruces parroquiales que han abierto las marchas procesionales desde cada pueblo.

Cuando termina la misa, cantarina y entusiasta, las niñas de Ibero —¿por qué solo las de Ibero?— levantan los puñados de flores-bolas de nieve y azahar-, mientras la gente canta como en aquellos tiempos:

*Con flores a María,  
que madre nuestra es.*

Nada más, pero ya es bastante. La Virgen, con Niño, esfera, manto y túnica, pone una cara entre natural y emocionada.

El celebrante, además de leer los cuatro gastos de la restauración, propone revivir la vieja cofradía que duró de 1590 a 1924.

Los fieles de los pueblos de Olza se derraman, en olor y sabor de romería, por la explanada, donde empiezan a dar de sí los arbolitos que han sustituido a los olmos que hacían el soto.

La primavera retumba de luz y de gracia en las orillas frondosas del río Lizasoáin, en la cresta monda y soliza del Churregui, en los hayedales, pinares y encinares de la Sierra de Saldise.

Se me representa de súbito la *Virgen de los animales*, de Durero, o Virgen de las flores, que el Niño coge en su mano, como Madre del universo, nueva Eva fontanal; cuadro que parece restituir el paraíso terrestre.

Nada más parecido a esta mañanica de mayo.





## EL NUEVO MENDILLORRI

La mañana sabatina de este junio lluvioso tiene un suelo verde y verdiamarillo, y un techo de nimbos y estratos de nimbos, gris de granito y pizarra. Ciercea ligeramente.

El viajero cantoneó por los alcañanos del caserío y antiguo lugar de Mendillorri, en el Valle de Egüés, pero sólo llegó hasta donde los perros le dejaron llegar.

Fue, como cualquier lector aficionado sabe, villa de señorío nobiliario, documentado ya en el siglo XI. Propiedad del obispo de Pamplona y de otros señores sucesivos y sucesores, un oídor de Comptos, Arnaldo de Larrasoña, hizo reedificar el palacio, que al pobre Juan de Labrit, último rey navarro antes de la conquista, le parecía una obra suntuosa. Tras las desgarradoras guerras del siglo XV, el lugar fue habitado por los caseros de los distintos dueños hasta hace bien poco.

A mediados del siglo pasado tenía un vecino y 10 habitantes, y unos pocos menos, antes de que comprase los terrenos el Gobierno de Navarra para romper el dictado de la especulación y hacer posible el nacimiento del nuevo Mendillorri.

Lo recorro con mi amigo Pachi, un arquitecto estellés, joven y

ya muy laureado, que fue el autor del proyecto de urbanización de Mendillorri.

Estamos junto al lado sur del palacio, cerca del lago, sobre la mesetilla que separa la fase segunda de la tercera, y ésta de la cuarta y la primera, en el piedemonte.

La escorrentía del vecino depósito de aguas se canaliza hasta el lago, impermeabilizado con arcillas del lugar. Su profundidad máxima es de dos metros y medio.

Pasan deprisa algunas parejas y algunos padres con niños a la vera del lago. Chopos, álamos, fresnos, juncos, mimbreras, ciruelos japoneses, todavía recientes, adornan las orillas. Un rodal de lirios morados ha perdido ya la flor. Tréboles blancos respuntean los blandos yerbines. A un lado y otro de los senderos crecen, directos y pujantes, robles, acacias, abetos, acebos y tejos.

Al fondo, se tensa el telón de la sierra de Tajonar, donde el verde de la primavera lucha por sobreponerse al tono cenizoso y ocre que dejó el incendio de pinos, encinas y carrascas. A su derecha, la gusanecada sierra de Alaiz.

Dicen los viejos libros que el terreno es seco, fértil y abundante en pastos; que se cultiva trigo, maíz, patatas, legumbres y menzales; que se cría ganado lanar y vacuno, y se cazan codornices.

Sobre este espacio no se podía levantar una ciudad tradicional como Pamplona, dice Patxi. Una falsa mini-ciudad.

No. Debía ser el parque natural, la zona verde, el verdadero quicio que diera consistencia urbanística a la nueva construcción. A la manera de muchas ciudades anglosajonas, donde el *campus* no es sólo un pulmón sino el espacio corporal básico que ordena y distribuye posteriormente cada una de las partes.



Hablamos ahora en el flanco oeste del palacio, bajo un frondoso nogal, junto a unos bancos de madera muy llovidos, donde otras veces se sentó el viajero a contemplar la tiramira pinosa que va desde San Cristóbal hasta la Peña Belogain, pasando por Ezcaba, Miravalles, Alzuza y Echalaz. Y, más cerca, Beloso Alto, el geométrico depósito de aguas de Burlada, el palacio de Gorraiz o la Clínica Ubarmin.

Debajo de nosotros, junto a la chopera, se levantarán las dotaciones escolares y, al final del eje Norte-Sur, las deportivas. El eje Este-Oeste, notablemente más largo, al adaptarse a una topografía más abrupta, tendrá carácter más boscoso.

Mi guía y maestro, con su dicacidad proverbial, me distingue bien entre el éxito de la urbanización inicial y la posterior gestión de las viviendas, de la que hemos ido enterándonos, a veces, por ruidosas noticias en los medios de información. Ah, eso sí, se diseñó y preparó toda la urbanización antes de levantar la primera casa.

Mientras hablamos, vamos rodeando el lago. Diez farolas altas se centran sobre él. Unas papeleras de chapa perforada, pintadas al fuego de negro, nos ofrecen discretamente sus servicios. También unos bancos de madera, dobles y triples, tan cómodos que parecen hamacas.

Una calle amplia de adoquín de gres, en cuyos bordes salen mostazas, margaritas y amapolas, comunica las fases dos y tres. Hacia el Sur, donde estarán los campos deportivos, las acacias son dueñas del terreno.

Los bloques de viviendas de la fase número tres, las más elevadas, están aún sin terminar. Unos son todavía fría armazón, otros se revisten ya de ladrillos, y algunos están casi acabados, con los cristales puestos y las paredes encaladas.

La fase número dos está más retrasada. Hay grandes hoyas excavadas para los cimientos, y bloques en todos los estadios de la construcción. Rosa de los muros, rojo de los tejados, naranja de las grúas, verde del campizal, verdigrís de la Uliga de Montreal bajo un

ciclo de plomo... Cómo me recuerdan algunas secuencias de inolvidables películas de Antonioni.

Las torres gemelas del viejo palacio de Mendillorri, con el ciprés, el olivo, la yuca y el rosal a sus pies, sostienen aún la memoria en piedra del lugar histórico, es decir, real, y enseñan una clara lección de arquitectura a las nuevas generaciones de edificios.

Prudencia, sosiego, seguridad ante todo –parecen estar repitiendo.

Están rotos los cristales de la ventana ajimezada central.

- ¿Qué va a ser después del palacio?

-Pues igual casa de cultura.

-Sería lo propio.

Todas las calles de la fase primera donde ya han comenzado a vivir muchas familias, llevan nombres de concejos y señoríos de la zona. Un partido político ha aprovechado la reciente campaña para pintar en rojos sus dos iniciales, con lemas electorales demasiados conocidos.

Entramos en un amplio espacio verde entre bloques bien rematados. Los arquitectos los llaman *divertimiento*. Son espacios diseñados en función de una idea que se plasma luego en forma arquitectónica. Aquí es un río que nace, en medio del jardín, de una lengua de cobre; sigue sobre un cauce de hormigón cortado en leves hendiduras, por donde bajará claro y murmurador, bajo unos puentecillos; se solaza en una pequeña playa, cimentada de granito; se estrecha luego, más rápido y ruidoso, y termina en su mar, desde donde el ciclo comenzará de nuevo.

Junto al río, simbólico y de verdad, juegan dos niños con una palas en otra playa de arena, mientras la madre los contempla desde un banco, a la sombra teórica de unos jóvenes magnolios. Las farolas se inclinan también aquí sobre el curso del riachuelo. Tres niños

prefieren un montón de grava en la zona lateral de obras. Uno, más allí, juega con un balón; otro se entretiene con un perro que lleva su padre. Un joven pasa haciendo piernas.

Esto se mueve.

Pachi llama *crescent* -un creciente un tanto triangular- a la serie de viviendas que corre a lo largo de este espacio verde, con tres pisos y planta baja, galerías en el segundo, balcón corrido en el tercero, y arriba, como torrezuelas leves, las cajas de los ascensores.

En la zona de obras, a punto de concluir, tubos, cables, maderos por el suelo; y junto a las viviendas, muchos coches.

No hay un solo cable exterior en las fachadas. Todo va por galerías subterráneas. Arces y acacias. Entramos a otro espacio verde, con yerbines y aligustres, jardines privados de cada unidad, gestionados por los vecinos, pero abiertos a todos. Sobresalen los tonos jalde y castaño claro, y todas las ventanas llevan los marcos pintados de blanco.

*Alquilado para peluquería. Parte trasera, degustación café y heladería.* Por puertas, paredes y pórticos abundan los anuncios de servicios para comunidades.

Niños con bicis y balones plantan cara a la mañana desapacible. Las personas mayores van y vienen, suben y bajan, se mueven como en esas películas del Oeste, como fundadores y precursores, con la conciencia alegre y preocupada de estar haciendo algo colectivamente nuevo y hermoso, único en Navarra, donde, desde la fundación del nuevo Barañain, no conocíamos nada parecido. Sólo que aquí se ha hecho desde el principio, y como base, lo que allí solo se hizo al final y como complemento. Porque Burlada, la Burlada que tenemos delante, fue sólo continuación y copia de barrios de la cercana Pamplona, o un trasplante de los mismos en torno al núcleo rural del concejo. No quiero proseguir la comparación.

-Algo vamos adelantando, ¿no?

-Muchísimo, hombre.

Y así llegamos al otro *divertimiento -folie* (locura) lo llaman los arquitectos franceses-. Es éste el de los tres estanques. El estanque blanco, el estanque verde y el estanque azul, con la fuente central de cobre en cada uno de ellos, rodeados de playas de madera.

Este verano esto será un paraíso para los niños.

Los primeros geranios en las ventanas son como banderas alegres de ocupación en la larga batalla de tantas familias por una vivienda digna y accesible. Enfrente, los pinos y cipreses del llamado Parque de la Diputación parecen animarles con su ejemplo. A nuestra derecha, nos cierra el horizonte la segura y prudente prosa del Malkaitz.

*Pastelería. Panadería. Cafetería. Calle Concejo de Egüés.*

-Desde todas partes se ve el Parque Común.

-Es verdad.

Ya hay convocatorias escritas a los vecinos, fijadas en los salientes de los portales. Y muchos anuncios de muebles, colegios, mudanzas, dormitorios y comedores, terrazos, diseño y decoración...

Todas las casas tienen unos metros de jardín particular, donde crecen ya pinos, aligustres, retamas, y otros encantos. Sólo las esquinas han sido reservadas en algunas zonas para locales comerciales. No se ven aquí los huecos dejados para bajeras, que nunca se ocupan.

-Señora, ¿cómo le va por aquí?

- Muy bien. Estamos muy contentos. Lo que pasa es que los que hemos venido los primeros estamos pagando el pato más que nadie, sabe usted? Porque aquí faltan aún muchas cosas...

¡Todas las cosas buenas tienen su ijada.

La mañana de junio no se adulegua y termina impertinente y hosca. No hay una tasca ni un tendejón para invitar a mi amigo arquitecto a un medio.

## EL NUEVO MENDILLORRI

Caen algunas gotas. La gente busca la casa. Una ciudad, un pueblo, es, ante todo, la vivencia de la casa y la tarea, después, de convivir desde la casa.

*Has llegado a tu casa, y has cerrado la puerta  
con ese mismo gesto con que se tira un día,  
con que se quita la hoja atrasada del calendario  
cuando todo es igual y tú lo sabes,*

escribió Luis Rosales en su bellissimo libro *La casa encendida*.

Eso será pronto. Pero la mayoría de las 16.000 personas que un día poblarán la nueva ciudad todavía no la han encendido. Todavía bajan cada semana a ver el sitio entrañable donde un día se encenderá esa luz esperanzadora.

Yo os saludo desde ahora y desde aquí, presentes y futuros habitantes del nuevo Mendillorri.



## EL HERMANAMIENTO LODOSA-LANTÓN

**P**or la carretera de Blasón, larga y rectilínea, que corta como un cuchillo el prieto bosque de pinos, robles, arces y helechos, se llega a Lantón, verde y apacible sitio en la Bahía de Arcachón, departamento de La Gironda, región de Aquitania, antiguo Ducado del mismo nombre, tan relacionado con el Reino de Navarra.

Donde comienzan los gladiolos y las rosas, comienzan también las casas-villas del pueblo, con sus jardines en derredor, que lo hacen tan distinto de Lodosa, duro y compacto castro entre la peña y el río.

Lantón, estación balnearia y forestal, rico en puertos y playas, es uno de los municipios más extensos de Francia. Los 4.000 habitantes habituales llegan en verano a 18.000.

Primeramente terreno primero de salinas, después centro piscícola, la ostri-cultura se impuso luego y hoy sigue siendo gran industria importante. El desarrollo de la comarca llegó con la repoblación de la landa y su cortejo de resineros, leñadores y creación de serrerías fijas o móviles. Hoy la mayoría de los habitantes del Lantón trabaja en los centros industriales y de servicios del gran Burdeos.

Recorremos la parte del pueblo próximo a la bahía, ahora con marca baja, y los *crassats* al descubierto. Nos reunimos luego en la

pequeña iglesia románica del siglo XI, recientemente restaurada, donde tenemos el primer encuentro de esta fiesta de hermandad entre Lantón y Lodosa. El *Ave* de Lourdes nos ensambla, al final de la misa, con una misma historia, una misma familia grande:

*Ecoutez, o Mère  
qui nous aimez tant,  
cette humble prière  
que font tes enfants.*

Versos en francés que se entreceran con letrillas en español:

*Ave, Virgen Pura,  
Ave, Virgen Madre.*

Hacia dos años que Lodosa, tras una breve experiencia fallida, buscaba el contacto con una villa francesa de su estatura para llevar a cabo el rico intercambio de personas y de vivencias que constituye el alma del hermanamiento. Lantón, a través de su alcalde y de los miembros del comité que preside ejemplarmente Mr. Checa, buscaba el mismo fin; y tras varias visitas y preparativos, todo estuvo listo par al fiesta oficial. El *jumelage* —gemelamiento, emparejamiento, hermanamiento— puede comenzar.

Nos lleva la charanga en volandas hasta la casa del Ayuntamiento. Al compás de los himnos de Francia, España, Navarra y Europa, se izan las banderas ante un cielo borroso que amenaza lluvia y bajo el último perfume de unos grandes tilos.

Tras los discursos fraternales y europeístas, ante un numeroso cenado de oyentes, los dos jóvenes alcaldes de Lantón y Lodosa, conscientes de que la civilización occidental ha surgido del seno de nuestras antiguas villas y de que el espíritu de libertad se inscribió por vez primera en las franquicias que supieron conquistar, leen y firman la fórmula de juramento, con la que toman el solemne compromiso de *mantener vínculos permanentes entre las corporaciones de nuestros municipios, de*



*favorecer en todas las órdenes los intercambios entre sus habitantes, para desarrollar, por medio de una mejor comprensión mutua, el sentimiento vivo de la fraternidad europea, y de conjugar todos los esfuerzos necesarios por colaborar al éxito de la necesaria tarea de paz y de prosperidad, la unidad europea.*

Pocas cosas han contribuido más a promover esa unidad europea, a crear la Europa de los ciudadanos, que los miles de hermanamientos de ciudades y pueblos de diversos Países del Continente, que han ido trenzándose desde la última guerra hasta ahora.

En los jardines del Ayuntamiento, con plátanos bien podados, entre huertos y praderas, entre vinos blancos y tintos de Burdeos, contemplamos unas graciosas danzas gasconas bailadas por un grupo de niñas y niños de Lantón, entre las que sucna como un trallazo de desgarró y poderío vital la jota que nos trae desde Navarra el veterano Manuel Olmos:

*Desde Lodosa yo trigo  
un abrazo a los franceses...*

Es hoy 17 de julio y acalora que da miedo bajo unas nubes pesadas y turbias.

Sale luego al escenario el gran Canciller de los GANEA (Cofradía de los Golosos de la Concha nacarada y plateada) rodeado de sus condes y mayordomos, convocados al son de campana y concha marina, revestidos con el hábito y librea verdes, nacarados y plateados de las grandes solemnidades.

El Gran Canciller entroniza a varios beneméritos personajes de Lantón y Lodosa —entre éstos, el alcalde y la presidenta del comité del hermanamiento— como miembros de honor.

Y todos juran —con un *juro* latino y ancestral— confesar en todo

tiempo y lugar, predicando con el ejemplo, las virtudes y méritos para la salud del cuerpo y gozo del alma de todo tipo de mariscos, *especialmente de las llamadas ostras de Arcachón, en sus desburras o en barril, fritas, ahumadas, rellenas o metidas en aceite o en vinagre, así como en toda clase de salsas variadas, con o sin salchicha*, y de pescados, como la merluza o el lenguado hasta la lija, el arenque o la ballena, bien regados todos ellos con vino del País de *Entre Deux-Vins* u otro cualquiera *para purgar los riñones*. Juran asimismo, frente a la malicia y las trampas de la carnaza, ser unos buenos defensores de la Cuaresma.

Los entronizados engullen una ostra y se trincan un vaso de vino blanco bordelés.

El viajero no entra a describir, por innecesario, el sabroso, sobrio, entretenido y multitudinario almuerzo en el Centro de Animación; ni la exposición de los arristas de Lantón y Lodosa, ni el partido de fútbol en el estadio de Cassy, ni la bullanga nocturna dirigida por la Luna, la banda navarra y los conjuntos locales.

Las gentes de Lantón son de mucha crianza y cortesía.

Los sesenta invitados de Lodosa recibieron acobijo en familias de Lantón. Todos los franceses saben ahora un poco más de español y todos los españoles un poco más de francés. Todos tienen ahora nuevos amigos y son un poco más europeos.

Al día siguiente los de Lodosa se tostaron en las playas vecinas del Atlántico con el mismo sol que tuesta en las nuevas piscinas de su pueblo y fueron turistas de lujo en la Costa de Plata francesa.

La fiesta se renovará, sin repetirse, dentro de dos meses en Lodosa.





## LA TRISTEZA DE UNA TARDE

**D**amos una vuelta por los alrededores de Pamplona cuando el cierzo, que salva los centinelas de San Cristóbal, torna apacible la tarde crespada de un julio secaño.

Acompaño a una persona amiga que acaba de perder a un ser querido.

Esto suele pasar. Lo que nos parece propicio e incitador a la hora de la alegría y de la fruición suele convertirse en acompañamiento natural en la ocasión del duelo y del quebranto. También el campo. Puesto a lo de verano como está, blando aún de lluvias y tierno de flores, se nos remanece ahora tristeño y melancólico.

No es lo que vemos sino cómo lo vemos y lo sentimos. Y todo

## LA TRISTEZA DE UNA TARDE

lo llevamos tras nuestro regocijado o dolorido sentir. Si Juan de la Cruz recorre toda la creación hacia los esponsales de su alma con Dios, Juan Boscán invita a las criaturas a testimoniar su dolencia amorosa:

*Claros y frescos ríos,  
que mansamente vais  
siguiendo nuestro natural camino;  
desiertos montes míos,  
que en un estado estáis  
de soledad muy triste de continuo;  
aves en quien hay tino  
de descansar cantando;  
árboles que vivís  
y estáis perdiendo a tiempos y ganando,  
oídme juntamente  
mi voz amarga, ronca y tan doliente...*

Por fin recalamos a la vera de un pueblo del Valle de Egüés; subimos una breve pendiente y nos sentamos sobre unas hierbas altas, de cara al penúltimo sol del día.

Cabecean unos fresnos y unos olmos cercanos, a la caricia del viento tenue. Cabecean también los chopos y los álamos que pastorean, ternes, los lineales y sumisos rebaños de barrancos y regatas. La torre gris del pueblo hace juego con el albero de tufa que la circunda. Sólo las dos campanas rompen la simetría. Uno está temiendo que nos repitan de un momento a otro las últimas cosas. Las lomas y cabezos que tenemos delante se cubren respetuosamente de pinos. Otros se dejan aún sembrar y dejan ver ahora su pajosa calvez.

## LA TRISTEZA DE UNA TARDE

En un momento de intensa aflicción, el divino Garcilaso hace decir a uno de los pastores de su égloga:

*La tierra que de buena  
gana nos producía  
flores, con que solía  
quitar en sólo vellas mil enojos,  
produce agora en cambio estos abrojos,  
ya de rigor de espinas intratable;  
yo hago con mis ojos  
crecer, llorando, el fruto miserable.*

Y, sin embargo, a nuestro alrededor alzan sus minúsculas cabezas redondas y densas los tréboles rojos, y las escabiosas sus repcinadas cabezuelas azul-lilas; los hinojos nos ofrecen su perfume de anís, y mentastros y oréganos nos regalan el sedante aroma del mentol.

Se diría que sólo vemos hoy los cardos corredores que embisten el ribazo, y el escaramujo que ya perdió las zarzamosas y sólo muestra los alcaracates.

Los austeros rastrojos, con las hiladas de cañas que dejan las cosechadoras, tienen un color crema fuerte o marrón claro antes de convertirse en pajizo agostoso. Junto al regachón, un campo de girasoles nos mira con ojos lagrimones.

Algunos coches inoportunos que pasan y el rumor casi celeste de los aviones que van y vienen a/de Londres, apenas si nos rasguñan el silencio vivo y la soledad acompañada que requieren los amorosos pensamientos.

Un pasamatas entra y sale por las larras del sorillo. Vocinglea una urraca a nuestra espalda, y nos pasan cerca, chillonas, unas golondrinas blancas, que luego bajan hasta los rastrojos, constantes

## LA TRISTEZA DE UNA TARDE

y seguras. Unos pocos vencejos acuchillan el aire, más altos y dominadores.

Pero los pájaros no nos turban el encanto; son su música natural. El ventalle despeina suavemente el fresnedo.

Es un aire de cementerio.

A la Higa de Montreal se le pone un cendal gris lluvioso, mientras un sol-custodia, que filtra su fulgor entre un haz de cúmulos-nimbos, se deja adorar en el Valle. Un largo estrato de nimbos navega despaciosamente hacia el sur como un buque enigmático.

Bajan unos niños en bici, tan decididos como si salieran por primera vez a la carrera de la vida. Ladra un perro en alguna de las villas nuevas, como de rutina, con ladridos tal vez de amo presuntuoso.

Se arruma más la tarde. El sol en retirada bombardea de luz los aceros y las uralitas de los tejados de Pamplona, poblachón incierto bajo el ezpondón añil y curvilíneo que va desde El Perdón hasta Gaztelu. Luego se empoza más y más en un oeste sin fondo que nos deja casi a ciegas.

Al velo del oscurecer se suelta la rienda al dolor, como en la égloga clásica, clásica por perenne, *ante la dureza de la muerte airada*:

*Ella en mi corazón metió la mano  
y de allí me llevó mi dulce prenda;  
que aquél era su nido y su morada.  
Ay, muerte arrebatada!*







## AQUEL 19 DE JULIO

**T**odos los años revivimos doloridamente en nuestra casa aquel 19 de julio de 1936. No fue el 17 del Llano Amarillo, ni el 18 de Madrid y Barcelona. En Navarra fue el 19.

Era domingo y hacía mucho calor en Mañeru. El día anterior no hizo ni viento para poder aventar la parva y tuvo que quedarse en la era de Miguel. Por la mañana fue mi padre al regadío de Amuña y trajo unas verduras. Teníamos en casa para comer carne con caracoles.

A las cuatro de la tarde llegaron los camiones de Pamplona. Mi madre me puso en la manos una banderita española y me llevó en brazos a despedir a mi padre en la carretera junto al olmo de casa Pacasia.

Se fueron muchos, mozos y hombres ya maduros, a luchar por los viejos y revigorizados ideales de sus abuelos: Dios, Patria y Rey; y a terminar con el comunismo y el separatismo. *Por Dios y por España* resumía mi padre en las cartas desde las trincheras.

Se quedaron unos días en Pamplona esa, antes de que los distribuyeran por Guipúzcoa, donde la situación era incierta, y por la sierra de Madrid, donde el alzamiento parecía haber fracasado.

Partieron con la idea y el entusiasmo de que aquella nueva cruzada iba a durar sólo unos días; tal vez, a lo más, una semana. La guerra duró 31 meses. Mi padre murió el 27 de abril de 1937 en un hospital de Vitoria a causa de un balazo en el pecho recibido cerca de Amorebieta, siete días antes.

El Dios por el que luchaban nuestros padres no ha reaparecido en la Constitución de 1978, pero han desaparecido los artículos anticlericales y antieclesiales que tanto daño hicieron en la del 31. Dios no es patrimonio de nadie y la libertad religiosa protege todas las creencias.

La Patria ya no es aquella España *una*, pero es la misma Patria, pluralmente vista y sentida en un Estado Autonómico y dentro de la Comunidad Europea.

El Rey volvió a las Cortes de Madrid. No el Pretendiente de la dinastía carlista, sino un rey constitucional de la rama borbónica adversaria, primo de aquél y hoy amigo de todos.

Se hundió el comunismo en Europa en noviembre de 1991. En España se había hundido mucho antes.

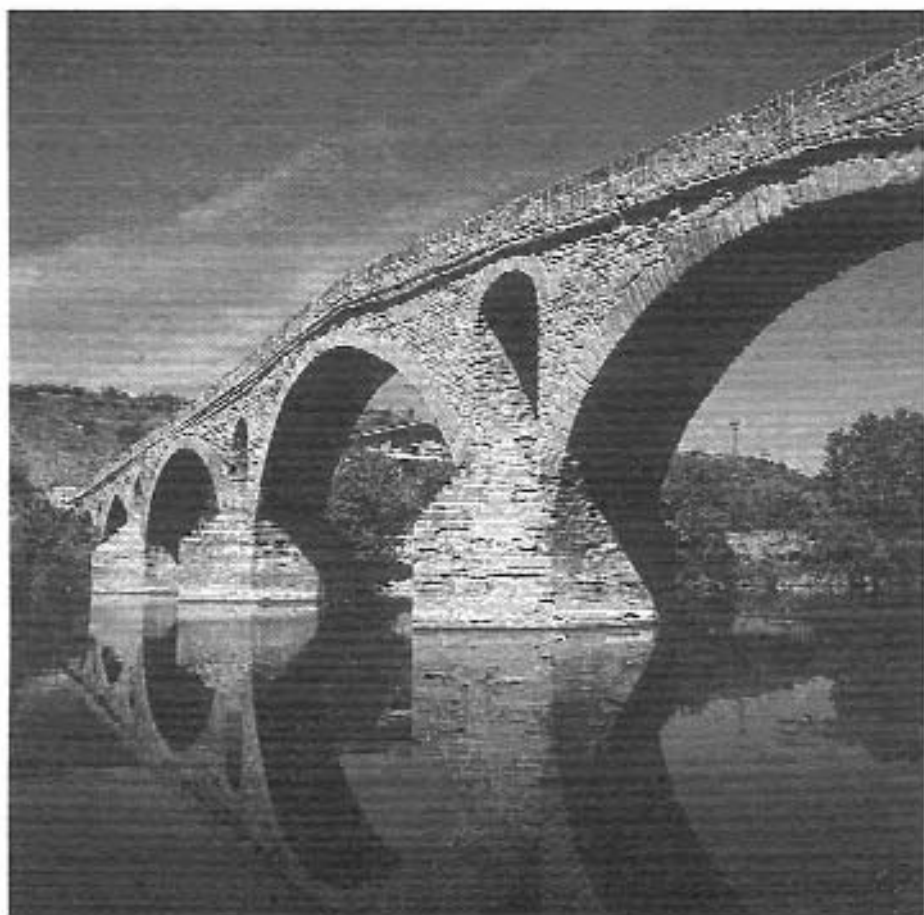
Y el separatismo se identifica hoy en nuestro país con una banda terrorista.

Triunfos y derrotas. Ni sólo aquéllos ni sólo éstas. Parece que la historia hubiera dado alguna razón a todos.

Mucho dolor, muchas muertes, muchos heroísmos. También gratitud y cariño. Y una lucidez histórica, que aprende siempre de todo y de todos.

Es hoy 19 de julio de 1993.





## DE PUENTE LA REINA A MAÑERU

(Camino de Santiago)

Volvimos a oír los versos de Manuel Iribarren, la noche del día de Santiago, en la plaza de Obanos:

*Millares de cristianos pusieron en Camino,  
Se abrieron nuevos surcos en la roca y el lino.  
La emoción de las gentes escaló altas montañas,  
rodeó riachuelos, cruzó selvas intactas.*

Esta tarde de agosto del Año Santo Jacobeo 1993 –Xacobeo 93–, no tenemos que escalar altas cimas ni vadear torrentes ni, menos, cruzar selvas vírgenes, sino sólo subir cuatro kilómetros de calzada santiagoueña. Pero salimos por el puente viejo de Puente, villa jacobea donde las haya, tan resueltos como si tuviéramos que hacer todo aquello y mucho más.

Dicen los libros, y dicen bien, que este *Ponte de Arga* o *Ponte Regina* es el más bello ejemplo de los medievales que existen en Navarra. Parece que siempre estuviera estirándose para anhearse más. Desde el aire semeja una pista por lo largo, y un acueducto por lo gallardo.

De la reciente exposición sobre Puentes en el Camino de Santiago, el cuadro que más me gusta es el de Isaac Prieto, que

pinta, en Siena pálido, con técnica mixta sobre papel, este puente medieval como desde el aire, y donde calzada y camino parecen el río de verdad.

Debió de hacerlo edificar la esposa de Sancho el Mayor para facilitar a los peregrinos el paso sobre el Arga.

El viajero ha pisado sus piedras una y otra vez, lo ha admirado, descrito y cantado, y ahora, tras invocar a la Virgen del Puy y de ofrendarle todos los gorjeos de los *choris* que vuelan junto al río, se arranca de él hacia el antiguo lugar de *Zubiurrutia* (Zurrutía dicen aquí) para coger el camino viejo de Mañeru. El puente medieval, como se ve, dio también nombre a este término, al contiguo de Zubico y a la regata que lo atraviesa.

Todavía hace unos años la carretera pasaba ante la puerta del convento de las Comendadoras del Espíritu Santo, fundado en 1268, que, casi dos siglos después, adoptó la regla de San Agustín y la vida de clausura, sin dejar de atender al hospital, levantado a la par que el convento. El año 1416 Carlos III agregó el lugar, ya despoblado, y cuyo patrón fue San Eutropio, a la villa de Puente la Reina.

La iglesia del convento, consagrada en el siglo XVI y reformada dos siglos más tarde, reluce con los oros de sus retablos rococó, y las monjas, pocas y ya muy mayores, viven de la buena voluntad de la gente.

Como huyendo de la ruidosa carretera que pasa por Barriomonjas, el camino jacobeo, ancho y cómodo, se interna en el campo rondando primero la huerta conventual y poco después las huertas, con largos muros, de dos villas recientes, por las que asoman árboles y adelfas. Al otro lado del ruido, rodeada de chopos y bajo una ringlera de olivos en la cornisa de un montículo, trabaja la fábrica de Eunea, dentro del término del mismo nombre, compartido también por Artazu.



Cerca, a nuestra izquierda, bajo un montecillo con pinos, -llamado San Gregorio, en recuerdo de la ermita-, discurre el río Arga, sereno y oculto, entre el misterio verde de un prieto choperal, tras exhibirse majestuosamente en Puente la Reina. A los bordes del camino, calcitrapas, hinojos, saúcos, olmejos, agavanzos y zarzales llenos de moras. Un ramillete de aguas trae aún el Zubico, entre altas aneas. Los perros nos ladran inútilmente desde la casa vecina. El caño cortado de una fuente que sale del ribazo da los penúltimos alientos. Cuando volvemos la vista atrás, en el buen sentido de la palabra, damos con la hermosa vista de San Guillermo de Obanos.

Vamos ahora bordeando la compacta chopería del río. Han crecido bien algunos de los árboles plantados este año, que aquí parecen álamos.

El camino, hasta ahora de tierra dura, con algunas pedrexuelas, comienza a recordarnos la calzada que fue, y de la que no quedan más que algunas piedras partidas. Luego tuerce decididamente a la derecha y el Arga se nos va a humedecer los fértiles sotos de Puente, Mañeru y Mendigorria.

Los que fueron chicos y chicas de Puente hace cuarenta años recuerdan bien que desde esa caseta junto al río se ató un mal día un señor una recia cuerda al cuello y con ella se tiró al agua. Es uno de esos sucesos infantiles que nunca se olvidan y de los que tampoco se olvidan las crónicas del Camino.

Una longa rastrojera va por delante, y ollagas, otaberías y cardos pasan a un lado y otro. El bueno de *Lorenzo* -apelativo familiar y próximo estos días de medio agosto- les ha chamurrado hojas y flores.

Al sur, se nos aparece la visión orquestal de Mendigorria, con la iglesia de San Pedro dictándole sus órdenes al pinar y al Arga. Frente a nosotros, las rocas peladas de Izpea (*Haitzpea*), refugio de zorros y chovas, sobre el espejo hondo y peligroso del río, y las pendientes ribereñas, sostenidas por pinos, de El Ristro.

Dejamos el término puentesino de Santa Agueda –con ermita desaparecida–, y nos acercamos al mañeruco de Bargota (*¿Ibargoiti?*), entre cerros erizados de aulagas, tomillos, lavandas y matorral bajo. Ahí está, erguido, el mojón de piedra, y allí, cerrando el horizonte, el monte de Santa Bárbara, que no perdemos de vista en el resto del viaje. Estamos en un reino de areniscas rojo-vinosas, de un rojo casi cruento en las tajaduras hechas al monte para asentar la nueva carretera.

*Coto privado de caza.* Qué claros desde aquí, sobre la Peñaza, el otero defensivo de Mendigorria, y, más allá, el cerro pinoso de Larraga! Los pinos plantados por aquí crecen muy mansito.

El camino baja casi en picado hacia un barranco hondo, con juncales y agrámenes, que ha arrastrado agua hasta hace poco, y subimos el más empinado repecho de la ruta. En el último tramo una mente benéfica y organizadora hizo poner unas escaleras de troncos para repecharlo mejor. Una alondra tardía remonta el vuelo desde un arrancocho.

Estamos ya en el camino ancho, camino de concentración, estriado por las arroyadas, por donde es fácil avanzar. Me dicen que en aquella casa-cabaña, bajo la carretera, vive una persona sola, que es muy feliz. Mucho tiene que serlo, se es capaz de aguantar el espantoso estruendo de los coches que le pasan encima del cholote.

Alcor de pinos sobre el camino de Artazu, que los de Artazu llaman de Mañeru. Siempre habíamos llamado a este término Mendibelca (terreno bajo el monte); ahora el mapa cartográfico lo llama Mendiguibelca (parte posterior del monte): un poco más difícil de pronunciar.

El monte de referencia es siempre Santa Bárbara, santa oriental muy popular en la Edad Media, patrona de mi pueblo, advocación muy querida por los peregrinos a Santiago. Santa Bárbara fue un punto estratégico en las guerras carlistas y en la de la Independencia, por ser clave en la comunicación entre Pamplona y Estella.

Delante de nosotros se abre la hoyada en que acaba el macizo montañoso. Una pieza recién trabajada es todo el terreno cultivado del entorno. A la luz del atardecer podemos contemplar el casi legendario panorama del regadío de Campollano, bello como un vasto jardín árabe, respaldado por los campos de labor, ahora pajizos y resecos, de Maldartca, Zamariáin, Eredia, Cortaburu y Echabacoiz, tras los que se extienden las trincheras naturales de las Nequeas, y, más alta, la colladía que va de Pamplona a Ujué.

Pasa *La Estellesa* por arriba. Ya no es azul como entonces sino amarilla. Y ya no va entre plátanos, nogales, perales y acacias.

Hemos llegado por fin a Bargota. La placa verde que indica en el Camino navarro los sitios históricos nos dice:

*Antigua población en la que se hallaba el hospital sanjuanista de la encomienda de Bargota en el siglo XIII. Derribada en el XVIII, estuvo habitada hasta pasado el siglo XVI.*

Lo esencial está dicho. Para que los desaprensivos no siguieran llevándose los sillares, como lo han hecho durante dos siglos, el Gobierno de Navarra ha colocado un alto letrero de señalización en color: *Monasterio de Bargota... Patrimonio Artístico.*

*Este es el convento* que de chicos veíamos desde la carretera vieja, con lo muros inferiores de piedra aún intactos.

De él hay mención ya en 1197. El monasterio estuvo habitado por freyes o hermanos sanjuanistas, que vivían en comunidad desde 1239 y administraban la encomienda –lugar, territorio y rentas–, hito importante en el Camino de Santiago. El primer comendador fue un tal García, que ocupó el cargo desde 1202 a 1217. A partir del siglo XVI hubo allí otro monasterio de monjas o seroras de la misma Orden Hospitalaria que cuidaba del pequeño hospital.

En 1390 ingresó como monja María Miguel de Esparza, madre

de don Lancelot de Navarra, hijo natural de Carlos III; el monarca le asignó una renta anual de veinte cahíces de trigo para ella y sus servidores.

En 1469 las rentas de la encomienda se incorporaron al convento del Crucifijo de Puente, antiguo establecimiento templario y después, reorganizado, en manos de los sanjuanistas.

A finales del siglo XVIII el edificio, abandonado, servía de *asilo de malhechores*, andarríos y azotacalles, aunque aún seguía diciéndose misa para los pocos habitantes que quedaban. Por fin, en 1776 el Gran Maestre de la Orden de Malta dio permiso para su demolición, pedida años antes por las Cortes de Navarra.

Bargota fue para mí, en primer lugar, el nombre de una viña de nuestra casa, de uva garnacha muy dulce, de la que hacíamos *vino blanco*. Después fue también un término, y sólo mucho más tarde una evocación histórica y vinculada a mi pueblo.

De señorío realengo pasamos los de Mañeru a ser collazos y vasallos de la Orden de San Juan desde el siglo XIII, hasta que en 1555 nos libertamos pagando 800 ducados al convento del Crucifijo de Puente.

Quedan de aquella activa presencia en el otero de Bargota cuatro corros de piedras anegrecadas y orinecidas, y en ellos algunos paños de pared, bien protegidos y arrebullados por zarzales, brezos, sáucos y olmos chiquitos.

*Ayer fui señor de España (...)  
y hoy no tengo una almena  
que pueda decir que es mía.*

El poste metálico eléctrico hincado en medio del teso es, sin quererlo, un monumento a la comunicación entre Mañeru y Puente por medio de Bargota.

Ocupadas por matojos están las antiguas viñas y piezas, cuyos nombres me sé de memoria, y que un tiempo fueron pompa y alegría.

Sólo algunos pinos que rebrotaron en Izpea tras el incendio reverdecen un tantico la grisalla monótona de la maleza. Aún quedan muchos troncos en el suelo como restos de una batalla campal perdida.

Hay gente en el nuevo merendero, refugio o descanso, que han puesto, entre arboles, en un altillo junto a la carretera reciente. Dicen que ha sido una especie de compensación a la mortalmente peligrosa entrada a Mañeru.

El camino de Bargota, por donde bajaban y subían nuestras madres, tías y abuelas a/de lavar la ropa, y que costea el hondo barranco que llega hasta el río, se junta con el Camino de Santiago poco antes de la última cuesta, pero sin perder el nombre.

¡Ay de aquella calzada de buenos adoquines, que nosotros vimos y pisamos! Ya sólo quedan rastros difíciles de identificar.

A la luz de vino clarete que tiene hoy el atardecer, vemos cimbrarse suavemente las copas de los olivos de Bohemia, crecidos este año a las orillas del Camino. Viene un aire puro y suave, que se nos antoja fresco, de la parte de Castilla.

Torre de Mañeru. Luces de Cirauqui. Sierra de Lóquiz y altas breñas de Montejurra.

El viajero, que conoció bien el tramo final del camino de Bargota, que aquí se abría en un amplio corredor, con juncales, yerbín, y unos matorrales guardando viñas, no toma en serio el estrecho sendero artificial que ha quedado tras las últimas obras. ¡Nada, pues, de *calzada peregrinal*, como dicen algunos libros!

Llega, eso sí hasta el calvario -el crucero renacentista, con el Cristo, la Virgen y el Niño-, llevado ahora un poco más abajo y que da nombre al término.

Luego se pierde en el seno, municipal y paterno-materno, de

*DE PUENTE LA REINA A MAÑERU*

su pueblo, donde nació y comenzó a vivir; donde aprendió para siempre que la vida es un camino, corto o largo, bajo la mirada de Dios, sabio y misericordioso:

*Partimos cuando nacemos.  
Andamos mientras vivimos.  
Y llegamos  
al tiempo que fenecemos.  
Así que cuando morimos  
descansamos.*

Por ahora, descansamos, vivos aún, en Mañeru.

## LA BODA DE ROBERTO Y ANA

Celebramos la boda de Roberto con Ana.  
Celebramos la fiesta de la nueva manzana.

Celebramos el triunfo doblado del anillo  
con lucidez de sol y firmeza de castillo.

Celebramos el día del amor juvenil,  
que la flor de los días multiplica por mil.

Recordemos el viejo, siempre actual paraíso,  
más precioso que el coche, más valioso que el piso.

Recordemos que a la muerte sólo derrotó  
el amor que la tierra y los cielos esposó.

Descémonos todos la alegría más nueva,  
la que nace del alma y en el alma se lleva.

Y a los dos descemos los años venturosos,  
los que todos soñamos al soñar generosos.

Y cantemos, en fin, los amores sin fin  
de la nieve y el viento, la rosa y el jazmín.

En la boda galana  
de Roberto con Ana;  
el orden y concierto  
de Ana con Roberto.





## POR EL VALLE DE GOÑI

**E**l Valle de Goñi —de las Cinco Villas de Goñi, como se llamó antes más—, es, desde hace muchos años, un lugar predilecto de mis andanzas. Algún día tenía que escribir algo de este querido valle *tan extraño* —según Caro Baroja— *dentro del panorama geográfico navarro, por su hidrografía poco precisa, por su altura en medio de tierras más bajas, por su vegetación y clima.*

Asentado sobre el sinclinal de Andía —plegamiento en forma de V—, está flanqueado por los anticlinales —plegamientos en forma de  $\Delta$ — de Ergoyena, Altos de Goñi y Dulanz-Sárbil, e interrumpido al Este por los diapiros de Olo y de Salinas de Oro. Es un valle-altiplanicie, entre 700 y 1267 m., casi sin valle y casi sin río. Es un valle-torreón, valle fortaleza, valle-terrace, y sólo viniendo a pie, como vino el viajero más de una vez, desde el Mirador de Lizarraga o desde la Sierra de San Donato, parece un valle de verdad.

Fue tierra de pastos y pastores protohistóricos, como lo muestran los dólmenes de Peña Blanca, Txargain, Sárbil, etc., y agricultores y ganaderos han seguido siendo, en su mayor mayoría, los habitantes del valle hasta hoy, en un clima subatlántico, fresco y húmedo, que hace posible los espesos robledales y hayedos que circundan los praderíos y campos de labor, donde se cultiva trigo, cebada, avena, veza y alfalfa. La concentración parcelaria de los primeros setenta redujo a 480 las 3712 parcelas de 240 propietarios.

## POR EL VALLE DE GOÑI

Los terrenos comunales alcanzan el 67,8%, pastizales en su inmensa mayoría.

Los 42 tractores, 23 motocultores y 18 cosechadoras que había en 1984 dicen de sobra la capacidad de los 200 habitantes de Goñi —800 a comienzos del siglo— para recorrer y cultivar el 20% de una superficie total de 43 kilómetros cuadrados, que es, más o menos la de Allín o Pitillas, sólo que aquí la zona forestal ocupa el 47%. El ganado porcino, caballar y vacuno de carne es la mayor riqueza del Municipio.

Hasta 1845 la jurisdicción del Valle la tenía el alcalde de Estella. Desde entonces fue Ayuntamiento único con cinco lugares: Aizpún, Azanza, Goñi, Munárriz y Urdániz. Hoy, por vez primera en la historia, una mujer es la alcaldesa de las Cinco Villas de Goñi.

Llegamos esta vez a la meseta por la carretera de Ulzurrun. Es hoy, sábado, 31 de julio, y todavía hay por aquí lugares sin cosechar.

Aizpún es el más pequeño, en territorio y población, de los cinco Concejos de Goñi, pero está en el centro geográfico de todos ellos, y por eso es la capital del Valle.

Hoy se ven desde aquí, con claridad meridiana, Goñi y sus altos, al noroeste; al sureste, el espigón de la Peña de Echauri —otros le llaman Sárbil—; el Alto de Garindo, al sur; al este, el Alto de Motxe, cortado vertical de la Sierra de Saldise sobre el hayedo del Puerto de Ulzurrun; y al suroeste, la torre de Urdánoz, seguida de los montes andianos de Munárriz como una manaza de pelotari. Aizpún, que trae el nombre vasco de peña o roca, extiende los casales muy holgadamente a orillas del camino, hoy carretera y calle de San Andrés; casales de buena piedra caliza, con portalones bien dovelados, lo mismo en casa Martintxo que en casa Sastrearena, Lopcrena, la Casa Consistorial, Margoyena o Arana. Todas están

remozadas y bien compuestas. Algunas llevan lajas en los tejados. Las huertas ocupan algunos espacios libres. Y entre varios fresnos, un patriarcal astigarro preside el burgo.

-No, aquí no hay ningún palacio.

El cómodo cincuentón baturro –por el acento, por la matrícula y por estar sentado en calcetines- al que preguntamos, debe de pensar que somos unos chiflados que andamos buscando palacios en Aizpún.

Pues sí, los libros hablan del palacio-torreón gótico, retocado en el siglo XVI, que por fin encontramos un poco disimulado: el frente principal mirando hacia el sur, con ventana renacentista de doble arquillo, roto el ajimez, dibujos geométricos en derredor, enmarcado todo entre baquetones triples. Por encima va una cornisa sobre tres canes lisos, y, en lo alto, el palomar, bajo el triángulo del alero.

Su dueño con boina, ya jubilado después de veinte años de trabajo en Guipúzcoa, está regando los tiestos y nos atiende con mucha amabilidad. Para él que las tres ventanas que se abren sobre el portalón dovelado de la casa adjunta –casa Pedroarena- también tenían doble arquillo.

-Todas las semanas viene alguno a sacar fotografías.

Al otro lado de la calle y al norte de la iglesia de San Andrés está el otro torreón –la torre- cúbico, también de estructura medieval, tres cuerpos y ático palomar –esta vez con palomas-, cubierta a cuatro aguas, con balcón corrido en el costado oriental, y bien adornado de geranios en los vanos y de gladiolos y dalias en el jardín inferior. Es casa Pichereña, toda muy modificada.

La iglesia es también una monada. Nos la franquea la dueña joven de casa Martintxo, que no es de aquí, sino de Pamplona, como nos recuerda a menudo. Alquilaron un día la casa y luego se

quedaron: ya son dos familias en Aizpún con el mismo origen.

Rodeada de un atrio espacioso con dos acacias, un plátano y la yedra que se agarra al dorso del frontón, se arbolaba la torre medieval, tan ancha como la nave, con dos grandes campanas.

El portal del templo, con arquivoltas que llevan flores de cuatro pétalos en forma de puntas de diamante, se protege con un pórtico renacentista de arco casetonado.

Construida la iglesia a comienzos del XIII, dentro aún de la tradición románica, una sacristía muy posterior, en piedra de sillería, le hurta casi todo el ábside exterior. Restaurada hace cinco años —cuando hizo la primera comunión la chica de nuestra guía—, todo está limpio y reluciente como una patena. En las paredes del ábside interior aparecieron, tras el retablo, unas pinturas murales, probablemente del XIV. Nos las vemos y nos las descamos para distinguir en ellas el Juicio final, los demonios, los santos y los obispos que vieron aquí los sabios que estudian este ajado material. Según nos cuenta la señora de turno, a los albañiles que restauraban la iglesia se les fue la mano en la parte de las pinturas, y la Institución Príncipe de Viana dejó de subvencionar los trabajos a través de la *gente del paro*, y allí se acabó lo que se daba; hubo que terminar los arreglos como se pudo.

Los santos de los retablos anteriores se reparten ahora las peanas libres de la nave, entre ellos el patrón San Andrés, una digna talla gótica flamenquizante.

Al costado de la iglesia, lo que un día fue casa parroquial y hasta el año pasado colegio público, se ha convertido, por falta de niños, en Centro Social, donde se arman las vísperas de fiestas, las cenas populares. Cada vez las prepara una casa.

-Esta noche nos toca, mire por dónde.

-Pues que le salga bien, y que aproveche, señora.

Por término de Aizpún pasa el barranco Lebrón —el regacho, como lo llaman en Aizpún— entre fresnos, olmos, espinos, arces y alisos, y pronto se topa con el Artazu o Artazul, que nace cerca de

Goñi de los manantiales de San Miguelpía y Rekaldea, y toma el nombre del monte comunal de utilidad pública de Goñi y Aizpún, con más de mil hectáreas de haya y de quejigo. El Udarbe, el río nuevo, vierte las aguas en el mismo cauce del manantial de Arteta, cuyo caudal se funde con el del río Olo, que desciende desde la vertiente sur de la sierra de Satrustegui.

El pueblo de Goñi, el más rico del Valle, se ha renovado y embellecido mucho en estos últimos años, y hasta han quitado, cosa reprochable, la placa que recordaba el año -¿1919?- en que llegó al pueblo *con gran alegría del vecindario, el primer automóvil*, nº 4860 de San Sebastián, conducido por su propietario don Lorenzo Loyarte.

Próxima a la carretera, una rústica cruz de piedra, ya mohosa, recuerda, por un lado, a Teodosio de Goñi: *In hoc signo vinces. El pueblo de Goñi a don Teodosio Fundador de San Miguel Excelsis. Año 1899*. Y por el otro: *Este es según la tradición el sitio solar del Palacio de Teodosio de Goñi*.

La verdad es que cada tarde este pueblo parece hechizado por la leyenda de aquel cruzado, marido celoso, parricida involuntario y penitente, cuya vida aparece pintada en la bóveda de la iglesia vieja.

Los palacios fueron, al menos, dos. El viejo o *Jaurguizar* y el nuevo o *Larrainagusi*, llamado también quizás de San Miguel. En el siglo XIII aparece como dueño del palacio viejo García Martínez de Goñi. En 1802 pertenecía a los ascendientes del duque de Granada. En esa fecha los dos palacios estaban en ruinas. En la memoria popular ha quedado el nombre de Castillo de Goñi (*Goñiko Castelua*) dado a un montículo a medio camino entre Goñi y Aizpún, y que don Francisco Navarro Villoslada hizo revivir con su poderosa fantasía en la célebre novela *Amaya*.

Si no han quedado palacios en Goñi, han quedado unas típicas casonas de los siglos XV y XVII en las plazas y calles -todas con el nombre de San Antón-, que suben y bajan por la ladera de la

montaña. Con portalones de amplio medio punto y solemne dovelaje, claves decoradas con una cruz, rejerías de la época, aleros con ménsulas de madera tallada y varios motivos, escudos barrocos y rococós con querubines, cruces, calderos, árboles y animales pasantes.

Me gusta sobre todo, en ese anchurón-rampa del extremo oeste, las dos casas adosadas bajo el alero ejemplar, y esa doble arcada apoyada en un pilar central, con tres cruces de piedra sobre las enjutas.

La mayor novedad hasta ahora en este viaje es ver la grúa cerca de la vieja iglesia de San Ciriaco, ya sin campanas, que el viajero visitó detalladamente hace una decena de años, cuando se planteó si abandonarla a su suerte o intentar su costosa reparación. Después de tantos tiempos, salvado o robado mucho de lo que había dentro, la grúa ha entrado en el espeso matorral de la incuria. Parece que se van a asegurar los cimientos, contener la maciza y peraltada geometría del templo cuartecado, y echar una piadosa, ligera y segura techumbre, para que no se desmorone un día de huracán o de nevisca esta iglesia-fortín, románica, renacentista y rococó, alzada, como otras del Valle en la primera línea defensiva entre cielo y tierra, monte y llano, cristiandad y barbarie.

También el pétreo frontón, de 1947, está viejo y despintado. Y la fuente, de 1899, tiene los dos caños cortados, por donde se escurre el agua que llena aún las pilas de abreviar los animales.

Salen la gente de la misa, y el pueblo, que estaba tan silencioso fuera como dentro de la iglesia nueva, se llena de voces y gaceti-llas. Se quedan los corrillos junto a la iglesia de San Antonio, color de piedra, que sustituyó, en 1965, con modelos barrocos, a la de San Ciriaco. Las dependencias del templo guardan hermosas tallas de la antigua iglesia o de cunitas desaparecidas, como la de Santa Quiteria, del siglo XV, y la muy preciada y preciosa cruz parroquial,

del XVII, obra del orfebre Gabriel de Ochoa. En la parte superior del presbiterio Javier Ciga pintó en 1956 la aparición del Arcángel San Miguel a Teodosio de Goñi, tema clásico en su obra, en formato de medio punto.

Cuatro mozos siguen departiendo bajo la acacia del atrio. Empieza a bajar el frío de la atardecida.

Encontramos un buen asiento en el Centro Social, que acaba de abrirse, donde tomamos un tentempié.

Vamos la calle arriba. Junto a Dorrekoa, en *Euskal Udaleku* nos encontramos con docenas de chicos y chicas, muy coloridos y atezados, que vienen con sus monitores de alguna excursión. Desde dentro se oye cantar el himno de San Ignacio –hoy su fiesta– en vasco.

-¿Cuántos sois?

-Cien.

-¿Y cuántos días estáis?

-Doce.

Hablan entre ellos en euskera. La gente del pueblo nos dice que son de las ikastolas del País Vasco y Navarra, que traen aquí a los alumnos todos los veranos desde hace algunos años, y que son muchos más que cien.

Un morenillo rezagado y de lengua suelta nos recalca que puede venir cualquiera:

-Basta con apuntarse uno y ya está.

Estamos quedándonos como pájaros ririrones.

Es la hora de encender los tueros en Goñi, y de irnos a casa los que no somos de aquí.

Volvemos por Arteta, que es una de las cosas más bellas que se puede hacer estos días y a estas horas bajo el cielo alto y vacío del anochecer.

Pueblos de señorío realengo fueron Aizpún, Goñi y Urdánoz, que pagaban su tributo anual a la corona. El rey don Juan II los enajenó en favor de Juan de Bearin, escudero de Estella, privilegio confirmado por Fernando el Católico. En 1543 los tres lugares redimieron las pechas a los sucesores del escudero real y fueron libres. Al constituirse el Ayuntamiento del Valle, a mediados del siglo XIX, Urdánoz fue su primera capital.

Cuando se llega al Valle de Goñi por el puerto de Ulzurum, Azanza aparece, sobre el flanco sur occidental de la sierra de Saldise y frente a la peña de Echauri, como un pueblo aventón y aventurado, -el más alto del Valle-, defendido sólo por su iglesia-fortaleza, tan parecida a la vieja de Goñi, con un tejero entre antiguo y moderno y varios almacenes blancos alrededor.

Es una tarde de agosto avanzado: la cosecha de cereal recogida, algunos montones de paja en los rastrojos, y muchas hierbas y plantas ya secas. Desde la peña de Echauri se extienden en dirección noroeste dos colinas, con robledos, que, con las sierras de Saldise y Sárbil, dejan al pueblo metido en un triángulo de alta montaña, agreste y cimero, como hay pocos en Navarra.

Los aldeaños de Azanza fueron lugar propicio para los pastores protohistóricos, como demuestra el dolmen de Sarbilzelai (pradera de Sárbil). La villa fue señorío real y en su término tuvo también bienes el monasterio de Iruzu. El año 1331 obtuvo del rey Felipe III el disfrute perpetuo de tierras y corrales en la sierra, propiedad regia, y facultad de pastar sus ganados, así como de sacar peña y leña menudas por 300 libras de sanchetes. Pero cincuenta años más tarde el rey Carlos II regaló guapamente la villa a su sobrino Carlos de Beaumont, alférez de Navarra.

Nos acompañan tres niños chicos que están merendando pan con chocolate; uno es del pueblo y los otros dos de Pamplona. Les gusta mucho la makila que llevo. Nos dicen que tienen bicis y que se lo pasan muy bien por el valle.

- Éste quiere ser como Induráin.
- ¿Y tú?



-Yo quiero ser tendero.

-¿En Azanza?

-No, en Pamplona, donde tenemos una tienda.

La iglesia de San Martín de Tour, de comienzos del XIII, revolada ahora de golondrinas, levanta su recia y restaurada estampa en la parte baja del pueblo disperso dándole su luz gris de los siglos, su unidad y su equilibrio. Es difícil imaginar que bajo la recumbre de tamaña construcción aspillerada se cobijen los finos retablos romanistas de la Virgen y Santa Catalina, el barroco de San José, o el neoclásico de San Martín. Remata la torraza un templetillo mediocre, que acoge una campanica, y poco más abajo cuelgan dos enormes campanas.

Sólo los capiteles del pórtico, corridos de hojas, muy deteriorados, delatan la usura del tiempo y del mal tiempo en este lugar de nieves, hielos, ventiscas y celliscas. El descuido del atrio, con algún rosal en los ángulos, cardos silvestres y una farola, es cosa más coyuntural.

Lindando con el pórtico sobresale la antigua casa parroquial, ahora vacía, construida en 1826, *siendo abad don José Arzacategui*. Junto a la puerta pequeña, la palabra bar está pintada en la piedra, y en el vestíbulo principal, abierto de par en par, hay un futbolín y varios enseres que parecen servir a una especie de centro recreativo.

El caserío está muy fragmentado, con muchos espacios libres, debido al suelo rocoso que rompe la capa de pavimento. Casas derrumbadas, casas deshabitadas, una alta pared en pie, y junto a ellas algunas casas renovadas con *bajeras* impropias. El frontón parece poco frecuentado. En un rincón, vigas de casas, derruidas. Varios tejados de laja.

La casa palaciana, llamada el Mesón, en la parte alta del poblado, y su vecina, casa Echeverría, separada por una arceca, salvan de la decadencia y la soledad al entorno inmediato. Una del XVII y otra del XVI, las dos tienen nobles fachadas, amplios portales, aleros con ménsulas trabajadas, rejería antigua, y cada una

dos escudos barrocos, con leones, águilas, lobos, perros, cabras, jabalíes, árboles y cañones: símbolos todos de la fuerza y el dominio. En el palacio, los postigos cerrados, tienen color de roble antiguo, con pequeñas aberturas en forma de cruz griega. Frente a él, un torreón gótico de sillarejo, con ventana germinada de arquillos apuntados.

Estamos en el pueblo que dio nombre, al menos, al virrey de Nueva España y ministro más importante de José I Bonaparte, Miguel José Azanza.

Vemos desde aquí la torre y los tejados rojos de la iglesia de Urdánoz, y allá que nos vamos.

Sobre el cercano cementerio de Azanza, con dos cipreses, corre, en el lomo alto de la sierra, un pequeño pinar de repoblación. Al otro lado de una hondonada de rastros, entre bojales y matorrales, se mantiene, bajo las laderas, la ermita medieval de Santa María Magdalena, rehecha en el siglo XVI, hoy abandonada; la talla gótica, muy deteriorada, de la patrona, está recogida en la parroquia.

Piezas con rastros, morones y ribazos con matorral, boj, arañones y pequeños olmos. Las nubes bajas se cchan, minaces, sobre los Altos de Goñi y el Churregui. Hojas ya caídas en el suelo de una joven chopera. El cementerio de Urdánoz en un altito.

La iglesia de San Román. Subida en un altozano roquero, parece a primera vista toda ojos –de puertas, óculos, ventanucos, campanario– y toda oídos –espadaña, cruz, pararrayos–, toda vigilancia y alerta. ¿Qué hace ahí ese pegote de la casa parroquial? Juegan unas chicas en el atrio, entre los abetos.

Levantada a finales del siglo XII, recientemente restaurada, guarda bien casi todas sus señas de identidad, y sobre su cabecera luce un muy valioso retablo renacentista-romanista, atribuido tanto a Juan de Aizpín como a Pedro de Gabilán.

Un buen frontón, de 1949, se abre sobre un segundo escalón, bajo la iglesia, y ya en tierra se agolpa el hatillo del pueblo, con algún edificio más alejado. Una gran casa del siglo XVI, vacía, con cubierta de cuatro aguas, en parte de laja, hace frente a un dominio de ruinas. Gruñen unos cerdos. Aparejos de todo tipo por los suelos. Un largo abrevadero con agua. Las cinco familias permanentes de Urdánoz se dedican a la ganadería.

En una pequeña plaza damos con otra mansión del XVI, en sillar y sillarejo, también de cuatro aguas, clave decorada, escudo cuartelado del tiempo, y otro escudo barroco con la leyenda *armas de los Asyayn*. Contigua, una construcción moderna, con adornos de ladrillos rojos, lleva otros dos escudos, uno lleno de jabalíes y el nombre de los Andueza.

Hubo aquí en tiempos un castillo de los Goñi, que debió de estar en pie hasta el siglo pasado, cuando pertenecía a los Larrea de Falces. Nadie sabe decirme dónde pudo estar.

Todo no van a ser monumentos antiguos. En una casa alta y nuevísima viven las familias de seis hijos nativos de la vieja casona; le han puesto un escudo nuevo. Junto al regato seco, los muros de una antigua ermita -¿San Gregorio?- son ahora tapias de un minúsculo patatal. Otros hortancos se defienden también con cercos de piedras calizas, grises y blancas.

La tarde, más que blanca, está gris y a ratos parece desolada.

Subimos por una estrecha pero bien puesta carretera hasta Munárriz, el pueblo más populoso del valle. Tiene una cincuenta de personas, algo más que Azanza. Como todos los demás, ha quedado reducido, en dos siglos, a una sexta parte de sus habitantes.

Munárriz, nombre que indica bien su posición, está ya cercano a la proa de Artesa (Arteiza?), sobre el próximo valle de Guesálaz

y al desfolladero de Guembe. Montado sobre una leve plataforma en el extremo sur del valle, domina bien toda la hoyada cerealista del mismo.

Lo rodean por el oeste un cabezo redondo con pinos, de noble Ichasa, una breve meseta llamada Mochope y el monte Mendiburu, a cuyo lado corre el camino que sigue a Siete Hoyas. Hacia el sur se levanta el mogote Ezepeñabazter, rincón de bojés.

Pueblo también de señorío realengo, Juan II liberó a los vecinos de sus cargas señoriales en 1457, en atención a los daños sufridos en su defensa durante las guerras entre beamonteses y agramonteses, y les concedió el privilegio de la hidalguía universal.

Lo primero que salta a los ojos cuando uno visita Mumárriz es el buen gusto con que sus moradores ordinarios y extraordinarios han sabido, estos últimos años, componerlo y mantenerlo compuesto.

En varias calles se ha conservado o recuperado la calzada de adoquines. Se han hecho fuera del pueblo los almacenes y algunas heredades se cierran con verjas nuevas. Todas las casas están engalanadas con flores. En el anchurón donde enseñó la escuela se han mantenido adoquines y rúejos, y se han plantado cuatro hayas. Las lajas sobre los tejados son también parte del engalanamiento, así como las tres askas o abrevaderos en tres sitios del pueblo.

La antigua casa parroquial está ahora cedida como *Casa Rural* y administrada por Esperanza, primera alcaldesa del valle, que ya va por la segunda legislatura. La casa de buena piedra, hecha en 1802, lleva a canto una huerta y en la fachada un farol. Tiene once habitaciones y capacidad hasta para catorce personas. Ha estado ocupada todo el verano.

Limpia y luminosa, manteniendo las antiguas vigas y paredes, toda ella está expuesta y decorada guardando su carácter rural y parroquial. Así que de abajo a arriba y de arriba abajo vamos viendo cada cosa en su sitio: trajes típicos, cardones secos, palmatorias, un cuadro de la Virgen del Carmen, vasijas, mapas, camisones de mujer

con escapularios, pesas, fotos del pueblo, zapatos antiguos, esquilas de vacas, bieldos, palas del pan, arcos de caballerías, libros antiguos, trébedes, utensilios del lar, tomillos y lavandas...

Junto a la puerta una mesita de ping-pong y el teléfono. En la planta baja, una gran cocina navarra con un gran fogón y en el aparador de la chimenea una bandeja con las espigadoras de Millet. Revistas y folletos sobre Navarra.

-Y ahora, un poco de jamón y queso, con vino tinto.

-Gracias.

-Mucha suerte y buen trabajo, alcaldesa.

Enfrente de la casa y la iglesia, en una placita de sueño, hay otra vivienda nueva en hastial con un gran balcón de madera lleno de geranios, hortensias en la calle y un roble frente a la puerta.

Muchas golondrinas blancas o aviones en torno a la torre.

Dedicada a la Expectación de Nuestra Señora, obra de comienzos del XIII, remodelada dos siglos después, necesita una seria reparación interior, que esté a la altura de su portada, de sus ménsulas y claves figuradas, de la celosía de piedra labrada en 1431, de sus tallas renacentistas, de su cruz parroquial plateresca -obra de maese Pedro del Mercado- o de la impresionante cabeza gótica de Cristo, venerada como de San Juan Bautista, procedente de la ermita románica del mismo nombre.

Además de su voluminosa torre prismática, la iglesia lleva, como otras del Valle, sobre las bóvedas de la nave, un espacio con ventanas cubierto con entramado de vigas, adecuado para fines defensivos.

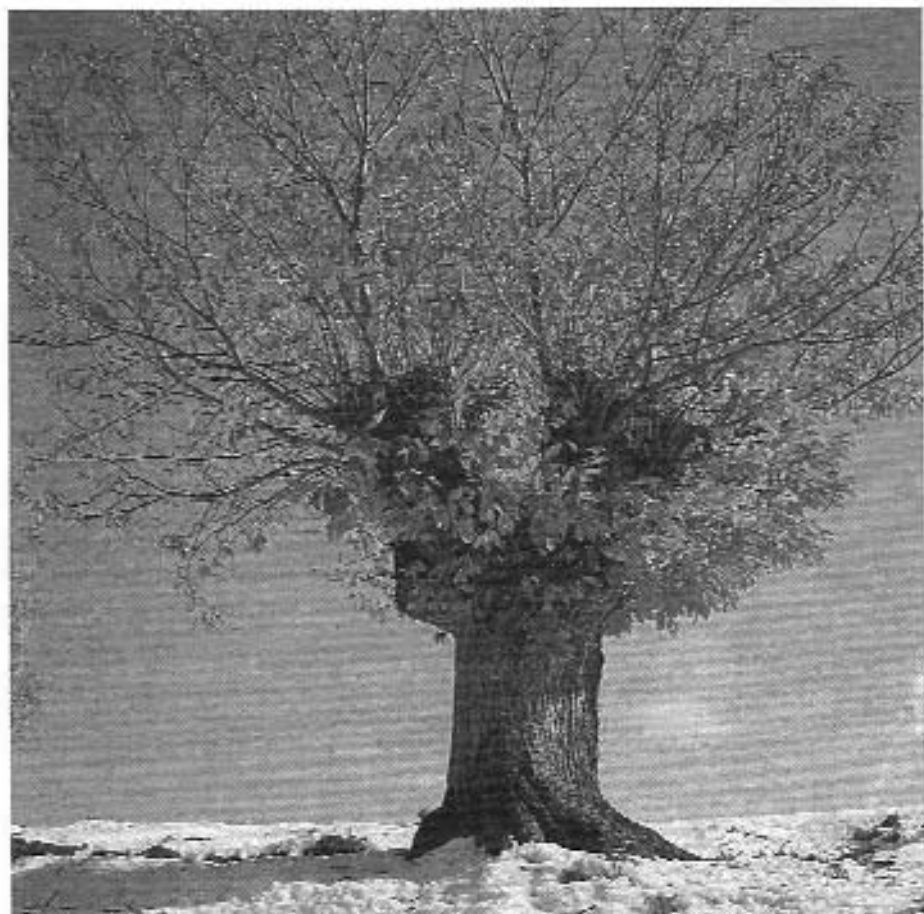
Esperanza nos lleva a ver la sillería de roble y el facistol renacentista del coro y nos sube hasta el campanario. Leo en una campana: 1843, siendo padrino don Agapito Hermoso de Mendoza. Todo el Valle está oscureciéndose ya, y comienzan a bajar las nubes hasta los casales. Por una escalera de hierro subimos a ver la maravilla oxidada de un reloj, ahora electrónico, que tiene 400 años de actividad eclesiástico-municipal.

Nos queda poco rato de luz. Recorremos con la alcaldesa las calles y nos detenemos otra vez ante algunas casas del siglo XVI y XVII; entre ellas, una torre palomar en plena reconstrucción; las paredes maestras en pie de la mansión renacentista, con blasón rococó, de *Juan José Ascarate y sus erederos*, y la barroca, con escudo de 1755, de *Juan Fermín de Ascarate y descendientes*, que parece sacada de una exposición.

Junto a varias viviendas hay montones de leñame de haya. Cerca de una de ellas un muchacho lo va desmenuzando con una sierra eléctrica. Son los *epaieros* (de *epai* – corte, cortadura) o lotes de leña que tocan a cada vecino en el monte comunal.

De este pueblo tomaron el apellido ilustres navarros, escritores, cantantes de ópera, organistas, pedagogos... y muchos más que vivieron y viven lejos del Valle de Goñi y del pueblo troncal, pero lo llevaron y llevan por ahí.

Comienza a tronar y a llover, y tenemos que refugiarnos durante un rato en la *Casa Rural*.







## LARRAONA

Cuando hace un mes pasamos por aquí, a la hora en que Induráin tenía a todo el mundo pegado al televisor, había gente de Larraona por la calle y unos mozos ponían el tenderete de la música encima de la cancha del frontón. Eran las vísperas de las fiestas. Todo el pueblo estaba encendido de rosas, claveles, azucenas, caléndulas..., bajo un cielo azulisco y un solazo presanferminero.

Hoy la boira, que nos acecha, a media tarde, desde las peñeras, nos sorprende a casi todos sin ropa, y ensombrece un poco este pueblo-huerta, pueblo-pasillo, pueblo-aduana y pueblo-vigía en la antigua frontera con Castilla, y hoy muga con la provincia hermana de Álava. Aquí el sol de agosto no cria aceite ni mosto, por eso no es tan necesario.

Larraona, (sitio de buenos pastizales), documentado ya a mediados del siglo XI, se resguarda, al decir del *magister* don Luciano, *al cobijo de su iglesia parroquial que, aupada sobre una pequeña prominencia, se yergue frente a Contrasta, recia, firme, serena*. Los reyes de Navarra mandaron fortificarla en 1427, porque los vecinos de Larraona se sentían corridos y afrentados al estar *a un quart de legua de Contrasta er pasan muy mal con el sinor de Lazquano et con sus gentes que no son buenement sinores de sus casas*. Eran tiempos de fechorías fronterizas, incursiones bélicas, robos de ganado, de muchos agravios y *afrentas*.

## LARRAONA

El pueblo fronterizo alavés, de bronco nombre militar, tuvo un recinto amurallado hasta muy entrado el siglo XVII. Y el vecino pueblo navarro, asentado entre las fortalezas naturales de Urbasa y Lóquiz, tuvo que apcechugar con la vanguardia defensiva del barranco estrecho y profundo que hasta el siglo XVI se llamó Val de Arana y Val de Améscoa, y ahora Améscoa Alta y Améscoa Baja, en los lindes occidentales del Reino. Aquellos tiempos ya pasaron y hoy es fama que los de Larraona se entienden con los de Contrasta tan bien como con los de Aranarache y Eulate.

*Vecinas a vecinas  
a veces se dan harinas.*

Al llegar aquí en cualquier estación del año los ojos del viajero se le van a las crestas, pitones y paredes del largo farallón, ocre gris, en el que se corta el monte Limitaciones de las Améscoas, alto balcón corrido irregular de la Sierra de Urbasa, que en torno a Larraona culmina en los picos de Morube —ya en Alava—, Haitzluce (Isluce) y Peña Ancha, superiores a los mil metros.

Entre las hayas, los fresnos, arces, avellanos y bojés del talud serrano, hace siglos que rodaron y se estacionaron definitivamente los peñascos, desgajados de las cornisas y repisas, al helarse el agua infiltrada en las fisuras de los estratos calizos durante los períodos fríos del cuaternario. Algunos ya ni siquiera son visibles, ocupados por la yedra, los fresnos, los avellanos, los tejos o los bojés. Otros semejan gnomos o duendes; los hay que parecen bestias que se arrastran por las faldas de la cordillera. Ora puede uno verlos como castilletes de vigilancia, ora como enormes obuses que nos lanzaran las baterías aéreas de las aldayas.

Por el otro lado, nos apricta el flanco septentrional del anticlinal de Lóquiz, que desde su arranque modela lomas y altozanos, escalados por robles, puestos en ringlera horizontal, bajo los

lomos altos de la sierra: Surgurina, Arikomendi, Larrabide, Aizkorribe, Berluce...

*Tópanse los hombre, no los montes.*

Uno de ellos se llama todavía *El Castillo*, en recuerdo de un castillo moro (¿fortificación protohistórica y/o romana tal vez?), del que se cuentan mil leyendas, que encubren casi siempre un sustrato real.

La regata Viarra o Vierra, que rompe bajo la sierra paredaña de Encía y recibe los regachos de Larraona, como el Amosabe, hace de frontera fluvial y discreta, tal vez desplazada por los derrubios, entre los dos valles de Lana y Améscoas. Luego mete, discretamente también, su talle galano bajo tierra, como queriendo distribuir mejor su caudal, y sólo cuando le sobran lluvias y nieves serranas, se pasea ufano hasta su moridero en Baríndano, donde se entrega en cuerpo y alma al Urederra.

El término de Larraona tiene figura de bota de andar, y a veces uno, mirando para la historia, piensa si no lo hicieron así para dar un simbólico puntapié al fronterizo.

Sea lo que sea de los moros, los romanos vinieron primero. Siete lápidas sepulcrales romanas, de las que ninguna nos ha llegado entera, hablan de su presencia en el Valle, atestiguada también con fuerza en el vecino de Lana. Algunas de estas lápidas se empostran en los muros de la ermita de Nuestra Señora La Blanca y de la iglesia parroquial: una de ellas se decora en su cabecera con dos rosetas de seis pétalos y un creciente lunar con los cuernos hacia arriba.

La iglesia fortaleza de San Cristóbal es bella por dentro, maciza por fuera, y está bien restaurada. Su origen es románico, a comienzos del XVI se levantó el templo actual y dos siglos más tarde se construyó la sacristía. Al viajero le gusta mucho la portada

románica, abierta a un pequeño vestíbulo que da a un atrio con dos acacias y un plátano, sobre el nuevo cementerio.

La escultura popular románica dejó su encanto en estos canes, capiteles y arquivoltas con figuras humanas y de animales – caballos, águilas, pájaros-, tal vez escenas de juego y caza, en las que los bárbaros de todos los siglos han dejado muestra de su afición a destrozarse cabezas. ¿Quién es esa segunda estatua, adosada al fuste, con una bosa colgada al cuello, haciendo juego con la de San Pedro, al otro lado? ¿Judas como contrafigura y contrasímbolo?

La iglesia, con doble entrada, buenos sillares de la época románica con saeteras, y peraltes del siglo XVI, sirvió bien para sus fines eclesiales y extraeclesiales; aparece como el escudo protector de la población. Nos recuerda Satur cómo la leyenda hacía creer que los moros lanzaban sus proyectiles desde el castillo, a los que respondían los cristianos desde la torre, que apenas sobresale en el conjunto.

San Cristóbal era ya buen patrono para aquellos tiempos. Por si un acaso, se buscaron en el siglo XVI otro valedor de fama, San Benito, que amaba lugares boscosos como el de su ermita y era abogado eficaz contra la sequía. Además, levantaron en términos de Aizurria-Bizcarra la ermita de Nuestra Señora La Blanca, con cofradía ya en 1588. Al no considerarla segura en aquel lejano paraje, le construyeron otra en medio del pueblo, ahora recién restaurada, el año 1782. De poco les valió. Treinta y un años más tarde, con todo el pueblo huido, los franceses la pillaron como solían.

No iban a terminar ahí los sobresaltos. Las Amésecoas fueron el enclave preferido por Zumalacárregui en la primera guerra carlista, y Larraona fue paso obligado hacia el cuartel real o general de Aranarache o Eulate. En una casa del siglo XVI, próxima a la iglesia, me cuenta la dueña que aquí se escondió el general carlista Larramendi –apellido amescoano procedente de Ultrapuertos– durante la última de las tres guerras, con su hijo Lauto y su asistente: su padre los acompañó después hasta el puerto de Lizarraga.

En el monte de las Limitaciones es conocida la cueva o sima *de los cristinos*, donde, según me dicen, aparecieron hace años hucos de las víctimas de aquella contienda.

Andar y andar, ya estamos en 1993. Ahora, sin moros y sin bandidos en la frontera y sin barruntos de *acciones* entre liberales y carlistas, podemos dar, bien anchos, una vuelta al pueblo.

En el frontón, bajo la iglesia y frente a la reciente casa consistorial y antigua escuela de 1959, juegan unas mocitas a pala. Los organizadores de las fiestas de Artaza nos anuncian, en un programa fijado en las paredes, para las 19,30 *gorroneos de pastas por las txoznas del lugar y atracción popular en el frontón*. También en el atrio de la ermita se anuncian viajes a Galicia y a San Sebastián. Así que hemos de elegir y sacudir así este frío de agosto que no podemos quitarnos de encima.

El caserío de Larraona se desparrama al norte y sur de la carretera, en una sucesión irregular de huertos y casas que hacen variado y agradable el recorrido.

Abundan los nogales, fresnos, avellanos y frutales varios, junto a patatas, alubias, acelgas, cebollas, y flores de estación y de adorno.

En el barrio de Abajo, y en la parte más alta, se concentran las viviendas amontonadas de antiguos jornaleros, hoy convertidas casi todas ellas en cobertizos y bajeras. El resto son buenas casas de agricultores y ganaderos propietarios, casi todas con escudo de hidalgos. Abundan las que siguen modelos del siglo XVI, de grandes dimensiones, construidas con sillar y sillarejo, grandes portalones con arcos de medio punto, conopial o carpanel; recias dovelas y escudos en la clave y en la fachada.

En los escudos, las tres fajas de los Baquedano, los dos lobos pasantes y orla de aspas de los Alvarez de Eulate, y las cadenas y paneles de los Pérez de Eulate, entre otros. Una casona rehecha en 1987 imita bien los elementos de los viejos palacios de hidalgos.

## LARRAONA

Al viajero, amigo de las Améscocas y de los amescoanos, le gustaría seguir viendo la fuente rematada con frontón, las ascas, y la pila del lavadero con soportes de madera.

Larraona, que tiene mucho terreno comunal (monte maderable y pastos), ha visto a sus gentes salir a trabajar a las ciudades vecinas. Hoy afronta como puede la crisis de la ganadería y de la patata, como un día lo hizo con la del carbón y la leña. Pero ve con alegría que muchos de los que se fueron y sus hijos vuelven a las casas que dejaron o las hacen mejores aún.

- No, estos pueblos –me confirma Satur, que sabe lo suyo- no se van a despoblar. Ni mucho menos.







## ARANARACHE

La tarde ya avanzada, nos descolgamos en Aranarache, nombre que resuena el antiguo y euskérico del valle, que luego se llamó Améscoa Alta. Como los otros dos vecinos, se constituyó en municipio independiente en 1846.

Es el central y más alto de los tres pueblos. Más pequeño en territorio, población y caserío que Larraona, se derrama como él a los dos lados de la carretera. Mientras Eulate ha hecho de ésta su calle mayor y casi única, extendiéndose ordenadamente a derecha e izquierda, los otros dos municipios la han tomado como lo que era, el viejo camino que los dividía en dos barrios, el de Arriba y el de Abajo. En Larraona desaparecieron los antiguos nombres de las calles —aún se ven, borrosos, algunos letreros— y todas se llaman *La Blanca*, como en Aranarache todas se llaman *San Miguel* —por la ermita del arcángel—, si exceptuamos la Mayor.

El tiempo sigue aún más desabrido. Nicolás, con todo lo zacarro que es, ha sido el único previsor y prevenido, llevando un jersey sobre los hombros.

Con él comenzamos el andurreo, y su casa monumental, del siglo XVI, con su huerto-jardín, es la primera que contemplamos. Las bolas Reyes Católicos en los vanos nos indican bien la fecha de su construcción. Dos pequeños escudos con rastillos, cruz florenza-

da, lunas con estrella y flor de lis, además de su cercanía física, la emparentan sin duda con el palacio de los Albizu, que luego veremos.

Siguiendo por el barrio de Abajo, vemos la preciosa casa, también renacentista, de Juan Benito, ahora en manos de un viejo conocido, con sus dos puertas y varios escudos de la época: lebreles rampantes, aspas, calderos, fajas y cruces. En el jardín delantero hay rosales, gladiolos, verbenas, verbenas de jardín, malvas y malvaviscos. Y en torno al jardín de la vieja era-mirador se dan cita todos los árboles de la zona. No lejos de ella visitamos la casona —hoy de García de Eulate—, que ostenta el escudo barroco de los Cegama-Alciturri y guarda un pequeño museo de curiosidades locales.

Mientras vamos calle arriba, nos cuenta Nicolás la historia de los bandoleros que, desde aquella osquedad, allí arribota, en las últimas blascas, quisieron un día asaltar a los vecinos del pueblo reunido en la iglesia y robarles a todos, llevándoselos, uno a uno, a sus casas; un toque inoportuno de campanas desbarató el intento. Un poco más arriba, en el recodo que hace el saliente de Arnoztegui, construyeron la ermita de San Lorenzo en el siglo XVI, cuya fiesta está al caer.

Aranarache, como Larraona, cuenta hoy con unos pocos habitantes menos de los que contaba a mediados del siglo anterior. La gente se va pero se queda con casas y haciendas, y vuelve. Aquí hay un buen número de ganaderos de ovejas.

Por el barrio de Arriba hay también buenas casas —José Luis está arreglando la suya, sacándole la piedra—, con escudos del XVI y XVII y parecidas figuras en los cuarteles. Aunque muy modificadas por el progreso de los tiempos, pocos pueblos como éstos conservan tantas casas construidas hace cuatro siglos.

En la parte alta vemos las antiguas escuelas, ya convertidas en casa; el lavadero cubierto y las askas. Cerca está plantada la iglesia

de La Asunción, precedida de una lonja con cinco pirámides y bolas de piedra, de recia estructura medieval. Fue ampliada y alzada en el siglo XVII, como proclama esa ventana adintelada, junto a la torre, enmarcada por pilastras y rematada por venera.

Quiso ser Carlos V de España y VIII de Navarra. Lo vemos ya, el 16 de diciembre de 1834, el día siguiente de la victoria de Arquijas, entrar en Aranarache, después de pasar cinco días en Eulate, distante entonces media hora de camino. Aquí pasó la Navidad, con gran contento de los vecinos. El día 27, tras una gran nevada, salió a las diez de la mañana. Estaban los caminos imposibles. Almorzó en el palacio de Urbasa y bajó a dormir a Lizarraga. Tras pasar una semana en Huici, retornó por Beruete, Aldaz, Barañibar y Lizarraga, y estaba ya en Aranarache el 13 de enero del nuevo año.

Zumalacárregui le aconsejó huir de aquí ante la llegada de los ejércitos de Córdoba y Lorenzo, y el rey partía el día 18 hacia Gollano, mientras retiraban de las Améscoas los oficiales heridos y los talleres de armas y municiones.

Volvió a su cuartel de Aranarache —*Real de Aranarache...* comienzan diciendo los documentos, aunque el rey no esté—, procedente de Zúñiga, el 4 de abril de ese mismo año, pero, nuevamente, por las amenazas del enemigo, salió de aquí el 7 y, tras almorzar en Baríndano, por el puerto de Baquedano, llegó a cenar en Iturmendi ese mismo día. El enemigo entró en Aranarache y Eulate, quemó varias casas y fue desalojado pronto por Zumalacárregui.

Viniendo de Estella y Murieta, el rey carlista durmió en Aranarache el 7 de septiembre, y al otro día partió hacia Salvatierra de Álava.

*Ya se parte el rey don Carlos,  
ya se parte, ya se va...*

¿En qué casa estuvo el cuartel y la corte de don Carlos? Nadie asegura nada. Pero me da la espina que fuera en el palacio cabo de armería, *solar y casa troncal de los Albizu*, apellido proveniente de un despoblado alavés, que se extendió pronto por las Améseas y toda Navarra.

Aquí nació, en 1808, don Fernando de Albizu y Vélez de Elorriaga, famoso por sus estudios de horticultor y por su huerto modelo en Elorriaga, donde era párroco, que visitaron toda clase de gentes. He visto un curiosísimo libro de visitas —desde 1868 hasta poco antes de su muerte, 1892— en el palacio de Azcona, donde casó un hermano suyo, José María, en 1829, con la hija de la casa, Irene de Azcona.

Está ahora la casona deshabitada y su entorno muy descuidado. Nos ladra un perro. Lllaman mis amigos a Juanito, el único descendiente de los que compraron, por segunda vez, el palacio. Edificio del siglo XVI, de dos pisos y ático, con dos hermosas puertas, jambajes de piedra labrada en los vanos, sillares en las esquinas y mampostería revocada con argamasa de cal y crema en las paredes. Sobre una de las ventanas del piso principal, un escudo con el rastillo de los Albizu.

Juanito, hombre de mucha labia y risueño semblante, no ha oído nunca que aquí se acomodara el rey; sí que había muchos libros, pero no armas, y que de esta casa no iban al servicio militar.

-Y los libros ¿dónde están?

-A la sima fueron a parar.

A la sima que está en la huerta de Nicolás. ¿Increíble pero cierto? El que lee mucho y anda mucho sabe mucho. Más quisiera uno a veces no saber ciertas cosas.

Nos anochece en Aranarache. Pero ahí sigue el escudo de los tres pueblos de Améseoa Alta: el bastón de mando y la espada, cruzados, ambos de oro, sobre un fondo de gulcs.





## DE SAN JUAN DE PIE DE PUERTO A RONCESVALLES

(Camino de Santiago)

**S**on las nueve de la mañana. José Luis, que es tan piadoso como madrugador, ya me espera dentro de la iglesia de San Juan.

El río Nive viene veraniego y turístico, y en las tiendas hay un revuelo mercantil de lunes de agosto.

Salimos por la calle y puerta de España, ahora siempre abierta entre las viejas murallas de piedra rosada.

El cielo está empedrado, esperemos que de nubes ligeras, y hace fresco, pero qué más dá. Vamos, como dice el letrado, por la ruta del Puerto de Cisa, llamada también de las Cumbres, de Napoleón, de la Artillería o Camino Real (*Errege Bidea*)

El camino romano fue abierto tal vez por los mercaderes protohistóricos y utilizado después por todo el mundo.

*En territorio todavía de los Vascos —describe Aymeric Picaud en su célebre Guía, primer tercio del siglo XII— el Camino de Santiago pasa por un monte muy alto, denominado Puerto de Cisa (Portus Cisere), bien por ser puerta de España, o porque por ese monte se transportan las mercancías de un país a otro. Tiene ocho millas de subida y otras ocho de bajada; su altura es tanta, que parece tocar el cielo. A quien lo sabe le parece que puede palpar el cielo con su propia mano. Desde su cumbre puede verse el mar británico y occidental así como los confines de tres regiones: Castilla, Aragón y Francia.*

*Altísimos y asperísimos montes* los llama también el peregrino italiano Domenico Laffi, que escribe el recuento de su viaje en 1681.

Para que no nos engañen tan exagerados testimonios, ahí está el recuerdo del mariscal Harispe (1768-1855), por cuya calle pasamos ahora: guerrillero baigorriano en la guerra de la Convención contra sus paisanos transfronterizos, y general de Napoleón en España, que terminó sus días, nombrado par, conde y mariscal de Francia, en su palacio de Lacarra. Fue un corzo por esos montes que tenemos delante.

Pero no hace falta tanto. Millones de pastores, ganaderos, mercaderes, soldados, emigrantes, refugiados, peregrinos, montañeros, turistas... han hecho este camino rudo con la sal del mundo. Así que no se diga más.

Villas hermosas a derecha e izquierda, entre hortensias, malvas, petunias, geranios, rosas, hibiscos, lagerstroemias índicas, calas, magnolias...

Si *Puerto* es fácil de interpretar, *Cisa -Garazi* en vasco- tiene un significado mucho más incierto. El más probable apunta a César -*portus caesareus*-, pero tampoco es del todo convincente.

Esta vez no nos salen al camino aquellos malvados portazgueros que amenazaban con sus dardos a los peregrinos, según cuenta monsieur Picaut, y llegaban a desnudar a sus víctimas examinando hasta su ropa interior.

El camino antiguo medía unos ocho metros de anchura al salir de San Juan. Hoy desde el principio es una estrecha pista asfaltada por la que remontamos un duro repecho hasta llegar a la altura de las casas de Othazenea.

Dejamos a nuestra izquierda dos reductos militares de tiempos napoleónicos y llegamos a la altura de Casa Antonenea. Yendo



desde aquí hasta la Casa Etchebestica, *la casa con veleta*, vemos a nuestra derecha una discreta cima alongada de noroeste a sudeste, donde se ha descubierto el recinto protohistórico de Gaztelumendi, utilizado también en el siglo pasado. Pero hoy no podemos detenernos.

El llamado *Castaño de San Luis* es un bosquecillo de castaños y nogales que rodean al más venerable y rugoso de todos ellos. Van y vienen coches en los que suben y bajan estas gentes arribeñas.

Subimos a jorro y en silencio, como los buenos montañeros. Erreculus o Arrocaluz (*Erreka Luz*) es hoy una borda rodeada de dos modestos edificios, cerca de un alcor arbolecido, que recuerda la desaparecida Reclusa, sin fecha de fundación, a donde subían los fieles desde ambos lados del monte, y donde hallaban refugio los peregrinos a Santiago. Muy cerca de ahí se une a la ruta actual el camino jacobeo —*Juandone Migueleco Bidea*—, que desde San Juan el Viejo, pasando por Caro y San Miguel, traía los primeros peregrinos —entre ellos el autor de la Guía medieval— o ahorra, más tarde, el paso por San Juan de Pie de Puerto.

Unto, un rodal de casas de labranza, fuertes y blancas, es el caserío principal del barrio de Arbosa, de San Miguel el Viejo. Una fuente se nos aparece como un ángel junto a la primera de las casas.

—Ya pueden beber —nos dice una adolescente, también con cara y voz de ángel, desde una ventana.

—Muchas gracias, *merçi*; qué bien hablas español.

Y el ángel de la niña sonrío y desaparece tras el verde postigo.

Salvamos las próximas roscas del camino y alorzamos en triángulo hasta el caserío llamado Arbola azpian (debajo del árbol), donde descansamos un poco y sacamos unas fotos, con el panorama del País de Cisa a nuestro alcance. *Ya no hallarás más casas habitadas hasta Roncesvalles*, dicen algunas Guías.

Tienen las camperas un color verde claro, a trozos verde oscuro, a trozos verde amarillo, en un sucederse de pequeñas geométricas variables mojonadas casi siempre por setos o árboles —olmos, fresnos o robles—, que crecen en las lindes y en las orillas de los regatos. Aquí y allí se forman rodales o bosquetes, recuerdos del bosque antiguo. Lomas y lomillas, altos y altozanos ondulan en un vaivén casi marino hasta el pic de los montes que se yerguen como acantilados.

Las pirámides cansinas y pobladas del Arradoi y del Jara tienen a un lado el Izpegui fronterizo y la almenada muralla del Iparla, sobre el valle de Baigorri, y, al otro lado, y en su piedemonte, la extensa peniplanicie donde se distribuye un rebaño de pueblos rojiblancos, desde Irulegui hasta Lacarra, protegidos todos ellos por la histórica fortaleza de San Juan de Pie de Puerto. Ahí abajo están San Miguel el Viejo, Zaro, Aincille..., lugares íntimamente vinculados con el Camino de Santiago.

Se está poniendo la mañana incierta. Nimbos cada vez más densos cuelgan de los primeros, inocentes cúmulos. Y estamos en el paraje más desabrigado de todo el itinerario. Amplia y clara balconada sobre la vaguada del Harchuri, bajo las crestas afinadas del Tramendi; y allá lejos, entre una bruma ligera, el corpachón de Erroizate.

Ahora es más cómodo caminar subidos ya a la terraza ascendente, que nos permite mirar a uno y otro lado. Bajo la muela y el dorso pardiverde del Munhoa se dispersan los caseríos de Lasa y de Arregui.

Llegados a la pradería de Orizun u Orisson no vemos rastro de lo que un día fue el priorato (hospital-refugio-albergue) de Santa María Magdalena del mismo título, que dependió primero, de Roncesvalles, y luego de la abadía de Lahonce. Nuestro rey Carlos III de Navarra lo eximió de impuestos por la ayuda prestada a los peregrinos. Hasta aquí llegaban en procesión, durante los siglos pasados, los fieles desde el valle de Valcarlos. El priorato se transformó en figón en el XVIII, con un juego de pelota al aire libre.

En la parte más baja del prado se amparan unos apriscos, que aprovecharon sin duda las piedras de los edificios desmantelados.

Dejamos a nuestra izquierda el monte Orizun-Orisson (1070 m.). Desde el collado de Landcreta vemos cómo nace en el recodo el regato, sin que nos animemos a bajar hasta allí a beber un trago de agua. Tal vez el corral cercano de vacas influye también en nuestra desgana. Así que preferimos beber el agua caliente de las botellas.

Pasamos a la vera del Itchastegui, que habla tal vez de mar y llega a los 1.189, y en el collado de Biacorre nos detenemos ante la estatua blanca de la Virgen de Egantza. Está ornada de flores frescas, traídas por pastores y peregrinos, en el altar bravo del roquedo calcáreo que se enerespa en la cima; un espino hispido hace de florero natural. Las dos proas de Urkulu y unos paños de nubes blancas componen el retablo próximo.

*Ruega por nosotros, amorosa Madre,  
Para que tu Hijo no nos desampare.*

Ahí está la pirámide mellada de Behorlegui; a su derecha, los farallones de los Escaliers y Mendibelz y, a nuestros pies, el vallecico, verde pradera, de la regata Esterenguibel, que en Esterenzubi se agrega al Nive. En esa línea entre la ceguera y el ensueño, los picos de Ori, Anie, Tres Reyes, la Sierra de Aspe...

Pasada la pista que lleva a San Miguel, avanzamos resueltos hacia el macizo, cubierto de praderías, del Hostategui. Éste se alarga y se apeñasca en la rampa de Chateau Pignon, el famoso Castel Peñón, construido por orden de Fernando el Católico en 1512, cuando la conquista de Navarra, poniéndolo en conexión con la fortaleza de San Juan, bien visible desde aquí.

El general español Ventura Caro lo hizo destruir en junio de 1793 para evitar que lo utilizaran los convencionales. De entonces

proceden los derribos aledaños. En su recinto y alrededores se han encontrado recientemente balas de plomo, bolas de cañón, fusiles, botones de uniforme, insignias... de varias épocas y orígenes.

Los palomeros montan en él hace años sus chozas de caza. Pero ni ellos ni salvajes excavadoras lo han desfigurado tanto, que no podamos aún apreciar su antigua configuración, reconocible en numerosos puntos. Menos todavía podemos detenernos hoy en el vecino Zerkupe, yunque calizo hincado en medio del pastizal, verdadero monumento geológico y protohistórico-histórico.

Más allá de las recientes pistas rectilíneas, soberbio panorama bajo unas nubes blancas de trazo intenso, con el Ori al fondo; más acá, Biskarzal y la cima de Okabe; a la derecha, el soberbio y verdeado macizo de Errbizate, y, como alejándose de él, hacia España, el Mendizar. A nuestros pies, el hondo valle de Elhursaro, con muchas cabañas de pastores.

Los topos han conseguido la granulación de todos los pastizales, sobre los que aparecen también las humildes florecitas amarillas de los tojos, las rosáceas de la brecina, y, raramente, las blancas y tímidas de las milhojas. Las más pequeñas tienen cuatro pétalos de oro brillante, cuyo nombre no sé.

Muchos rebaños de ovejas lachas por todas partes. Muchos caballos y yeguas de raza Burguete, y algunas vacas blondas de Aquitania. De mayo a octubre pastan libremente por el campo.

Estratégicos, elementales y feos puestos de caza para la paloma, hechos con bloques de cemento.

Y en esto que, como el libro de milagros del llamado *Codex Calixtinus*, llegan en una camioneta dos pastores amigos de José Luis, que van a Orbaiceta; colocan en sus mullidos asientos nuestros cansados huesos y nos transportan como en volandas hasta Urdasburu, de donde baja una pista asfáltica hasta Arnegui. Pasado

el pico de Urdanarri -más que pico, cresta de gallo calizo-, que ya sube hasta los 1269 m., los pastores nos meten por una pista, cerca ya de la frontera franco-cspañola, y nos asomamos a la vertiente del río Valcarlos, entre varias cabañas de pastores, bien equipadas como en toda la zona, con placas solares en las cubiertas.

Caseríos de Valcarlos, encima de Gainecoleta. Nuevas pistas que recorren el territorio valcarlino entre prados, piezas de cereal, bosquetes y *monte*. Cima desnuda del Meatze y, tras el collado, del mismo nombre, el espaldar de Argaray, sobre Valcarlos, echándosele encima. Las dos corotas, que desde aquí parecen gemelas, del Adartza y del Mendimotxa sobre Banca, despliegan su falderío hacia la hondonada. Al fondo, el cabezón del Autza.

Revolotean unos buitres en torno a su alto comedero.

Los pastores siguen por la pista hasta Orbaiceta y a nosotros nos dejan harto contentos pero mal acostumbrados. Astobizkar nos espera ya, cercano y calimoso. Nuestro camino, por vez primera sobre tierra y césped, tuerce hacia la derecha y cruza por un colladillo abierto en la misma base del monte Leizarateka y una hijuela rocosa e hirsuta que le sale al paso.

El viajero ha descrito en varias ocasiones el trayecto que desde aquí lleva a Roncesvalles, y se ha detenido en varios puntos de su recorrido histórico-sentimental.

A poco de dejar atrás Leizarateka, encontramos a un conocido industrial de Pamplona, con su señora, que no saben cómo pasar en su coche por el camino que traemos. José Luis les aconseja volver a Bentartea, acercarse hasta Arnostegui y desde el collado de Orgambide descender a Esterenzubi y San Juan, o por Idopil y Azpegui bajar a la Fábrica de Orbaiceta.

El viajero, en lo que queda de tramo hasta Lepoeder, vuelve a confirmarse en su recia convicción de que la batalla de

Roncesvalles sucedió en la ladera sureste del Astobizkar, llamado también monte de Roldán. Ahí, bajo el camino romano, una malograda plantación de pinos ha escalonado el terreno y el *valle inferior* del *Poeta Sajón* se hace aún más espantable, a pesar del colorido rosa de los brezos, que crecen más fácilmente que el pinar.

Ya estamos en el collado de Lepoeder.

*En la cima de este monte —prosigue el abate giróvago francés— hay un lugar llamado la Cruz de Carlomagno, porque en él, en tiempos pasados, Carlomagno se abrió camino con hachas, piquetes, azadas y otras herramientas, cuando al frente de sus ejércitos, se dirigía a España. A continuación alzó figuradamente en alto la cruz del Señor, y doblando las rodillas en dirección a Galicia, elevó sus preces a Dios y a Santiago. Por este motivo, los peregrinos tienen por costumbre hincarse de rodillas y orar vueltos hacia la patria de Santiago y cada uno deja clavada una cruz, estandarte del Señor. Hasta mil se pueden encontrar allí. De ahí que se tenga a éste por el primer lugar de oración a Santiago en el camino.*

Fuera o no aquí lo de las cruces, nosotros, que no las tenemos, hincamos en tierra las makilas y nos unimos a tantos millones de peregrinos que por aquí pasaron, haciendo lo que ellos hicieron:

*Beatissime Iacobe,  
lux et honor Hispaniae,  
venerande Patrone,  
custodi nos in pace.*

Y, por si fuera verdad lo que a renglón seguido añade *l'abbé* Picaud, extendemos la plegaria por todas aquellas víctimas:

*En este monte, antes que el cristianismo se extendiese por todo el territorio español, los impíos de los navarros y de los vascos tenían por costumbre no sólo asaltar a los peregrinos que se dirigían a Santiago sino montarlos como asnos y matarlos.*

Lo cierto es que Ricardo Corazón de León, al ocupar en 1177 el territorio bajonavarro hasta los puertos de Cisa, obligó a los señores de la tierra a salvaguardar a los peregrinos.

Y con las makilas en la mano, descendemos a Roncesvalles no por el camino romano que sigue el curso del Arrañosin —reconozco el error— sino por la pista nueva que conduce a Ibañeta. Aquí el viajero, quién sabe si por emular la hazaña de Roldán, se pone dos tiritas en los dedos de los pies porque no puede más.

En la posada, ay, ya no queda ni un coscorro de pan. Son las cuatro. Salen del bar los últimos clientes que han tomado café a la hora ritual. Repartimos el bocadillo de chorizo, que, previsora/provisoramente, se ha traído José Luis en la mochila desde Orbaiceta. Luego, unas galletas, que es todo lo que quedó en las baldas sin devorar, y dos cafés para despabilarnos.

Al final, nos ponemos a disposición de la Virgen de Roncesvalles.





## EL TERRORISTA

*Mas a ti ¿quién te dice  
que el miedo te acorrala y que eres su rehén?*

(Alain Bosquet)

**E**l miedo te acorrala. Tienes miedo  
de vivir en un mundo que es el tuyo.  
Tienes miedo a la luz y al calendario.  
Y más miedo a la vida que a la muerte.

Tienes miedo y al miedo te confías  
intentando del miedo liberarte.  
De tu miedo rehén, al miedo sirves  
y el miedo multiplicas con tus golpes.

Los otros con su miedo te protegen  
y tu miedo es tu patria verdadera.  
Miedo rabioso, miedo de tu nada.

Por miedo te desvives, desvivido.  
Y por miedo tu vida es una fuga  
que termina rondándole a tu miedo.



## DONDE LA BATALLA DE RONCESVALLES

Ayer cantaleó por la tarde en media Navarra y hoy ha salido el día en Pamplona alto de moral y con cierzo, como día clásico de La Asunción.

Vemos varios aguiluchos por el bajo cielo azul y, al acercarnos a Nagore, un buitre rondar las peñeras del Poche.

Hay varias familias y parejas a orillas del Urrobi. Mucho bullicio en el campar de Burguete y una multitud en Roncesvalles.

La niebla –hace años que el laño es invitado de honor en este 15 de agosto- está bajando veloz, como una alurta, como un alud de nieve, desde el puerto de Ibañeta. Son las cinco de la tarde.

¿Pero otra vez?

Cuando remontamos el puerto, ya nos ha envuelto. Las tocas de unas monjas y las mochilas de unos montañeros o peregrinos se pierden en su cendal. Todo parece una foto desdibujada, en negro y blanco, de hace siglos. Subimos como podemos, muy mansito siempre, hasta la última recta del carretil, donde nos espera el sol, un sol de terraza pirenaica o de solarium cósmico, entre digitales galanas y flores violetas y rosas de brezo. Pisamos las más antiguas tierras de Navarra, formadas hace unos 500 millones de años.

En Lepoeder (collado hermoso) hay sólo un coche, con matrícula de San Sebastián. La niebla cubre también toda la vertiente norte, dejando sólo al sol el costillar de Changoa y a ratos la cima del Leizarateka. Al fondo, el espolón escalonado de Ori.

Por el otro flanco ha ocupado ya todos los alrededores de Roncesvalles. Sólo distinguimos bien Burguete y las pingorotas del Guirizu, Iturrumburu y Adi; el resto lo emborriona la calina.

La placa que el Gobierno de Navarra ha colocado en el collado está arrancada. Alguien más sensible la ha sujetado en el suelo con piedras. Nos recuerda, en castellano y en euskera, el entronque de este Puerto de Cisa con el Camino Romano, con la Vía de Napolcón y con el Camino de Santiago; aquí, también, al parecer, los romanos adoraban al sol. Pues bien, algún bárbaro, ha raspado ésta última mención en las dos lenguas.

A unos metros, miramos una leve protuberancia de tierra, hierbas y piedras que parece ser un túmulo protohistórico.

El viajero ha escrito ya sobre los romanos, Carlomagno y el Camino de Santiago. Hoy ha venido a conmemorar lírica y topográficamente aquel atardecer del 15 de agosto del año 878.

Sobre el acontecimiento ha leído todo lo que ha podido y ha recorrido más de una vez los lugares que los expertos se disputan para ubicar el encontronazo. Dejemos ahora a un lado el ciclo épico francés, que exaltó la figura y gestas, aunque fueran fracasos, del rey franco y sus mesnadas.

El viajero está más que convencido de que fue aquí, en las cimas de Astobizkar o Astobiscar (no Altobiscar), el monte más alto del entorno (1506 m.), donde se parapetaron los vascones de la zona *-vascos y navarros-* para saldar las cuentas pendientes con quien los castigó en Aquitania y los atacó en Pamplona, durante su fracasada expedición a Zaragoza.

La hierba está algo seca y, al sol, rojiza. Vamos a jorro por una senda antigua que atraviesa el monte por la mitad; alrededor se cruzan esas estrechas y hondas estrías que hacen los rebaños. Entre el cervunal asoman, casi invisibles, los capítulos azulencos de las globularias y algunas campánulas violetas, todo bien abonado de alchirrias o cacabicorras. El borde sur oriental del monte que cae sobre el camino romano tiene cuatro ligeros salientes de esquistos, que se agrupan en leves plegamientos liquenosos. Abundan las piedrecillas, calizas, cuarcitas, areniscas, que se levantan al paso de animales y personas. Unas yeguas royas pastan junto a la histórica vía. Unas docenas de hayas, resistentes, intentan hace siglos escalar el ozpondón: aún no lo han conseguido. Llegamos al final de la línea meridional de Astobizkar, llamado también Napoleón y Roldán, antes de que baje un pequeño y suave escalón hacia Mendichipi, sobre el Itzandorreko Lepoa (¿hubo alguna torre defensiva romana en este punto?).

La niebla, nos deja ver ya el profundo y espeso *saltus* que se extiende, en hayedales, bajo el camino romano, sigue por la hondonada del Changoa, padre del Irati, a los pies del gigante Ortanzurieta, y cubre los valles y montes que la vista alcanza.

Este es el lugar idóneo, mejor que la falda norte del Changoa, para el ataque y la huida. Tal vez también aquel día había niebla. Y era el anochecer.

Las fuentes históricas más próximas al suceso son unánimes en afirmar que fue apenas entrando en el bosque pirenaico, en sus cimas (*in cujus summitate*), donde los pérfidos vascones tendieron una emboscada —nunca mejor dicho— al ejército de Carlomagno. Atacando la retaguardia del cuerpo expedicionario, que portaba los equipajes, provocaron un gran tumulto en toda la tropa. Mataron a los soldados y a muchos de sus jefes palatinos, empujándolos a un valle inferior; y aprovechándose de la oscuridad de la noche, se llevaron el botín. Eran más los francos pero los asaltantes los ganaban

en agilidad y conocían mejor el terreno. El desastre contristó profundamente, y por mucho tiempo, al rey de los francos, lo que hizo decir muy juiciosamente a nuestro Moret que *tan gran dolor no es de pequeña herida* y que *de cosas pequeñas nunca duró tanto tiempo la memoria*.

Un siglo después, los famosos versos del *Poeta Sajón*, que recoge fielmente lo dicho por las fuentes francas, esclarecen un poco el primer momento del ataque. ¿Cómo fue la emboscada? Él nos dice que el combate tuvo lugar bajo la cima del monte, por donde pasaba y pasa el estrecho camino. Pero todo comenzó con los proyectiles arrojados desde la cima:

*Missilibus primo sternunt ex collibus altis.*

El rey había pasado ya. El botín fue enorme (*ingentem rapuit proedam*) en manos de la turba nefanda de tales ladrones y asesinos (*victrix latronum turba nefanda*).

El poeta sajón, que repite en un buen latín lo que ya sabemos, subraya a cada paso la fragosidad del terreno, que hizo posible la fuga, con la ayuda de la noche, e imposible la venganza:

*His gestis, hostes vasti per devia saltus  
accelerant fugam fuerant quibus ardua montis  
abditæ sylvarum vallis loca nota profunda.*

Un rebaño de ovejas maulonas, marcadas de rojo y verde, se calorea de espaldas al sol, en corros simétricos, bello ejemplo de solidaridad casi vegetal. La boira ha dejado limpios los arrascos o calvijares del Changoa y los aborrales cercanos donde pastan ovejas y yeguas.

Astobizkar tiene forma de doble lomo de burro, algo más alto el que da al norte, partido en dos por un barranco central descendente. Desde aquí no se aprecia la larga curva de la pendiente septentrional.

Llegamos al otro lado, sobre el valle de Luzaide, colmo hasta los bordes de nieblas. Hacia Ultrapuertos, podemos ver con nitidez la célebre plataforma peñascosa del *Chateau Pignon*, lugar de todos los combates desde 1512.

Recorremos el amplio perímetro del estratégico reducto utilizado en tiempos de la Convención y de la guerra de la Independencia con sus líneas de trincheras o fosos, hasta llegar al cuadrilátero interior, con el hueco central excavado en tierra. Un rústico hito compuesto de piedras sueltas parece señalar el sitio. En medio del monte, en la vertiente que da a Ibañeta, y sobre la rígida y profunda pendiente, encontramos otra hoya, rodeada de un pequeño foso, junto al que se amontonan las piedras de un posible parapeto. No lejos está caído en tierra uno de los mojones de cemento armado, con la V de Valcarlos, que amugan el territorio municipal. Van y vienen, juguetones y ondulantes, los verderones serranos.

En el flanco sur de la collada de Lepoeder, viniendo desde el monte, el altirón cortado por un pequeño foso sirve de parapeto natural, con amplio espacio interior, en el que se han hecho unas catas, alguna muy reciente. En el lado sur se dibuja el reducto con dos fosos y hueco central. A pocos metros, un nido de ametralladora del tiempo del *maquis*.

Milhojas almizcleras, margaritas y potentillas alegran el yerbín.

En la falda inferior del Astobiscar un pastor echa el perro al rebaño, que salta hacia el camino y luego pendiente abajo. Se para un coche francés, del que sale pronto la chiquillería y se pone a jugar con una pelota.

Mientras bajamos, baja *arin, arin*, más deprisa que nosotros, como un rebaño mitológico, la boira que antes nos amenazaba con envolvernos en la cumbre. Sobre las breccinas, las árgomas y las hierbas gráciles del ribazo tirita un recientísimo rocío, y bajo las ramas de las hayas gotca un aguachirri tras el paso de las nieblas habionas.

Roncesvalles, la tarde de la batalla que le dio renombre universal, intenta identificarse entre la bruma, mientras las buenas gentes salen de la misa de ocho.





## TULEBRAS DESPUÉS DE FIESTAS

No pude bajar a Tulebras el viernes, fiesta de San Bernardo, primer día de fiestas, y hoy, lunes, cuando ya se terminaron oficialmente, bajo a la comida popular de los jubilados, que es como la clausura lógica y oficiosa de los festejos.

*A Tulebras me invitan,  
A Tulebras que voy.  
Más que ayer hoy te quiero,  
y mañana más que hoy.*

Tiene la mañana la cara limpia y renueva, porque durante la noche ha llovido en media Navarra.

Me lleva Pedro en su coche y nos esperan en el Ayuntamiento, engalanado con las tres banderas, la plaza-comedor bien regada y aseada.

## TULEBRAS DESPUÉS DE FIESTAS

Aprovechamos una hora tonta, que tenemos antes del rito local, para visitar el monasterio cisterciense, cabeza de los femeninos de España, que el viajero ha descrito y hasta cantado más de una vez.

*Tulebras: su monasterio,  
las viñas, el regadío,  
el Queiles con poco agua,  
la gente con mucho brío.*

La abadesa Margarita —a la que prefiero, con perdón, sobre Doña Ana Pasquier, su perilustre predecesora del siglo XVI— nos lleva, con mano maestra, de belleza en belleza, de encanto en encanto: la entrada palaciana bajo el escudo barroco de alabastro con cadenas de Navarra y báculo abacial; el musco, mitad cortesano mitad conventual, de tallas, pinturas y orfebrería, entre los siglos XVI y XIX; la portada románica, geométrica y vegetal; la nave del templo desnuda y suavemente desviada; el claustro renacentista como el huerto cerrado del *Cantar*; el ábside, ahora puro y reluciente, como fruta de los siglos; la huerta verde, armónica y fértil; la biblioteca, el archivo y el escritorio, doctos y resonadores; la torre de las antiguas abadesas, hoy reducida a lugar arquitectual y curioso...

A las dos en punto, cuando a punto están los cinco sentidos, nos sentamos a una mesa larguísima, y a la sombra de unos platanceros, como aquí los llaman. Durante tres horas colmas y bien entretenidas, damos razón con arregosto de todo lo que nos van poniendo delante; hablamos en coro o al oído; cantamos y oímos cantar. Todavía hay alguna barrera de vaquillas en pie y unos chicos travisosos y atrevidos se suben a ella para vernos mejor: jubiladas y jubila-

dos, miembros del Ayuntamiento y algunos invitados de Pamplona y Montcagudo.

*Jubilados somos todos  
alguna vez en la vida.  
Todos queremos que el júbilo  
nos dure todos los días.*

También hay algunas moscas, cómo no. Ya dicen con sorna los mozos de Cascante, cuando van a fiestas de Tulebras, que San Bernardo es también *el patrón de las moscas*.

Tengo cerca a varios amigos del pueblo; a un holandés gigante, rubio y buen trinchador, que alquiló aquí una casita veraniega para él y su mujer, y a un matrimonio catalán, fino y delicado. Cuando al final hablamos todos, a la catalana se le pone el corazón de mantequilla y rompe en lágrimas cuando se pone a echar alabos al alcalde y a Tulebras.

Y si una catalana habla así del primer regidor, ¿qué podré hablar yo?

¿Qué voy a decir de un alcalde que lleva invitándome quince años seguidos?

*Un torero de alcalde  
quiere la gente  
que a los toros del día  
se les enfrente.  
Victorino es el hombre  
cauto y valiente.  
Torres Melero:  
alcalde vitalicio  
y ex novillero.*

## TULEBRAS DESPUÉS DE FIESTAS

Ex novillero municipal. Ahora, todo un maestro en el arte supremo de cada día, incluidas las relaciones públicas. Un experto, literaturas aparte, en esa máquina y laberinto de cosas que es un Ayuntamiento.

En un pueblo tan pequeño ha conseguido lo que otros no en municipios mayores, y no se gallardea por eso. En primer lugar, ser elegido siempre en listas abiertas. Dejo el resto para que lo cuenten sus electores.

Lo que no ha podido hacer Victorino es aumentar el escaso número de días de lluvia, que estos años no llega a los 60 de antes; tampoco variar la sequedad de los veranos ni la intensidad y alta frecuencia con que sopla el cierzo.

Pero ahora mismo está intentando levantar un bloque de viviendas por primera vez desde que se trazó la vieja calle de San Bernardo, porque los jóvenes de Tulebras, que no son muchos, quieren quedarse en el villaje, como los de Barillas o los de Montcagudo se quedan en el suyo.

El proyecto de Hoyas no se ha hecho a topa tolonдро sino que tiene ese hondo sentido.

Y el Queiles... ¿qué hacer con este afluyente, moncayero y regador, que aquí no llega siquiera a *aprendiz de río* y se queda en novicio de regato? Pues Victorino y los concejales que nos acompañan han montado un lindo Parque fluvial con chopos y plátanos airosos, con bancos macizos y seguros sobre el yerbín a la orilla del cauce frondoso más que caudaloso. Cuando uno se sienta aquí, parece que pasa el Loira.

Cosas concretas y diarias, que en las fiestas de los pueblos se conocen, se aprecian, o se echan de menos.

En el bar que hace de centro social damos los últimos empu-

### *TULEBRAS DESPUÉS DE FIESTAS*

jes al alitargón y las últimas vueltas a los mismos lugares comunes, entre lililics y algazara.

El yantar común, el vinazo foral, el encuentro anual en torno a los símbolos colectivos, la visita de los amigos y conocidos que remueven las esperanzas dentro de la repetida costumbre..., nos ponen festivos y locuaces.

Ondean las tres banderas sobre la plaza-corredor de Tulebras, el pueblo más pequeño y no por eso el menos feliz de la Merindad de Tudela.



## LA TIENDA

Cuando José Antonio y Juli dejaron la tienda de *Frutas y verduras Pili*, fue todo un acontecimiento luctuoso en el barrio, del que aún no nos hemos repuesto. La tienda era no sólo un pequeño, un minúsculo comercio, sino también una estación de encuentros, un centro de información, un sitio de conocencias; en fin, un "topos" o lugar de socialización como dirían los sociólogos, en un barrio, si se puede llamar así, lindante con dos grandes arterias circulatorias, la siempre populosa Casa de Misericordia y los arbolados glaciales de la ciudadela. Como era la única tienda o las dos tiendas rivales en nuestros pequeños pueblos, o la fuente, o el lavadero, o el atrio a la hora desahogada y desahogadora del rosario.

Las frutas en nuestra tienda siempre eran frescas y sabrosas, y las verduras recién cogidas. Tenían casi siempre nombres de pueblos y huertas conocidos: las cerezas de Milagro, los melocorones de Sartaguda, las lechugas de la Magdalena, las alcachofas de Tudela, los espárragos de Mendavia. Y así. Además, comprábamos también allí legumbres, patatas o pan. Y si una mañana o una tarde hacíamos las veces de la madre, de la mujer, del abuelo o de la hermana, nos preguntaban enseguida por ellos. Cosa grande, familiar, universalmente humana, la verdad.

A veces me daba José Antonio cuando pasaba por delante, aunque no fuera a comprar, las primeras fresas empingorotadas, el

primer albaricoque conseguido o un moscatel seductor de esos que no caen en libra.

Pero el matrimonio de nuestros tenderos iba haciéndose maduro, los madrugones eran cada día más recios, las jornadas más largas, los hijos se casaron y echaban sí una mano pero no podían echar las dos. Así que, tras anunciarnos el final, el final se nos clavó en el letrero *Se alquila*, que sigue aguardando. Y los clientes fieles, que íbamos a pie con bolsas o con el carro hasta la tienda, nos dispersamos en busca de la madre gallega en forma de cesta o carro de la compra y aún andan algunos haciéndose, probando, comparando por aquí y por allí.

A las pocas semanas de que se cerrara la tienda de mi calle, asistí a la apertura festiva y degustadora de otra tienda, esta vez de alimentación selecta, de dos dinámicas mujeres treintañeras (de 30 a 35 años) y no treintonas (de 35 a 40), a quienes los paternalistas o cariñosones llaman “las chicas”; los más antiguos “las señoritas”; los proveedores y la gente del común “las jóvenes, “las propietarias” o “las señoras”, y los familiares y amigos fulanita y menganita, es decir, sus nombres bíblico y lauráceo.

Pasando unas vacaciones en Galicia, asistieron a la apertura de una cosa del género y les entraron ganas de hacer algo parecido en Pamplona. Así que en cuanto volvieron a la vieja Iruña se pusieron a buscar algo por el Casco Viejo, Casco Antiguo o Centro Histórico. Otras mujeres empresarias y sobre todo emprendedoras las enguizgaron y ayudaron. Prefirieron luego una calle peatonal y típica, acomodada al género que querían vender. Y las “dos chicas” del cuento de nunca encontrar, después de vueltas y revueltas, dimes y diretes, zangamangas, arremuescos y dingolodangos, y algún que otro volved mañana, encantos, dieron por fin con un espacio largo en forma de corredor que había sido antes tienda de ultramarinos y de la que aún se acuerdan algunos de los clientes actuales.



Aquello parecía al comienzo un trecho desafiante, difícil de dominar. El polvo le daba la pátina de lo lejano y peligroso de tocar. Aún resistían en el techo los herrumbrosos clavos de los que colgado habían los orondos jamones de antaño. Había que cubrir todas las paredes, pero a trozos aparecía el sufrido y noble ladrillo... Fueron semanas y meses de madrugar, correr, calcular, pagar, comprar, albañicar, sudar, pensar, dormir poco, no dormir, consultar, preguntar, telefonar, aguardar, esperar, dialogar, negociar, discutir, perder los nervios, reñir, gritar, reír, llorar, cantar, huir, volver, adelgazar, barrer, recoger, tirar, despolvar, picar, perforar, taladrar, destornillar, cantear, colocar, atornillar, clavar, decapar, cepillar, frotar, raspar, desbastar, lavar, estropajear, lijar, limpiar, acicalar, blanquear, enjobar, enjalbegar, barnizar, enlucir, pintar, volver a pagar, volver a comprar, volver a colocar, decorar, adornar, fijar, etiquetar, distribuir, llamar, invitar, volver a no dormir... y abrir por fin la tienda, tendiendo y extendiendo al público de Pamplona y de Navarra productos típicos, selectos aunque no inalcanzables, de las 17 Comunidades españolas.

Yo fui una tarde a ver lo que iba para tienda, pero vi con los cinco sentidos y algunos más el ensayo ruidoso y denso, fabril y artesano, de las dos empresarias, en veste de maestras de obras, rodadas de novios, padres, abuelas, hermanos, amigos de hermanos, en guisa de obreros ejemplares, y algún que otro curioso como yo, entre un ir y venir, subir y bajar, traer y llevar escaleras, sillas, mesas, caballetes, taladro, destornilladores, piquetilla, plomada, paleta, llana, cuezo, raedera, raspador, clavos, tornillos, brochas, brochones, botes de pintura, tijeras, martillos, palas, capazo, cubos de basura, tablas, tablones, papel y cartón, pegamento, lápices, escobas, paños, batas, camisas y pantalones de facna, gorros de todas clases, zapatos y botas... y salga el sol por Antequera, es decir, por Isaba o por Gabarderal.

Fieles a los orígenes, le han puesto a la tienda un nombre gallego, un nombre gallego nostálgico, que llena de nostalgia, es

decir, de añoranza..., de añoranza por comprar todo lo que uno ha visto y degustado por esos mundos del sabor y de la sabiduría secular gastronómica hispánica.

Está hoy a media mañana la calle tranquila, el nuevo pavimento reluciente y recién llovido: todo ha sido llover en estos cuatro meses. Como buena parte del Casco Viejo de Pamplona, también esta calle peatonal parece ahora más ancha y holgada. Muchas fachadas, enlucidas y levemente pintadas, parecen nuevas. Los viejos escudos en las delanteras o traseras de antiguas casas nobles, cuadran ahora mejor. Hay algunos plásticos amarillos en algunos balcones con letreros que piden aparcamientos, donde sólo a ellos les gusta, claro. Los comercios han cambiado mucho. Son ahora más grandes, más luminosos, mejor decorados, con colores más vivos, con materiales más nobles y nuevos.

Tras el breve escaparate aparecen unas alcachofas navarras, unos sobados cántabros, unos quesos vascos, unas butifarras catalanas, unos escabeches de perdiz manchegos, unas fabes asturianas, un pimentón extremeño, unas aceitunas machacadas gazpachas andaluzas...

Pasado el leve umbral, las dos abuelas fotografiadas en sepia y blanco nos saludan mientras siguen embutiendo el pimiento. Un libro abierto, grueso y en color finge de biblia gastronómica durante la estancia en el recinto. La decoración es sencilla porque todo es aquí decorador, metido en botellas, botellines, frascos y frascas, cajas y cajitas, pomos, bolsas o saquitos. Carteles sanfermineros y paisajísticos navarros. Una mazorca de maíz, una ristra de pimientos, unas flores de pascua, una romana, el escudo de El Burgo de la Navarrería, y sobre todo el laurel apolíneo- símbolo del triunfo y de la inspiración-, la planta de la casa.

Uno anda, mira y ve, siguiendo el corredor o pasillo ancho, sin barras, barreras o mostradores. Todo está aquí mostrado en primera mano, todo tendido y extendido como en una feria de muestras,

como en la despensa de una casa rural o de un hotel turístico que lo fueran de toda la España autonómica.

-Éste es uno de los mayores atractivos para la gente – me dicen las dueñas treintañeras-: que les recuerda su casa, su región, o sus vacaciones.

El visitante comprador va viendo y sintiendo cerca los cien productos de Navarra, de todos conocidos; el marmitako, los langostinos o las alubias rojas del País Vasco; las frutas, aceites o jamones de Aragón; los riojas, encurtidos o mazapanes de La Rioja; los cavas, pastas o arroces de Cataluña; el bonito, las corbatas o salchichones de Cantabria; los chorizos, sidras o tablas de quesos de Asturias.

En la botillería cien vinos elegidos se rinden, se ofrecen, en actitud suplicante, al cliente, con sus talles finos, sus exquisitas etiquetas, sus colores seductores. En el refrigerador mantienen su forma cien productos perecederos y dignos de percer en la andorrga: foies y patés, quesos, mantequillas, membrillos, mayoncasas, filetes de anchoa, chistorras, mojamas, bulls, sobrasadas, jamones, morcones, chorizos, butifarras...

Y va viendo y apeteciendo los botillos, legumbres o dueros de Castilla-Lcón; las especias, mermeladas y turrones de Valencia; los lacones, orujos y conservas de pescado de Galicia; las salsas, pimientas y zumos de Murcia; los nicanores, callos y picatostes de Madrid; los patés de caza, setas y mortermelos de Castilla-La Mancha; los licores, las mieles y los embutidos de Extremadura; los vinos dulces, las banderillas, y los aceites de Andalucía. Y los ginebras o galletas de Baleares. Y los mojos o las cremas de Canarias. Y los cuscus, infusiones o panes de pira de Ceuta y Melilla.

La España plurigastronómica y autonómicoculinaria. Una y varia, formosa y olorosa, sabrosa y contagiosa, tan real y presente como sus leyes e instituciones, sus tradiciones y sus gentes.

Y todo ello en una tienda, que nos tiende y nos extiende añorante sobre los manteles de la convivencia mil mesas puestas que sirvan al menos de refacción y refrigerio.



## UNAS ROSAS ALEGRES

**P**ondré junto a tu foto  
unas rosas alegres,  
que serán tu recuerdo  
más vivo.

A rosas te oleré,  
y tu olerás a rosas  
en tu cielo.



## SAN CERNIN CONTRA LA NAVARRERÍA (UN POEMA DEL SIGLO XIII)

**E**stuvo olvidado entre el polvo de la biblioteca del monasterio de Fitero hasta que don Pablo Harregui lo encontró en 1844 y lo publicó tres años más tarde. Lo estudiaron también y editaron expertos franceses, como Francisque Michel, y hace poco, entre nosotros, lo comentaron a la luz de un congreso Ignacio Elizalde y Ricardo Ciérvide.

Fue su autor Guillermo de Anclier, trovador provenzal, nacido en Tolosa de Languedoc -*Tolosa la nobla*- y en provenzal, lengua de los burgueses de Navarra, redactó el poema. Lo trajo en su séquito, por ser sabio y buen balletero, el caballero francés Eustaquio de Beaumarchais, nombrado gobernador de Navarra.

Los conflictos entre los distintos grupos venían de lejos.

En 1129 el rey Alfonso el Batallador concedió a los francos, que fueron a vivir al burgo de San Cernin, el fuero de Jaca y otros privilegios: como el que no viviera allí navarro alguno o que los vecinos de Navarrería, de San Nicolás y de San Miguel no pudieran levantar fortalezas contra ellos, ni construir casas en sus cercanías, amén de ciertos monopolios comerciales.

No fue fácil la convivencia con los susodichos vecinos, aunque el año 1266, en tiempos de Teobaldo II, se logró un acuerdo estable de paz, la llamada Unión de los Burgos.

Pero el nuevo rey Enrique I, tercer conde de Champaña, complaciente con los nobles de la Navarrería, ordenó derogar el acuerdo y, a su muerte (1274), dejó esta triste herencia a su hija Juana, niña de dos años de edad. Francia, Castilla y Aragón prepararon entonces novios para la heredera y los presentaron a los notables navarros. La reina viuda, doña Blanca de Artois, eligió al pretendiente francés, a cuya casa real pertenecía. Tuvo que huir de Pamplona y se refugió en la corte de Felipe III el Atrevido, llevando consigo a su hija, que fue prometida al hijo del rey.

En Navarra estalla la discordia. Los habitantes de la Navarrería, que goza del nombre de ciudad, construyen fortificaciones y las guarnecen con máquinas bélicas.

*Et quant se fo anada, en la Navarrería  
Ago molt fol acort, tals que no' ls convenia.*

El burgo de San Cernin y la población de San Nicolás —que pronto formarían un solo concejo y comunidad— se fortifican a la vez. El rey de Francia nombra nuevo gobernador a Beaumarchais, quien, viniendo por San Juan de Pie de Puerto y Roncesvalles, llega, de incógnito, a Pamplona un domingo de diciembre de 1275:

*Fiz anet audir mena, ed adonyeu vi lo  
Dedintz Sancta María fezent oraço.  
(Fue a oír misa y yo lo vi  
rezando en Santa María)*

El nuevo gobernador manda destruir las fortificaciones levantadas cerca del muro de San Cernin. Pero los navarrocenscs, aconsejados por los canónigos, no obedecen, alegando que ellos dependen de la iglesia catedral.



Ni el prior de Santiago ni el guardián de San Francisco o el abad de Montearagón, ni siquiera el sabio prior de San Gili, enviado por el rey de Francia, logran apaciguar a los contendientes.

Verano de 1276. Comienzan las primeras escaramuzas, a las que sigue después de una tregua una batalla campal. Según el poeta francés, ballestero combatiente, son los enemigos de San Cernin los primeros en disparar los trabucos y algarradas, los primeros en echar el fuego y lanzar las saetas.

Van y vienen los mensajeros que buscan el apoyo directo de la corte francesa. Los barones rebeldes llegan a asesinar en su misma casa, junto a varios familiares, al exgobernador Monteagudo, al saber que iba a pasarse a los francos. Otro noble navarro, Corbarán de Vidaurre, lo consigue con éxito.

Mientras tanto el obispo don Armingot, más castellano que obispo, requerido por los de la Navarrería, les anuncia el envío de un ejército de socorro de parte del rey de Castilla, lo que envalentona a su facción.

Lo cierto es que, meses después, las tropas castellanas acamparon en la sierra del Perdón hasta que, al enterarse de la llegada de las huestes francesas, volvieron sobre sus pasos sin disparar una ballesta.

Pasando por Somport y Jaca, llegó *al tiempo de san Miguel* el ejército expedicionario francés, que cercó la ciudad. Lo mandaban el condestable del reino, Imberto de Beaujeu, Roberto de Artois, tío de la reina Juana- y Gastón de Bearn. El gobernador Beaumarchais salió a esperarlos a Burlada.

Algunos de los cabecillas encerrados, entre ellos García Almorávid, salieron secretamente por el puente de la Magdalena, que alguno de los sitiadores dejó deliberadamente desguarnecido.

## SAN CERNÍN CONTRA LA NAVARRERÍA

Desde el canto XCV al CIV, el juglar y soldado de Tolosa nos cuenta cómo la soldadesca francesa entró a saco en la Navarrería, saqueando e incendiando la ciudad, degollando y ahorcando a los hombres —entre ellos no pocos clérigos—, violando a las mujeres, talando viñas y huertas y pillando y profanando la catedral, incluido el sepulcro de Enrique I.

No contentas con eso, las tropas francesas sometieron los frentes de resistencia del bando nobiliario: el fuerte de San Cristóbal, Mendavia —que había sido ocupada por los castellanos dos años antes—, Punicastro, Estella y Monreal. ¿Llegaron, como cuentan el Príncipe de Viana y el padre Moret, pero no Guillermo de Anelier, a estrellar contra las piedras los niños de los enemigos, en las correrías que llevaron a cabo fuera de Pamplona?

Los nobles derrotados fueron perseguidos y sus bienes confiscados. Los tenientes de las fortalezas del reino debieron prestar homenaje de fidelidad a la reina Juana.

La ciudad de la Navarrería quedó arrasada y abandonada, así como el burgo de San Miguel, y no empezó a reconstruirse hasta 1324 por orden de Felipe el Luengo.

Desde la ventana de mi casa veo las torrecillas de San Cernín y me voy hasta la Navarrería a recordar estas cosas sobre los mismos lugares en que acaccieron.

La catedral está cerrada, pero por obras de restauración, y manchada sólo de polvo, no de sangre. En la cabecera de la superficie que excavan los trabajadores sigue intacto y bien guardado el mausoleo de los reyes navarros.

*Allí veríais a los soldados* se lamenta el poeta provenzal en su poema- *correr de un sitio a otro como locos.* *Allí veríais abrir y romper cajas* *Y derramar cerebros y hacer pedazos las cabezas* *Y maltratar a las señoras y a las doncellas* *Y robar la corona al santo Crucifijo* *Y coger y ocul-*

*tar las lámparas de plata/ Y allí abrir arquetas y quitar reliquias/ y robar los cálices y las cruces y los altares.*

Aquí, donde desnudaron inhumanamente a los canónigos y los llevaron presos, un canónigo de hoy, sabio, discreto, piadoso y no castellanista, me guía entre zanjas, pasadizos difíciles y puertas cerradas, y con él vuelvo a visitar el precioso Museo Diocesano instalado en el refectorio gótico del Cabildo regular, que los asaltantes de 1276 convirtieron, junto con el claustro, en establo para los caballos y los perros.

Sobre nuestras cabezas penden escudos policromados de Francia, Navarra, Castilla, Aragón y del burgo de San Cernin.

Por la Navarrería, reconstruida y restaurada una y otra vez, han caído muchos soles y muchas lluvias. Todo esto sucedió *in illo tempore*. Dos turistas franceses suben por la Curia a ver la catedral y se vuelven por donde han venido. Calle, entre romana y menestral, fue un día la calle Mayor de la Navarrería.

*Y veríais de nuevo, Guillermo de Anclier- a la Navarrería tan abatida/ que en un mes no podríais estar bajo techo. / Podríais, en cambio, segar hierba o sembrar trigo.*

Por el burgo de San Cernin no pasa nada: pasa lo de cada día. Los buenos burgueses se preparan a celebrar la fiesta del Patrón de la parroquia y de Pamplona.

¿Quién sabe si aquel año de desgracias de 1276 no se llenó la iglesia de gentes que agradecieron al santo el triunfo contra los enemigos derrotados?

Noviembre de 1992: en paz y con el Tratado de la Unión Europea (o de Maastrich) aprobado por los francos y los navarros.



## EL PALACIO DE OLLOQUI

**P**or fin he ido a ver de cerca el palacio, que tantas veces veía al pasar, rudo centinela incansable, bajo el montecillo pinoso de La Ermita. Ya lo tengo, ya es mío, en la tarde estuosa y malhumorada, cuando no hay nadie, ni dentro ni fuera, y salen dos aguiluchos de entre el tejado determinado de la torre derecha.

Ya en 1261 nos aparece el caballero don García Pérez de Olloqui. Otro Olloqui, don Sancho López, prestó homenaje en 1276 a la reina doña Juana por el castillo de San Martín de Unx. Y el sonoro apellido gallega, en tiempos posteriores, en el castillo de Cortes, de Irulegui, o de Lerín, en las caballerizas del rey o en la orden de San Juan.

Lo miro abajo arriba, de arriba abajo, le doy un rodeo, subo hasta la iglesia para verlo mejor. Es apuesto, robusto, rectangular, y tiene ese color inconfundible de palacio-castillo con arco central de medio punto y dos torres prismáticas con sacrerías: color del trigo, del rostro de los jóvenes palacianos, de las aves rapaces, de terruño, del atardecer y de la leyenda.

Y los cardos que acosan, sitian y defienden, a la vez, el palacio de Olloqui tienen también el mismo color, y se empinan a lo largo de la entrada, se sienten crecidos y fuertes, únicos dueños del fantasma grande y seco, dejado aquí a pleno sol, solo y con toda la historia dentro.

## EL PALACIO DE OLLOQUI

Los palacianos revestían, desde la edad media, en tiempo de guerra, el carácter de caudillos militares.

*En aquel siglo dorado  
cuando floreció Amadís...*

Solían ser *capitanes de guerra* de una comarca o valle, al frente de los suyos, hasta el campo de batalla cuando se decretaba el *apelido*, movilización general prevista por el Fuero en caso de guerra o de invasión.

En 1425 fundaron el mayorazgo Miguel García de Olloqui y Urraca Martínez de Solchaga. La tía Margarita hermana de Juan de Jaso, casó con el señor del palacio y alcaide de Leguín y Lambier, Juan de Olloqui, que murió en 1497, nueve años antes que Francisco naciera. Tuvo el matrimonio ocho hijos: Magdalena, Pedro, Ana, Águeda, Elcna, Remón, Juana y Francés.

En el año fatídico de 1512, los documentos familiares que tía Margarita había traído de Olloqui a Javier para ponerlos a salvo, los quemó la soldadesca que ocupó el castillo para cortar al legítimo rey de Navarra, Juan de Albret, la salida a Francia por el valle del Roncal.

Tres hijos de la tía Margarita, Remón, Juan y Francés pasaron los Pirineos por Baztán con el rey fugitivo, junto con los primos Juan y Valentín, hijos mayores del tío Pedro de Jaso, juez del Mercado de Pamplona, muerto en 1516. Remón, el primogénito de Olloqui, murió un año más tarde en Italia, en el campo de batalla, al servicio del rey de Francia. Aprovechando la fácil ocasión, el duque de Alba confiscó el palacio de Olloqui y lo entregó a uno de los suyos. Pero la tía Margarita logró que no se consumara la confiscación.

En la malhadada invasión de 1516 por el Roncal, los primos Francisco, Valentín de Jaso y Juan de Olloqui, cayeron prisioneros, pero salieron pronto de la cárcel de Atienza.

Cinco años más tarde entraban en Pamplona con el ejército agramontés los tres hermanos Jaso, Juan, Valentín y Esteban y los

primos Olloqui, Juan y Francés. Tras la derrota final, todos pudieron escapar a Francia, junto con los primos del castillo de Javier, Miguel y Juan, hermanos de Francisco. Todos lucharon en Maya y en Fuenterrabía; en esta última plaza murió Esteban, el menor de los hijos del tío Pedro.

Tras la rendición de Fuenterrabía, el 19 de abril de 1524, Francés y Valentín prestaron juramento de fidelidad al emperador en la sala *La Preciosa* de la catedral de Pamplona; los hermanos de Francisco en el Consejo Real de Burgos.

Acabadas las guerras, el pequeño de los Jaso de Javier, Francisco, que acaba de cerrar los dieciocho, puede ya visitar en Olloqui a la tía Margarita, que ya ronda los 70, y a sus primos, excepto a Juan, caballero mayor que fue del rey de Navarra, Juan de Albret, capitán durante la última invasión y ahora al servicio del rey de Francia, como estuvo antes su hermano Remón. Ana tiene ya 30 años, se quedará en el palacio y le añadirá sus torres esquineras, el muro que los rodea y el portal. La tía morirá, nonagenaria, en 1545, cuando su sobrino misionero evangelice celoso entre Cochín y Malaca.

Con toda esta triste y terrible historia en el alma, voy mirando y admirando el bloque rectangular del cansado palacio: los sillares de arenisca muy desgastados en la parte inferior, las tres dovelas centrales un poco caídas, vanos de las torres cerrados con mampostería y otros cubiertos con ladrillos recientes, la torre posterior oesteña con saeteras y sin tejado, la tapia rota y caída de la huerta, algunas ventanas con rejas metálicas o postigos sin cristales...

-No podemos dejar que este palacio se arruine- le digo a Josefina, a Julio, a quien quiera oírme. Es, con el de Javier, el recuerdo y el símbolo más importante de la resistencia navarra que nos queda.

Sobre el intradós moldurado monta un escudo en medio relieve, con las armas del apellido Olloqui: tres palos con catorce aspas en bordura y la leyenda *Potius mori quem (sic) fedare (sic)* (Antes morir que mancharse, a pesar de los dos gruesos errores latinos). En el intradós y en las jambas de la puerta, tres pequeños escudos con las mismas armas, y a derecha e izquierda de la parte central de la portada, dos pequeños cuadrados de piedra con león lampasado.

Voy mirando y admirando el triste palacio. En las ventanas huecas, en los balcones rasgados, tras las rejas o tras las saeteras, veo a la tía Margarita, a Magdalena, a Remón, a Juan, Elena, Agueda o Francés. Oigo el nervioso relincho de los caballos, los gritos de dolor desde la puerta, o algunas risas que llegan por encima de las tapias.

Meto el ojo por la cerradura y veo el patio interior abandonado con lampazos y vinagreras; un arco interior de medio punto sostiene una galería, donde el bochorno abre y cierra una puerta delgada. Oigo el nombre de Ana, y luego el de Juan.

(¿Qué Juan? ¿Se llama así el hijo de Pedro o volvió el capitán de su exilio en Bearne?)

Baja desde los pinos, en El Alto, un barranquillo, ahora sin agua, entre cuatro chopos. El cementerio, en la falda del monte, parece recientemente restaurado. La tapia de la huerta palaciana se conserva bien por este lado. Como el calor aprieta —*en verano, a la sombra*, nos enseñó Virgilio—, subimos aprisa hasta la iglesia de San Adrián, circundada por matorrales y cardenchas, entre los que se alza, segurísimo, el cuerpo cúbico de la torre, hecha de sillares en el siglo XVIII, cerrados ya los huecos del campanario. La casa parroquial, adjunta y vacía, con su alegre balcón de madera, se tuesta al sol y se deja desguazar por el agua y por el viento.

En el atrio florecen descuidadamente las ortigas, los cardos, la esparceta, las agronomías, las liebrejillas y los gordolobos. Intenta sobrevivir un diminuto plantón de acacia.



Como la iglesia está cerrada, abrimos el cancel del atrio y por un camino, casi ya cerrado por las hierbas, vamos a la casa del señor Miguel, entre hiedras, saucos, aros, zarzales, verbenas, aranes y zanahorias.

Están rezando el rosario en la cocina, pero la señora nos abre pronto y nos deja la llave, una vez reconocidos.

La reforma del XVIII, que añadió a la fachada una nueva zona de sillares, se monta sobre la románica de sillarejo, donde se abre la portada semicircular con dos arquivoltas lisas. Románica es la pila bautismal, con gallones y dientes de sierra y fuertes restos de azulete. Barroco churrigueresco es el altar lateral de la Virgen del Rosario con varias tallas muy bellas del siglo XVI

Los Olloqui tuvieron aquí mismo capilla propia con enterramiento y asiento. Las armas del palacio estaban en el retablo original, reja y lámpara. No sé por qué, cuando la reforma del siglo XVIII debió de desaparecer todo eso. ¿Están los restos de los palacianos en el mismo lugar?

Pero lo que más me llama hoy la atención en el retablo mayor neogótico, es esa talla barroca de San Francisco Javier con la cruz levantada en la mano derecha, que regaló sin duda el palaciano de Olloqui, nieto de la tía Margarita tras la canonización de su pariente en la temprana fecha del 12 de marzo de 1622.

Desde el atrio vemos la Higa, los montes de Elía, Huarte a los pies; más cerca, en Sankala, la empresa maderera y la serrería o aserrería en la carretera de Valcarlos, que son el sector nuevo e industrial del Concejo rural y palaciego.

En la desvencijada huerta del palacio crecen bravíos los saucos y las zanahorias silvestres, mientras envejecen en corros unos árboles frutales, y las yedras se encaprichan de las viejas y doradas piedras de cercas y muros.

### *EL PALACIO DE OLLOQUI*

Los Olloqui continuaron directa o indirectamente el linaje y mantuvieron, al parecer, el genio y la figura. Cuentan los libros que en 1833 don Miguel de Olloqui pretendió ser nombrado capitán a guerra y que el Valle se opuso enérgicamente.

Me dice mi amigo Pachi, mucho después de mi visita al palacio, que su padre nació en él y que su tío Justo fue el último dueño del mismo. El viajero no tiene por qué hacer más averiguaciones.

Al señor Miguel, sacristán durante setenta y cinco años, y a su mujer les gustaría que alguien comprara el palacio y lo dejara como se merece.

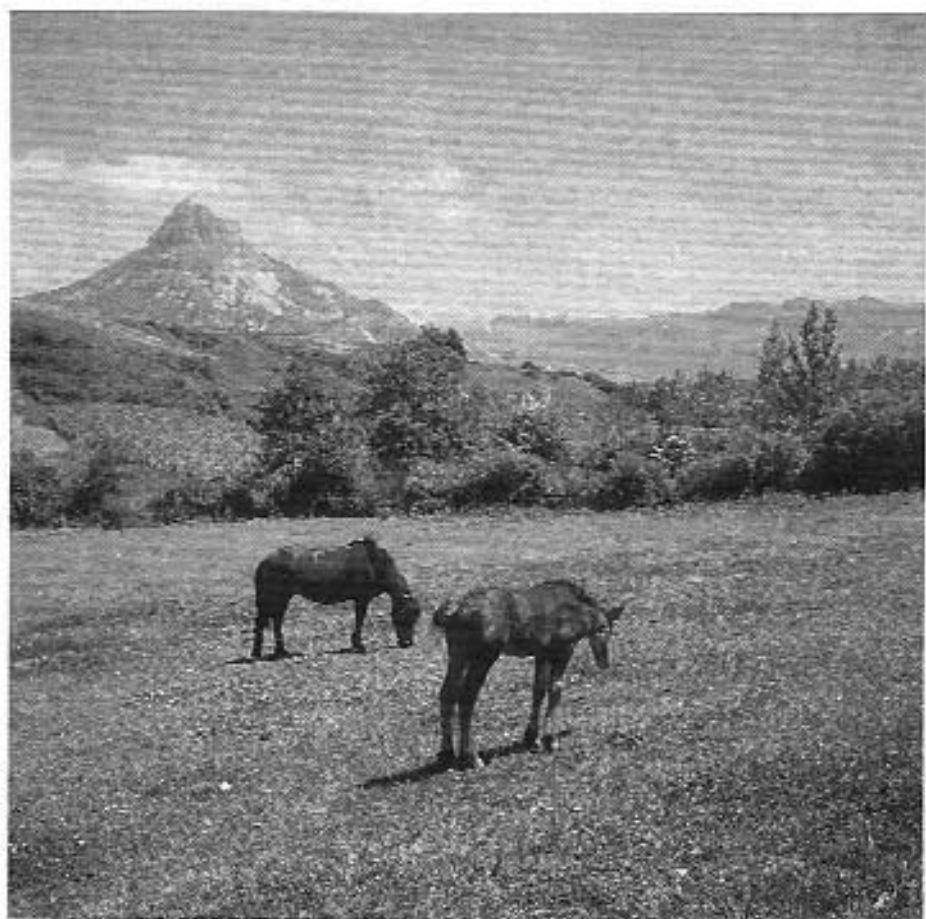
-¿Sabe usted de alguno?

-Ay, que más quisiera yo.

A veces han venido a verlo para comprarlo como residencia, pero nada.

El pueblecillo de Olloqui u Olloki, que para eso hay dos letreros a la entrada, tiene cuatro casas en pie de vida, dos de permanentes y otras dos de familias que viven entre semana en Pamplona. Los siete fuegos de Olloqui en el siglo XV, cuatro de labradores y tres de hidalgos, se mantuvieron habitadas hasta hace poco.

Delante y entre las viviendas actuales, dos de ellas antiguas casonas, sonríen los geranios, las petunias y los rosales, nogales, sauces y ciruelos japoneses se enfrentan a este rudo sol de agosto, que nos distingue entre un palacio venerable y un almacén de hornigón.





## CAMINO DE BELÉN

Siglos de espera-esperanza  
culminan hoy en Belén.  
Ha florecido Judá,  
ha frutecido Jesé.  
La serpiente se ha escondido,  
Adán retorna al edén,  
Eva muerde la manzana  
que sabe a risa y a miel,  
tiene la cara de rosa  
y el cuerpo como el laurel.

Caminan todos los hombres  
a la aldea de Belén,  
casa del pan y el pandero,  
establo, fonda y hotel.

Canta un ángel el anuncio  
más ansiado en Israel:  
Heraldo de libertades,  
justiciero timonel,  
mensajero de alegrías,  
profeta de pura ley,  
que anuncia la paz del cielo  
sobre el pueblo de Yahvé.

¿Qué antiguo dios se llegara  
a encarnar ese papel?  
¿Quién trajo tan buena nueva?  
¿Quién subió tanto nivel?  
¿Quién unió a todos los hombres  
en tan sublime quehacer?

Todos caminan seguros  
a la aldea de Belén.  
La estrella de la esperanza  
los guía, pero a la vez  
los impulsa hacia delante  
porque no puedan volver.

Ha florecido Judá.  
Ha frutecido José.

## MERCADILLO NAVIDEÑO

Al atardecer, es decir, hacia las tres de la tarde, Jesús Barrientos, este pamplonés entroncado en Paderborn, un navalemán admirable, me saca fuera de la ciudad, y hacemos a pie una breve caminata entre praderas y bosques de robles, bajo un sol tibio, casi tembloroso, que nos recuerda nuestro diciembre y nuestra tierra natal.

Es hoy 25 de noviembre y las fuentes públicas están ya vacías a causa del hielo.

A las cinco y dos minutos de la tarde ya es de noche. Rodeado de muchos niños y, detrás, de una gran multitud, el alcalde de la ciudad hermana, Wilhelm Lücke, abre en la Plaza del Rey (*Königsplatz*) el tradicional Mercadillo navideño (*Weihnachtsmarkt*).

Huele tenazmente a garrapiñadas y a vino cocido, a salchichas asadas y a pizza doble. Instrumentistas de viento de la Escuela Municipal de Música tocan la conocida canción *Alle Jahre wieder*.

Le traen luego al alcalde un ramillete de alajúes o aljáfóres en forma de corazón, (*Lebkuchenherz*), cogidos por una cinta, y con el nombre de la Feria, la ciudad y el año grabados en el pastel. Me llama el alcalde junto a él, me da la bienvenida y le ayudo en el reparto de este típico aguinaldo de adviento entre los niños. El vocablo árabe, que pasó a nuestro diccionario, significa *relleno*, relle-

## MERCADILLO NAVIDEÑO

no en este caso de almendras, nueces, pan rallado y tostado, especia fina y miel bien cocida.

El alcalde, acompañado de una nutrida comitiva municipal, lleva abrigo y sombrero oscuros y yo me pongo la boina vasca. Recorremos algunos de los 52 puestos feriales, bien enjaezados, unos de comer y beber y otros de mirar y comprar: abetos, belenes, figurillas de cien clases, monerías, baratijas, artesanías, preciosidades. Hace frío y muchos vendedores se tocan con gorros de todo tipo. Giran y giran los caballitos y las risas de los carruseles.

El fecundo poeta paderbonés Jakob Loewenberg (1856-1929) dedicó un poema al Mercado navideño, como mercado de la vida

*Bude an Bude in langer Reih  
Lärmen rund Toben und wildes Geschrei,  
Rassen und Klingeln und Trommeln und Schellen  
weithin die weite Nacht durch gellen.*

(Una larga fila de casetas juntas/ Ruidos, voces, salvaje griterío/ Matracas, campanillas, tambores y sonajas/ atraviesan la larga noche de invierno).

Luces y flámulas. Ojos avizores y codiciosos. La sombra de la miseria, la angustia o la desesperación, tras de tanta luminaria y debajo de tanta música. La ilusión del niño que cree descubrir el paraíso, y el escepticismo o el cansancio del vendedor de fruslerías.

*Stoben und Drängen und Vorwärtsstreben,  
¿Ist es der Weihnachts markt-ist es das Leben?*

(Empujones, molestias, torpes adelantos.../ ¿Es esto el mercado navideño? ¿O es la vida?).

Me invitan una y otra vez a beber el vino cocido (*Glüh Wein*), una especie de aquel arropo de aquellos años, pero ardiente como



un demonio. Si he de hablar luego, en la Sociedad Hispano-Alemana, de Carlomagno, Carlos V y la Unión Europea, hay que acabar pronto la ronda.

El mercado navideño alemán se cerrará el 22 de diciembre. Tras los cristales del escaparate de un comercio duerme y ronca el hombre blanco y rojo de la Navidad (*Weihnachtsmann*, el Papa Noël anglosajón. Duerme ahora el leve sueño de Adviento, no sea que el día de Navidad se le pase la hora, se queden los niños sin regalos, y, lo que sería peor, perturbe con sus ronquidos el encanto del *Noche de Dios* (*Stille Nacht*).

Todos los comercios, las calles, las plazas de Paderborn se adornan ya con los motivos del Adviento-Navidad: abetos, estrellas, candelas, coronas, regalos, nieve. En el altar mayor de la catedral gira sin parar la corona del Adviento con las cuatro velas de las cuatro semanas de espera-esperanza, mientras en el frío y encogido claustro gótico giran las tres liebres de las tres orejas.

Toda una extensa literatura local, en gran parte románica, sitúa la conmemoración del Adviento y la Navidad en el contexto cronológico-climatológico tradicional de las noches largas, del otoño-invierno rudo y frío, de la nieve inevitable, donde brota la luz alegre bienhechora del misterio de Dios hecho niño.

*La luna juma / la pipa de la paz / y de lejos / hace un guiño. La señora de las nubes / se sienta junto a ella / y hace gorros de punto / para las estrellas*, escribe la poetisa Anne Steinwart (1945) en su poema *Noche de diciembre* (*Dezembernacht*).

Una estrella, llamada El Hada de Navidad (*Weihnachtsfee*) aparece en el poema de uno de los mayores poetas de Westfalia, Peter Hille (1854-1904) anunciando el mensaje navideño

## MERCADILLO NAVIDEÑO

*Wie Glocken klar, wie Reif so rein,  
Und so duft so jung und blühend vor Güte.  
Tau der Frühe, himmlische Blüte  
Wie Rosen und wie Fliederschein.*

(Clara como una campana, limpia como la escarcha/ fragante, joven, florida de bondad/ rocío de madrugada, flor del cielo/ como una rosa, como una lila pequeña).

Cuando en Paderborn estarán a punto de cerrar el *Weihnachtsmarkt*, llego, unos días más tarde, del mercado navideño de Estrasburgo —un bosque de abetos— y encuentro ya puesto y funcionando en Pamplona lo que aquí se llama Mercadillo navideño o Feria de Navidad.

Me meto entre la luz y la música de la *Feria de Navidad*, plantada en medio del parque Antoniutti:

*Zumba, zúmbale al pandero,  
zumba, zúmbale al rabel,  
toca, toca la zambomba,  
dale, dale al cascabel...*

Comienzo por el *Mercadillo de San Nicolás*, donde se acomarcan los veinticinco vendedores habituales en los contornos de esa iglesia. Con un dibujo de los Tres Reyes Magos y de una candela navideña, nos felicitan las Pascuas: *Felicidades Zorionak*. Un *Cuento de Navidad*, expuesto en medio del casetón, nos explica su origen: *Era una vez un mercadillo ambulante que se instalaba un día a la semana junto a una iglesia muy antigua en una pequeña ciudad. Los vendedores eran blancos, negros, y amarillos. Musulmanes, budistas, taoístas, cristianos..., luchaban contra un monstruo de siete cabezas que quería dejarlos sin trabajo... Colorín, colorío, este cuento no se ha acabado.*

## MERCADILLO NAVIDEÑO

Carteras, joyeros, sortijas y cadenas de oro bajo, pinks de todo género, pañuelos, turbantes, boinas, calcetines, pitilleras, bolígrafos, manoplas, máscaras, bolsos, camisetas... yacen o penden en los pequeños tenderetes, adornados levemente con ramas de pino y algún que otro aderezo, separados a veces por una frágil pared de cañas

*La Virgen es panadera*

*y San José carpintero.*

*(...)*

*Zumba, zúmbale al paudero...*

La zona llamada de productos navideños, *Feria del regalo*, es la menos densa, con varias cuadrículas vacías. En dieciséis carpas se venden copas de pino y abeto, flores de Pascua, piezas de belén, libros, calendarios, navidales, garrapiñadas, castañas, talo, manzanas de caramelo y hasta churros. Viene y va el tren chu-chú en Chuchilandia, hecha un grito de color luminoso, y descansa en este momento el Comando G. Una señora joven, ahora que no hay *señoritas*, me enseña el manejo de las marionetas de Indonesia, una atracción del Mercadillo.

En la tercera zona, también cubierta, y la más cuidada, dedicada a la Feria de Artesanía -Feliz Navidad. Zorionak. Colectivo Elkar-, se exhiben productos artesanos de diversos gremios, cerámica, alambre, cosmética natural, cuero, madera, cera, concha..., hasta treinta puestos.

Hay mucha gente aldragucando por aquí, gente abrigada pero sin frío en la nariz ni, a lo que parece, en los pies.

Y en esto que un chicarrón, que parece conducir su grupo, va y salta:

-Vamos a ver el belén gigante, tú.

Y me voy tras ellos.



## EL BELÉN DE LOS FOSOS

La música navideña llega desde la Feria de Navidad y el gentío de todas partes. Es noche primera y la luna menguante estrena una risa nívea y vespéral.

- Qué buena idea, le dije el otro día a Valentín, que estaba ahí, a mediodía, dirigiendo los últimos montajes.

He leído luego que la iniciativa de este belén original, semi natural y semiviviente, se consolidó a través de los contactos que mantiene la Comparsa de Gigantes y Cabezudos con Vicente Tornador, artista fallero valenciano. Sean quienes sean los iniciadores del proyecto y los responsables de llevarlo a buen término, felices pascuas y muchas gracias, extensivas a todo el Ayuntamiento.

El rústico portal se asienta sobre el pedregullo de la isleta del lago, bajo la mimbrera otoñiza, y con las flores de la pampa como plumeros exóticos y *orientales*. Cuatro patos azulones dormidos sustituyen a la mula y al buey labriegos.

Un ángel salzillesco, todo rosa, indica el lugar del nacimiento, mientras un pescador se dedica a pescar, y la señora con el niño no se sabe a quién mira, si al ángel alto o a su marido, que no es capaz de alzar una mala carpa.

-Papá, mira ese hombre que pesca, es de verdad.

Algo así debían de temer los cisnes, los patos comunes, mandarines y carolina, que se apartaban durante el día del bulto de hombre y del simulacro de anzueto.

Una imposta de bombillas encendidas recorre la parte alta de la muralla del foso, limitando lumínicamente el espacio belénico, dándole la autonomía estética y simbólica que necesita.

Las gentes, acostumbradas a las fechorías habituales, siempre impunes, cometidas semanalmente contra la iluminación, los estanques y los espacios verdes de los fosos de la Vuelta del Castillo, temen lo peor.

- ¿Cuánto tiempo estará ahí San José sin que lo tiren al agua?
- ¡A que no queda una figura en pie el 1 de enero!

—¿Tan bárbaros podemos vernos nosotros mismos?

Subimos a los jardines de la Taconera, desde cuya altura se sigue mejor el itinerario de las figuras gigantes, bien recortadas por la luz concreta en el mágico marco defensivo del fosado, hecho ahora desfiladero de paz. Por él corre un canalejo de agua y unas estrellas azules se han aparecido en los lienzos de la fortificación.

Ahí viene un pastor con dos corderos y más allá una pastora con una cesta. Una luz más indirecta haría más cómoda la mirada del espectador.

Fue costumbre general en Navarra, hasta no hace mucho, que los pastores asistieran a la misa del gallo con zamarras, polainas, abarcas, palos y porras; que bailaran durante la celebración, y hasta, como en Fitero, que se echaran al colete un plato de migas, recién bendecido. En Perilla y Aguilar dejaban como ofrenda en un capazo un corderico recental.

Durante unos segundos una manada de ciervos nos parecían también de cartón piedra. Deben de estar los pobres, estos prime-

ros días, azorados y despavoridos. Ellos son las figuras más hermosas del belén. Dos ciervas saltan el canalillo mientras un ciervo de briosa cornamenta se retira del hatajo.

Si, según se creía, y se cree, en algunos lugares, los animales hablan la noche de Navidad, estos ejemplares, tan bíblicos y bellos, sin duda serán los más expresivos, los más sálmicos de todos.

Junto a la proa sur del contrafuerte, un ángel todo alas anuncia el nacimiento a un grupo de pastores que lo miran asombrados y levantan las manos hacia él

*Aingeruak esan du goiko mendian*  
*Jesus jaio dela gacaren erdian.*  
(El ángel ha dicho en la cima del monte  
que Jesús ha nacido a media noche)

cantaban los chicos por las calles de Azcárate el día de Nochebuena.

Unos gallos y gallinas duermen subidos en las tablas de una verja de madera.

En la vasta hoyada que separa el contrafuerte del muro oeste de la Taconera, un labrador coge con un sardo paja del suelo para llevarla sin duda al portal, y no lejos, al otro lado de la canaleta, cerca de donde duermen unas ocas blancas, una mujer lleva una cántara de agua que ha sacado de una gran ánfora, casi tan alta como ella.

Personajes de la vida cotidiana. Cuenta J. M. Jimeno, ese hombre sabio, que mujeres pobres de Milagro, que barrían las eras durante las parvas, recibían una torta el día de Navidad. Esta era también la ocasión para que los duleros, cabreros y porquerizos de la Merindad de Estella y de Alsasua salieran a pedir la *limosnica pa santas Pascuas*.

A los Reyes Magos que vienen de Oriente los han puesto

sobre el terraplén del contrafuerte, entre los cedros demasiado recubiertos de luz; el rey Melchor guía la simple comitiva, y sus dos compañeros le siguen encaramados en sus monturas. Nadie diría desde aquí que miden cuatro metros y medio de alto. Una estrella, sobre el tercer cedro, les indica el buen camino, si la luna no es ya suficiente orientación.

La gente se agolpa en el extremo nordeste del fortín, junto al estanque, donde se alborotan los ansarones, mirando el grupo de figuras frente a los comederos y dormideros de los ciervos, convertidos ahora en dos puertas típicas de posada. Algunos se alairan en las filas de atrás para ver mejor.

- Ése es un fraile.
- Parece Fray Junípero.

-No, hombre, no, es el posadero que nos les quiere dar posada, el muy cabrito.

San José se encara con el posadero que, al ser calvo y llevar una especie de hábito, se presta a la confusión. La Virgen, ancha de caderas, queda en un segundo plano, mientras el horriquillo rebuzna, seguramente que de hambre o de cansancio.

Por la ronda del Parque de Antoniutti, que bordea el muro del foso, seguimos otro camino que lleva a Belén, donde se detiene, con dos recentales, un pastorico, con boina rasa, chaleco marrón y camisa azul.

-Mira, tú, qué cara de buena persona tiene.

Más adelante, otra pastora —éste es un belén feminista, como se ve—, de vestido rojo y pañolón blanco, anda a buen paso. Sobre la pared cercana que cierra la huerta del Club Mola, unos grandes lettereros tiene algo que ver sin duda con este paraje negro como la boca del lobo: *Kontra la agresión, Kastración. No te kortes, kórtales* (aquí, un signo feminista).



## EL BELÉN DE LOS FOSOS

Los pastores ante el ángel apareciente tienen los fuegos encendidos.

El fuego de la media noche navideña, fuego de solsticio, era sagrado. Se escogía el mejor tronco (*embar, egur, subil, bastarreko*) y debía arder hasta el 1 de enero. Simbolizaba y operaba la unión de toda la familia, vivos y difuntos. Cada uno ponía una astilla:

- *Pa la Virgen.*
- *Pa calentar los pañales del Niño.*
- *Pa los familiares ausentes.*
- *Pa las benditas almas del Purgatorio.*

El trozo final o *kozkorriko* se guardaba y servía para conjurar las tormentas del verano o para bendecir el ganado el día de San Antón. Con las cenizas se bendecían los campos, se frotaban ciertos bultos malignos de las vacas o se conjuraban aojamientos y maleficios de brujas.

Y quién sabe si del buen ejemplo de los pastores de Belén aprendimos todos a pedir, esperar, exigir o/y regalar las colaciones, los presentes, la colodra, la kurribanda, el aguinaldo, la cuchipanda, los koskaris..., sin esperar a los Reyes!

*Aguinaldo pido,  
señoras mujeres,  
higos y castañas,  
todo lo que dieren.*

cantaban los mozos de Ecala.

-Aquí falta un chorvo cagón, como en el belén de mi abuelo  
-salta un chaval, que viene con sus amigos del Mercadillo.  
Carcajadas.

Siempre hay quien nos gana en realismo, querido lector.



## ÍNDICE

¿Dónde está Izánoz? .....	13
Entre Learza y Etayo .....	21
El embalse de Mairaga .....	27
En la Plaza de los Fueros .....	33
Aeropuerto .....	39
Campo de Javier .....	41
Por Europa con la Capilla de Música .....	47
En los flancos del Valle de Olo .....	59
Se va San Miguel bajo la lluvia .....	65
Entre Itoiz y Muniain .....	71
Vuelvo lleno de ti .....	77
Con flores a María .....	79
El nuevo Mendillori .....	85
El hermanamiento Lodosa-Lantón .....	93

La tristeza de una tarde .....	99
Aquel 19 de julio .....	105
De Puente la Reina a Mañeru .....	109
La boda de Roberto y Ana .....	117
Por el Valle de Goñi .....	119
Larraona .....	135
Aranarache .....	143
De san Juan de Pie de Puerto a Roncesvalles .....	149
El terrorista .....	159
Donde la batalla de Roncesvalles.....	161
Tulebras después de fiestas.....	167
La tienda .....	173
Unas rosas alegres.....	179
San Cernin contra la Navarrería .....	181
El palacio de Olloqui.....	187
Camino de Belén.....	195
Mercadillo navideño.....	197
El Belén de los fosos.....	203





## POR NAVARRA

Títulos publicados:

Tomo I: DE LEYRE A MANERU

Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA

Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES

Tomo IV: DE FITERO A LARRA

Tomo V: DE ABILTAS A LESACA

Tomo VI: DE PAMPLONA A AÉZCOA

Tomo VII: DE BAZTAN A TUDELA

Tomo VIII: DE VALCARLOS A SANGÜESA

*Prólogo de Fernando Morán*

Tomo IX: DE IZANÓZ A PADERBORN











Hay a la vez, en estos ágiles y hermosos escritos de Arbeloa en éste volumen *Por Navarra*, una mezcla de literatura postromántica y de compromiso actual. Cuando analizamos el gusto romántico por los paisajes y sus gentes, por la tradición oral y los cantos populares, por la religiosidad popular, por el deseo de caminar reconociendo el territorio (excursionismo y "alpinismo") ubicando en él las tradiciones históricas, etc., no podemos menos de recordar la Kultur alemana o el Folk-Lore inglés del siglo XIX. La "nación" era el lugar donde se había nacido y el marco cultural estaba compuesto por la cosmovisión religioso-rural que vivenciaban las gentes que habitaban este territorio. En ese sentido, Arbeloa recorre "a pie" los diversos escenarios navarros: montes, valles, cuencas, ríos, etc., para encontrar el cuerpo de Navarra a través de sus "paisajes", para dialogar subjetivamente con ellos y preguntarles por el "alma popular" (Volkseele) que habita en ellos. Pero también Arbeloa es un testigo de su tiempo, entendiendo a Navarra desde España y Europa. Su anterior actividad política y su formación humanista le han permitido reflexionar sobre el "lugar" de Navarra en España y Europa. Porque Arbeloa, por una lado, es un europeísta convencido y, por otro, podríamos decir que, si no fuera español sería profundamente hispanista. Navarra ha sido y es puerta europea del Camino de Santiago, y Navarra como Europa y España ha podido definirse desde la unidad en la complejidad.

Ángel Aguirre Baztán